

Octava Parte

Los Libros Sapienciales de David y Salomón

Libro I

Los Salmos de David

Prólogo

1. El rey David, inspirado por el Espíritu Santo, escribió el Libro de los Salmos en el curso de su largo reinado. El Libro de los Salmos son composiciones sagradas a las que el mismo David, después de escribirlas, ponía música y entregaba a los cantores para que las cantasen en el Templo, acompañados de distintos instrumentos musicales, de los cuales algunos él inventó.

2. El fin principal de los Salmos es el de glorificar a Dios, ensalzar su Santa Ley y ponderar la excelsa figura de Nuestro Señor Jesucristo, sus sublimes misterios y la excelsa figura de la Santísima Virgen María. En los Salmos se contienen también himnos de acción de gracias, avisos y correcciones de carácter moral, anuncios de los premios y castigos de la otra vida, y exhortaciones para mover al sincero arrepentimiento de los pecados, así como al aborrecimiento y evitación de los mismos.

3. En muchos de los Salmos, el que ora, clama, bendice y alaba, es el mismo Cristo: Unas veces en cuanto Dios, otras en cuanto Hombre; ya como Reparador y Redentor; ya como Juez y Remunerador; y también como Alma y Cabeza de la Iglesia, según sus etapas. Muchos de los Salmos son de carácter penitencial; pues, en ellos David plasma su propia miseria, su arrepentimiento y la Misericordia de Dios; todo lo cual se aplica al hombre en general, como criatura miserable y pecadora.

4. La personalidad de David, sobresale y trasciende no sólo por su condición de rey, sino sobre todo por su carácter de profeta, pues fue uno de los principales que vaticinaron acerca del Mesías. La visión profética de David alcanzó el pasado, el presente y el futuro; por lo cual hay Salmos que el Santo Profeta sitúa en un tiempo en que él no existía pero que él vivió en visión profética. El Libro de los Salmos o Salterio fue escrito en su totalidad por el Santo Profeta David. El nombre de Salterio le viene en atención a que las composiciones sagradas iban acompañadas frecuentemente de un instrumento musical así denominado.

Salmo I

Felicidad de los justos e infelicidad de los pecadores

Dichoso el varón

que no se deja llevar del consejo del impío,
ni camina por la senda de los pecadores,

ni sale de su boca doctrina perversa y corrompida,
sino que su voluntad es cumplir la Ley de Dios,
y meditar en ella día y noche.
Él será como árbol plantado
junto a las corrientes de las aguas,
cuyas hojas no caerán nunca;
que dará su fruto en el debido tiempo;
pues en su trabajo hallará siempre prosperidad.
No será así la suerte de los impíos,
sino que serán como la paja que arrebatada el viento,
y no se sentarán
en la asamblea eterna de los justos,
pues en el día del juicio serán condenados.
Porque Dios conoce el buen proceder de los justos,
y el mal proceder de los impíos.

Salmo II
Cristo es el Ungido de Dios

¿Por qué se rebelan los malvados contra Dios,
y las naciones impías
trazan contra Él planes subversivos?
Muchos reyes de la Tierra se han coaligado
con los príncipes infernales
para luchar contra Dios y contra su Ungido,
diciendo: «*Despreciemos su Autoridad
y sacudamos de nosotros el yugo de su Ley*».
Mas, el Señor, que habita en los Cielos,
a su tiempo se vengará de ellos
al manifestarles su Santa Ira,
y los consternará con su furor.
He aquí lo que por mi boca manifiesta
el mismo Cristo:
*«El Padre me ha constituido a Mí, su Ungido,
Rey de Sión, que es su Iglesia, y de toda criatura,
para predicar con celo su Santa Ley.
Pues, el Señor, me dijo: Mi Hijo eres Tú:
Yo te he engendrado hoy .
En heredad, te doy las gentes,
y bajo tu dominio pongo todo el Universo.*

*Gobernarás con el rigor
de tu justicia misericordiosa:
y al que te resista,
le desmenuzarás como a un vaso de barro».*

Ahora, pues, oh reyes de la Tierra:

Entended que hay otro Rey
más poderoso sobre vosotros:
Servidle con temor santo, y regocijaos en Él.

Obrad prudentemente los que gobernáis las naciones,
aceptando y poniendo en práctica
las divinas enseñanzas,
no sea que, por vuestras impiedades,
perezcáis eternamente bajo el enojo del Señor.

Pues, cuando de pronto la Santa Ira de Dios
se manifieste en Juicio,
bienaventurados serán
los que confiaron en su Ungido.

(En la expresión «*el Señor me dijo: Mi Hijo eres Tú: Yo te he engendrado hoy*», se contiene la doctrina de la generación eterna del Verbo Divino).

Salmo III

Alegría en la confianza en Dios

Siempre que yo le invoqué, me oyó el Dios de Justicia.

Tú, oh Dios mío,
en la tribulación consolaste mi corazón.

Apiádate, pues, de mí, y oye mi oración.

¡Hombres necios!

¿Hasta cuándo seréis de insensato corazón?

¿Por qué amáis la vanidad
y vais en pos de la mentira?

Sabed, pues, que el Señor Todopoderoso
es quien ha hecho admirable a su Santo, el Ungido;
y el Señor siempre oye
cuando se le clama a través de su Cristo.

Hacedos violencia, y no queráis pecar más.

De las cosas malas salidas de vuestros corazones,
compungíos en el retiro de vuestros lechos.

Ofreced sacrificios santos,
y confiad en la Bondad del Señor,

pues, muchos dicen desconfiadamente:
«¿Quién nos hará ver los bienes prometidos?»
Impresa está, Señor, sobre nosotros
la Luz de tu Divino Rostro,
y diste alegría a nuestros corazones.
Y si los amadores del mundo
se sienten satisfechos y alegres
con la abundancia de su trigo, vino y aceite,
yo, por el contrario, Dios mío, deseo dormir en paz
descansando en tus promesas:
Porque sólo en Ti, oh Señor,
está asegurada mi esperanza.

Salmo IV
Plegaria de un justo

Oye, oh Señor, mis palabras, escucha mi clamor.
Atiende a la voz de mis súplicas,
oh mi Rey y Dios mío.
Porque desde la mañana,
a Ti dirigiré mi oración y Tú oirás mi voz.
Desde el amanecer
me pondré en tu presencia y te contemplaré,
porque Tú eres Dios de Bondad
y aborreces la iniquidad;
expulsas de tu presencia al maligno,
y los injustos no pueden resistir
delante de tus ojos.
¡Oh Dios!,
Tú aborreces a todos los que obran iniquidad,
confundes a todos los que hablan con mentira.
Al sanguinario y fraudulento abominas, oh Señor.
Mas, yo, confiado en tu infinita misericordia,
entro en tu Templo
y me prosterno ante tu presencia, oh mi Dios.
Guíame, oh Señor, por la senda de tu justicia;
haz que sea recto ante tus ojos mi camino,
para que mi alma
no caiga bajo los lazos de mis enemigos;
pues, en sus bocas, no hay palabras de verdad,
sus corazones están llenos de vanidad y perfidia,

sus gargantas son un sepulcro abierto,
y con sus lenguas urden continuamente engaños.
¡Oh, Dios mío!, júzgalos con tu Poder.
Frustra sus perversos designios,
arrójalos de tu presencia,
como merecen sus muchas impiedades,
puesto que se han rebelado contra Ti.
Por el contrario, oh Señor,
alégrense cuantos a Ti se acogen
y ponen su esperanza en tu misericordia,
los cuales se regocijarán eternamente,
y Tú morarás en ellos para siempre.
Pues en Ti
se gloriarán todos los que aman tu Santo Nombre,
ya que Tú colmas de bendiciones al justo.
Señor, tu benevolencia, nos cubre
como un escudo protector.

Salmo V
Plegaria de un pecador arrepentido

Señor, no te enojas
ni hagas caer sobre mí tu Justa Ira.
Ten, Señor, misericordia de mí, pues estoy enfermo.
Sáname, oh Señor,
porque hasta mis huesos se han estremecido.
Y está mi alma sumamente perturbada.
¿Hasta cuándo, Señor, dilatarás tu socorro?
Señor, vuélvete presto a mí, y libra mi alma.
Sálvame por tu misericordia.
Pues, muriendo en tu desgracia,
¿quién retornará a Ti?
Y en el infierno, ¿quién te tributará alabanzas?
Consumido estoy a fuerza de tanto gemir.
Todas las noches inundo mi lecho con lágrimas,
y de llorar ya están casi ciegos mis ojos.
Me hallo envejecido
y endeble ante el combate de mis enemigos.
Apartaos lejos de mí
todos los que obráis la iniquidad,
porque ha oído el Señor la voz de mi llanto.

El Señor ha atendido mi ruego
y ha aceptado mi oración.
Confundidos y perturbados en extremo
sean mis enemigos;
avergüéncense en gran manera
y al punto conviértanse a Dios.

Salmo VI
Grandeza de Dios Creador

¡Oh Dios, Señor nuestro!:
¡Cuán admirable es tu Nombre en toda la Tierra!
Porque tu majestad se ve ensalzada sobre los Cielos.
De la boca de los infantes y de los lactantes,
hiciste Tú salir perfecta alabanza
para hacer callar al enemigo y al perseguidor.
Cuando yo contemplo los cielos, obra de tus Manos,
la luna y las estrellas que Tú creaste, exclamo:
¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?
¿O qué es el hombre, para que vengas a visitarle?
Tú le hiciste un poco inferior a los ángeles,
coronástele de gloria y honor.
Y le has dado el señorío
sobre las demás obras de tus manos.
Pues todas ellas pusiste a sus pies:
las ovejas, los bueyes, las bestias del campo,
las aves del cielo
y los peces del mar que hienden sus ondas.
¡Oh Señor, Soberano, Dueño nuestro:
Cuán admirable es tu Nombre
en toda la redondez de la Tierra!

(En la expresión «*De la boca de los infantes y de los lactantes, hiciste Tú salir perfecta alabanza para hacer callar al enemigo y al perseguidor*», se está vaticinando el reproche que Cristo haría después en el Templo a los príncipes de los sacerdotes, a los escribas y a los doctores de la Ley, de las sectas de los fariseos y de los saduceos, cuando les molestaba que los niños profiriesen alabanzas a Jesús por los prodigios que había hecho).

Salmo VII
Confianza del justo en el Señor

En el Señor tiene mi alma puesta su confianza:

¿Cómo, pues, dices a mi alma, ¡oh cuerpo mío!:

*«Huye como un ave
y escóndete presto en el monte,
pues he aquí que los pecadores
han entesado el arco,
y tienen preparadas saetas dentro de sus aljabas,
para asaetear a escondidas
a los que son de corazón recto;
pues aquello que hiciste de bueno
no lo valorarán como tal,
sino que lo reputarán como malo?»*

Mas mi alma te responde:

*«Al que es justo,
¿de qué le reprochará su conciencia?»*

Confía en el Señor, que está en su Santo Templo:

pues, el Señor tiene su trono en el Cielo,
sus ojos están mirando al humilde,
y sus párpados escudriñan
a los hijos de los hombres.

El Señor Dios prueba al justo y al impío
y aborrece al que ama la iniquidad.

El Señor Dios hará caer sobre los inicuos
fuego, azufre y frío incesantes,
y así beberán eternamente el cáliz de su Santa Ira.

Porque el Señor es justo, y como ama la justicia
sólo los rectos verán eternamente su benigna Faz.

Salmo VIII

Plegaria al Señor para que libre a los suyos de las maldades de sus enemigos

Sálvame, Señor,

porque ya no hay piedad en los hombres:
pues es menospreciada tu Santa Doctrina
y holladas tu Ley y costumbres santas.

Cada uno de ellos dice cosas vanas a su prójimo,
labios engañosos hablan con doblez de corazón.

Destruya el Señor los labios engañosos
y las lenguas arrogantes de esos que dicen:

«Con nuestra lengua dominaremos,

*pues somos dueños de nuestros labios:
¿Quién hay que tenga poder sobre nosotros?»
Mas, Dios dice: «Por los menesterosos oprimidos,
por el gemido de los desvalidos,
me levantaré y pondré a salvo
a todos los que imploran mi auxilio
sin que nadie pueda impedírmelo».*

Las palabras del Señor
son doctrina verdadera e infalible,
su Ley es santa como la plata acrisolada al fuego,
siete veces purificada y refinada.
Tú, oh Señor, nos guardarás y salvarás para siempre
de esta generación perversa,
en estos tiempos en que nos cercan los impíos,
se ensalza la maldad de los hombres
y se desprecia la virtud de los que te son fieles.

Salmo IX

Plegaria a Dios en la tribulación

¿Hasta cuándo, oh Señor, me tendrás como olvidado?
¿Hasta cuándo sentiré apartado de mí tu Rostro?
¿Cuánto tiempo seguirá cavilando mi alma
y sufriendo mi corazón?
¿Hasta cuándo seré víctima de mis enemigos?
Mírame y óyeme benigno, oh Señor Dios mío,
ilumina mi alma para que no se vea confundida,
y pueda decir mi enemigo:
«Le vencí, he prevalecido otra vez contra él»;
pues, los que me atribulan
se regocijarán si yo cayese.
Pero yo tengo puesta mi confianza
en tu misericordia:
Mi corazón se regocijará en tu salvación.
Cantaré al Señor, bienhechor mío,
y tañeré salmos en nombre del Señor Dios Altísimo.

Salmo X

Seguridad del justo en el castigo de los impíos

Dijo el necio en su corazón: «No hay Dios».

Todos se han corrompido,
y se han hecho abominables en sus deseos.
No hay quien haga el bien, ni siquiera uno.
El Señor desde lo alto de los Cielos
mira a los hijos de los hombres,
para ver si hay entre ellos
algún cuerdo que busque a Dios.
Todos se desviaron, todos a una se han corrompido:
No hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno.
Sepulcro blanqueado, abierto y hediondo,
es la garganta de ellos.
Con sus lenguas urden engaños,
veneno de áspides hay en sus palabras.
Sus bocas están llenas de maldición y de amargura;
sus pies van ligeros para derramar sangre inocente.
Por donde caminan, causan el daño
y siembran la calamidad.
No conocieron el camino de la verdadera paz,
al no haber temor de Dios en sus almas.
¿Pues, acaso, un día no vendrán a conocer
que hay un Dios vengador,
todos los que obran iniquidad
y devoran a mi pueblo
como un pedazo de pan?
Los que, despreciando la misericordia de Dios,
no invocaron su auxilio,
temblarán de terror a su tiempo.
Y los que se acogen a la misericordia de Dios,
no tendrán motivo de qué temer,
porque Dios está con los justos,
para protegerles y ampararles.
Vosotros, oh impíos,
os burláis y mofáis de los desvalidos,
porque ponen en Él toda su esperanza;
mas sabed, que este Señor nunca les faltará.
¡Venga ya el Salvador de Israel!,
para que mude la suerte de los que en Él esperan,
y sea motivo de júbilo para su pueblo.

Salmo XI
¿Quién será digno del Cielo?

Señor, ¿quién morará
en el redil de tu sagrado Tabernáculo
y quién descansará
en el celestial Reino de tu Monte Santo?
El que camina sin mancilla, y obra rectamente,
el que habla la verdad que hay en su corazón,
el que no engañó con su lengua,
ni hizo mal a su prójimo,
ni admitió de otro afrenta alguna contra él;
el que no mira con adulación al malvado,
y honra al que teme a Dios,
el que jura a su prójimo sin engaño,
el que no presta su dinero con usura,
ni admite cohecho para condenar al inocente.
Quien así, pues, obrare rectamente,
descansará para siempre
en el celestial Reino del Monte Santo
sin que jamás sea conmovido.

Salmo XII
Esperanza del justo en el Señor

Sálvame, oh Señor,
pues en Ti tengo puesta mi esperanza.
Yo dije al Señor:
«*Tú eres mi Dios, y en Ti tengo todo mi bien*».
Son mis delicias estar con tus santos,
a quienes honro e imito en su justicia,
pues son reflejos de tu misma Santidad.
Y aunque multipliquen los impíos sus deleites,
y corran aceleradamente tras sus concupiscencias,
yo no caminaré por sus malvadas sendas,
y ni aun siquiera me acordaré de ellos
para nombrarlos.
Tú solo, Señor, eres toda mi herencia,
pues eres el que me has de resucitar para tu Reino.
Me ha tocado la más hermosa herencia,
que es la misma posesión de Dios.

Alabaré, pues, al Señor,
que me ha dado tal entendimiento;
a lo cual, aun durante la noche,
mi corazón me impele.
Tengo siempre presente al Señor delante de mí.
Él está a mi diestra para sostenerme.
Por eso se regocija mi corazón,
y prorrumpe en cánticos alegres mi lengua.

Y hasta mi carne descansará
con la esperanza de la resurrección;
en virtud de que, Cristo, mi Salvador,
resucitará el primero de entre los muertos,
según Él mismo ha dicho al Padre:
*«No dejarás mi Alma mucho tiempo
en la gloria celestial,
separada de mi Cuerpo,
ni permitirás que el Cuerpo de tu Santo
vea la corrupción».*

¡Oh Cristo, Salvador mío!,
me hiciste conocer los caminos de la vida eterna,
en donde me llenarás de alegría con tu Rostro,
y me deleitaré para siempre a tu diestra.

(En la expresión *«No dejarás mi Alma mucho tiempo en la gloria celestial, separada de mi Cuerpo, ni permitirás que el Cuerpo de tu Santo vea la corrupción»*, se vaticina la pronta Resurrección de Cristo; pues, si bien su Alma gloriosísima estuvo separada de su Deífico Cuerpo tras la Muerte de Él en el Calvario, dentro del tercer día ambos elementos se unirían de nuevo para la Resurrección gloriosa del Deífico Cuerpo incorruptible por naturaleza).

Salmo XIII

Canto triunfal de David

Yo te amo, oh Señor, Fortaleza mía.
El Señor es mi firmeza, mi refugio y mi libertador.
Mi Dios es mi ayudador, y en Él esperaré.
Es mi protector, la fuerza de mi salud
y mi amparador.
Invocaré al Señor alabándole,
y seré salvo de mis enemigos.
Cercaron a mi alma dolores de muerte
y torrentes de iniquidad la conturbaron.

Se sintió espantada por los terrores del infierno,
cuando los asechos del pecado la sorprendieron.
Mas, en mi tribulación,
invoqué al Señor y clamé a mi Dios,
y Él oyó mi voz desde lo alto,
pues mi clamor llegó a sus oídos.
Y el Señor se indignó contra mis enemigos,
y ante su Santa Ira conmoviose y tembló la tierra,
y los fundamentos de los montes se estremecieron.
Salió de Dios el humo de su Ira,
y fuego del Rostro de su Cristo
que encendió los carbones del horno inextinguible,
para eterno castigo de los malvados.
Mas, también, Dios, movido a misericordia,
descendió del Cielo como Salvador,
y se humilló hasta la muerte de Cruz,
para libramos de la esclavitud del demonio.
Subió sobre querubines,
y voló como llevado en alas de vientos
y quedó oculta su gloria tras un denso velo.
Luego, se deshicieron las nubes
en pedriscos y carbones encendidos,
y se dejó ver el resplandor
de su majestuosa presencia.
Y la Voz del Supremo Juez,
entre relámpagos resonó como un trueno,
y la Ira increpadora de Dios aterró a los réprobos,
precipitando sobre ellos las saetas de su maldición,
y dejando al descubierto todas sus maldades,
hasta entonces ocultas
bajo la inmensidad de las aguas,
y en las profundidades de la tierra.
Y tras el soplo impetuoso de su Ira,
extendió el Señor desde lo alto su Mano,
tomó a los que eran suyos,
los sacó de las turbulencias del mundo,
los libró de los enemigos infernales,
y de todos los demás que odiaban la virtud.
El Señor, pues, vendrá de repente sobre mí
en el día de mi tribulación,

será mi Protector,
me sacará a campo espacioso,
me salvará porque me ama.
El Señor me retribuirá conforme
a la rectitud de mi vida,
y según los méritos de mis obras:
porque guardé los caminos rectos del Señor,
y no procedí impíamente contra mi Dios;
porque tuve ante mis ojos sus mandatos,
y no deseché sus leyes;
porque procedí sin mancha en su presencia,
y me guardé de obrar la iniquidad.
El Señor me retribuirá conforme
a la rectitud de mi vida,
y según los méritos de mis obras:
Porque el Señor se muestra piadoso con el piadoso,
benigno con el inocente,
diáfano con el limpio
y sagaz con el perverso astuto.
Porque Tú, oh Señor, salvas al humilde
y humillas al soberbio.
Señor, Tú eres quien iluminas mi alma
librándola de las tinieblas.
Por Ti, soy librado de caer en la tentación,
y recibo la fuerza para vencer las dificultades.
El camino de Dios es perfecto,
la palabra del Señor es acrisolada,
Él es el escudo de cuantos a Él se acogen.
¿Quién es como Dios? ¿Quién más fuerte que Él?
Dios es el que me ha ceñido de fortaleza,
y ha hecho que mi camino fuese sin mancha.
Es el que hizo ligeros mis pies como de ciervos,
y me colocó sobre las alturas,
el que adiestró mis manos para el combate,
y mis brazos para tensar arco de bronce.
Tú, oh mi Dios, me diste tu escudo salvador,
tu diestra me amparó,
y tu enseñanza me instruyó y corrigió.
Ancho camino abriste a mis pasos,
y no vacilaron mis pies.

Perseguí a mis enemigos, y los alcancé,
y no volví hasta que los vi aniquilados.
Los quebranté, y no pudieron levantarse,
cayeron debajo de mis pies.
¡Oh, Señor!
Tú me has ceñido de valor para la guerra,
has derribado debajo de mí a los que me resistían,
has hecho que mis enemigos huyesen
y has destruido a los que me aborrecían.
Alzaron el grito, y no había quien los salvase,
clamaron a Ti sin fe ni piedad, y no los oíste.
Y los dispersé como el polvo ante el viento;
y como al barro de la plaza los aplasté.
Me librate de las contiendas de mi pueblo,
me constituiste cabeza de las gentes.
Un pueblo extraño se me rindió con lealtad,
obedeciendo los mandatos de mi voz,
mientras los hijos de mi pueblo,
como si fueran ajenos, me mintieron,
pues aferrados a sus malas costumbres
se desviaban de los rectos senderos.
Viva el Señor, sea bendito mi Dios,
y sea ensalzado Dios mi Salvador.
Dios, que me dio la victoria
y sujetó a los pueblos debajo de mí,
me libró de mis violentos enemigos,
y me encumbró sobre los que me resistían.
Por todo, te alabaré, Señor, entre las naciones,
y cantaré un salmo a tu nombre,
pues diste grandes victorias a tu rey,
e hiciste misericordia con tu ungido David,
y con su linaje para siempre.

Salmo XIV

Los Cielos cantan la gloria del Señor

Los Cielos cantan la gloria de Dios,
y el firmamento anuncia la obra de sus manos.
Cada día transmite a otro la grandeza de su Nombre,
y cada noche comunica a otra su Sabiduría.

El lenguaje de los Cielos es inteligible a todos,
por toda la Tierra corre su sonido,
y se divulgan sus palabras
hasta los confines del orbe.

Sobre el firmamento,
puso Dios su tienda al Sol de Justicia,
que, como regio esposo, se levanta de su tálamo
para recorrer como gigante su camino,
pues, sale de una extremidad del Cielo
y corre hasta la otra extremidad,
sin que nada se sustraiga al calor de su imperio.

La Ley del Señor es perfecta y convierte las almas,
el testimonio del Señor es fiel,
y adoctrina a los sencillos,
los mandamientos del Señor
son rectos y alegran los corazones.

El precepto del Señor es luminoso
y alumbra las conciencias.

Santo es el temor del Señor,
y permanece para siempre.

Los juicios del Señor son verdaderos
y justos en sí mismos,
son más deseables que el oro
y las piedras preciosas
y más dulces que la miel y el panal.

Por eso tu siervo los guarda,
y en ello queda espiritualmente galardonado.

Mas, ¿quién conoce verdaderamente
los propios delitos?

¡Oh, Señor!, límpiame de los que me son ocultos,
y perdóname de los que han sido
ocasión de pecado a otros.

Preserva a tu siervo de caer en la soberbia,
no sea que llegue a dominarle,
para que así viva sin mancha
y no caiga en los otros delitos.

Pues así serán aceptos ante Ti, oh Señor,
los cánticos de mi boca,
y siempre estarás presente
en los pensamientos de mi corazón.

¡Oh, mi Dios y Señor,
ayudador mío y Redentor mío!

Salmo XV

Plegaria de Cristo en la Cruz al Padre Celestial

¡Dios mío, Dios mío, mírame!
¿Por qué me has abandonado?
Los pecados ajenos que he cargado sobre Mí,
me alejan de tu consuelo.
Padre mío, clamo de día, y no me escuchas;
y de noche, y no me atiendes.
Mas, empero, confieso que
Tú eres el Santo de los Santos,
la gloria de Israel que habita en el Tabernáculo.
En Ti esperaron nuestros padres,
y los libraste de sus apuros y trabajos.
A Ti clamaron, y fueron salvos,
en Ti confiaron, y no quedaron desamparados.
Mas, Yo soy gusano, y no hombre,
oprobio de los hombres y desecho de la plebe.
Todos los que me ven, hacen burla de Mí,
murmuran con los labios,
e irónicos mueven la cabeza, diciendo:
*«Mirad: Éste confió en el Señor,
pues que Él lo libre ahora de la Cruz,
y que lo salve si es que en verdad lo ama».*
Mas, Tú eres mi esperanza, mi refugio y mi Padre.
Del vientre virginal de mi Madre
me sacaste maravillosamente
y me hiciste estar seguro
alimentándome de sus pechos.
¡Oh Padre Celestial!,
en tus providentes Brazos fui puesto al nacer.
Por eso, no te alejes de Mí, ya que estoy atribulado
y no hay nadie que me ayude.
Cércanme mis enemigos como becerros insolentes,
y sitiado estoy de bravos toros que me embisten;
pues abren contra mí su boca
como leones rampantes y rugientes.

Como agua ha sido derramada mi Sangre,
y se han desencajado todos mis Huesos,
mas no quebraron ninguno de ellos.
Mi Corazón se deshace dentro de Mí
como la cera junto al fuego.
Secose como un páramo mi vigor,
y mi lengua se pegó a mis fauces,
y a polvo de muerte me han reducido,
por cuanto me rodearon muchos perros,
y un concilio de malignos me sitió.
Taladraron mis manos y mis pies,
y se pueden contar todos mis huesos.
Se repartieron mis vestiduras
y sobre mi túnica echaron suerte.
Y ellos, gozosos de mi dolor,
me están observando y mirando.
Mas Tú, Padre Eterno,
no alejes de Mí el socorro de mi Madre,
Auxiliadora y Defensora en esta causa
como Corredentora de la humanidad.
Líbrala, oh Padre mío, de la muerte física,
cuando la espada atraviere cruelmente su Alma,
en el Parto doloroso de mi Cuerpo Místico,
pues el Alma de mi Madre es una con la mía:
el Alma Mística de la Iglesia.
Libra, oh Padre mío, de los perros furiosos,
a la que es tu Unigénita
en plenitud de Gracia desde el principio.
Salva a mi Cuerpo Místico
de la boca del león infernal.
A través de mis sagrados ministros,
Yo anunciaré tu Nombre a la humanidad,
publicaré tus alabanzas en medio de la Iglesia,
perpetuaré mi Sacrificio cruento
por medio de la Santa Misa
y cumpliré mi promesa salvadora
para los que se acojan a las Gracias.
Pues, los pobres y sencillos serán saciados,
los que te buscan, oh Padre,

cantarán tus alabanzas,
y tendrán vida eterna.
¡Oh, Padre Celestial!,
en virtud de mi Sacrificio en la Cruz,
se convertirán a Ti de todos los confines del orbe,
y se postrarán ante tu acatamiento
de todas las razas y pueblos.
Porque de Ti, oh Padre, es el Reino;
Tú, el que imperas sobre las gentes.
Por eso, a Ti se someterán
todos los poderosos de la Tierra.
Mi Alma, oh Padre, tras este mi Sacrificio
volverá a gozar, a tu Diestra,
de la plenitud de gloria con que Tú la creaste.
Y todos los hijos de mi Iglesia,
como verdaderos descendientes míos, te servirán,
y anunciarán tu Justicia a los pueblos
que serán regenerados con la Gracia, diciendo:
*«Estas maravillas hizo el Padre Celestial,
a través de su Unigénito, el Mesías Salvador».*
(Cristo, en la Cruz, recitó en su totalidad este Salmo XV).

Salmo XVI
El Buen Pastor

El Señor es mi Pastor, nada me faltará.
En verdes pastos me apacienta
y en frescas aguas me refrigera;
y cuando me he descarriado,
ha venido en mi busca para volverme al redil.
Por puro amor y bondad suya
me lleva por senderos rectos.
Y aunque me viere
en medio de tempestades de muerte,
nada temeré, porque Él está conmigo,
su cayado me guía y su vara me protege.
En medio de la extrema miseria
a que me tienen reducido mis enemigos,
Él me prepara una mesa con sabroso alimento,
me da a beber de su rebosante cáliz
y con suavísimo óleo unge mi cabeza.

Su misericordia y su Gracia
me acompañan todos los días de mi vida,
para que yo habite siempre en la Casa del Señor.

Salmo XVII

Cristo, Rey del Universo

Del Señor es el Universo y cuanto en él se contiene.
Del Señor es la Tierra y todos sus habitantes:

Él la creó y cimentó con firmeza
ante el empuje de los mares e invasión de los ríos.

¿Quién, pues, será digno
de estar en la presencia de Dios
y de habitar en su Lugar Santo?

El de manos inocentes y de corazón limpio,
el que no apegó su alma a vanidades,
ni juró con dolo a su prójimo.

Éste es el que recibirá la bendición del Señor
y la misericordia del Dios Salvador nuestro.

Esta es la generación de los que buscan
el Rostro del Dios de Abrahán, Isaac y Jacob.

Alzad más, oh Príncipes angélicos
las puertas de los Cielos
para que entre el Rey de la gloria.

¿Quién es este Rey de la gloria?
el Señor fuerte y poderoso,
el Señor de los Ejércitos,
ése es el Rey de la gloria.

Salmo XVIII

Súplica de amparo y perdón

A Ti, oh Señor, he levantado mi espíritu.
En Ti, oh Dios mío, tengo puesta mi confianza.
No quedaré confundido,
ni se burlarán de mí mis enemigos;
porque ninguno que espera en Ti será engañado.

Sean cubiertos de confusión
los que obran la iniquidad.

Muéstrame, Señor, tus caminos,
y enséñame tus sendas.

Adoctríname en tu verdad,
porque Tú eres el Dios mi Salvador,
y en Ti espero cada día.
Acuérdate, Señor, de tu piedad
y misericordia infinitas,
y olvídate de los pecados de mi vida,
y de lo que te ofendí, también, por ignorancia.
Acuérdate de mí
conforme a tu misericordia y a tu bondad.
Dulce y recto es el Señor,
pues dio su Santa Ley,
para enseñar a los pecadores el camino de la vida,
para dirigir a los mansos y humildes
según su justicia.
Todos los caminos del Señor
son de misericordia y verdad
para los que guardan su pacto y sus preceptos.
Por la gloria de tu Nombre, oh Señor,
perdona mis pecados, por grandes que sean.
¿Quién es el que teme al Señor?
El que siguió el camino prescrito en su Santa Ley.
Su alma gozará de abundantes gracias,
poseerá el dominio de sus pasiones,
y después la felicidad eterna.
Fortaleza es el Señor para los que le temen,
y a ellos hará partícipes de sus secretos.
Mis ojos están siempre fijos en el Señor,
porque Él sacará mis pies
de los lazos que me tienden los enemigos.
Mírame, y apiádate de mí, oh Señor,
porque estoy solo y desvalido.
Se han multiplicado las tribulaciones de mi corazón,
alíviame de las angustias que padezco.
Mira mi abatimiento y mi trabajo
y perdona todos mis pecados.
Mira cómo mis enemigos se han multiplicado
y con odio violento me han aborrecido.
Guarda mi alma y líbrame;
no quede yo confundido,
cuando siempre he esperado en Ti.

Todos los inocentes y justos
se han unido conmigo en la súplica,
porque siempre he esperado en Ti.
Libra, oh Dios, a tu Iglesia
de todas sus tribulaciones.

Salmo XIX
Confianza en Dios

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?
El Señor es el protector de mi vida,
¿de quién temblaré?
Cuando me asalten los malignos,
y acampen contra mí sus ejércitos,
yo confiaré en Ti
y no temerá mi corazón.
Sólo una cosa te pido, Señor:
Habitar eternamente en tu celestial Morada.
Oye, Señor, el clamor de mi voz,
apiádate de mí y escúchame.
A Ti habla mi corazón,
mis ojos te buscan,
tu Rostro busco, Señor.
No me escondas tu Rostro
ni te retires airado de tu siervo.
Mi auxilio eres Tú,
no me desampares ni me desprecies,
Dios Salvador mío.
Enséñame, Señor, tu camino
y condúceme por la senda recta,
para librarme de mis enemigos.
Espera al Señor, oh alma mía,
pórtate con valor,
fortalécete y aguarda al Señor con confianza.

Salmo XX
Himno al poder y providencia de Dios

Regocijaos, justos, en el Señor,
alabadle los de corazón recto,
cantad al Señor con la cítara,
cantadle con el salterio,
cantadle un canto nuevo,

y en su honor tañed con júbilo la lira
porque recta es la Palabra del Señor
y toda obra suya es cabal.
Él ama la justicia,
y de su misericordia está llena la Tierra.
Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos,
y por el aliento de su boca
todo el ejército angélico.
Congrega las aguas del mar dentro de sus márgenes
y retiene las olas en sus receptáculos.
Tema al Señor toda la Tierra,
y reveréncienle todos los pobladores del orbe;
porque Él quiso que se hicieran las cosas,
fueron creadas a su mandato.
Él es quien gobierna el mundo con su providencia
por encima del designio de los hombres;
reprueba los pensamientos de los pueblos
cuyos proyectos se oponen a sus divinos planes.
El designio del Señor permanece para siempre,
los pensamientos de su corazón
van de generación en generación.
Bienaventurados los que tienen al Señor por su Dios,
y a quienes Él escogió para Sí.
Desde el Cielo mira el Señor,
y ve a todos los hijos de los hombres.
Desde su Morada celestial
que tiene preparada para los suyos,
observa a todos los que habitan en la Tierra.
Él es el que formó los corazones de todos ellos,
y el que conoce todas sus obras.
La Providencia de Dios todo lo abarca;
sin el divino auxilio,
nada puede el rey en la batalla,
por muy numeroso que sea su ejército;
ni vence el guerrero por grande que sea su valor,
ni para nada sirve el caballo
con su agilidad y fuerza.
Están los ojos del Señor sobre los que le temen,
sobre los que esperan en su misericordia,

para salvar sus almas de la muerte
y para alimentarles en el hambre.
Mi alma espera en el Señor,
porque es mi Ayudador y Protector.
En Él se goza mi corazón
y en su Santo Nombre confío.
Sea Señor, tu misericordia sobre mí,
conforme espero en Ti.

Salmo XXI

El temor de Dios y su premio

Bendeciré al Señor en todo tiempo,
con mi boca siempre le alabaré.
En el Señor se gloria mi alma,
óiganlo los humildes, y alégrese.
Engrandeced conmigo al Señor,
y ensalcemos su Nombre todos a una.
Busqué al Señor, y me oyó
y me sacó de todas mis tribulaciones.
Acudid a Él, y seréis iluminados
y vuestros rostros no serán sonrojados.
Vedlo: El pobre clamó, el Señor le oyó.
Se meterá el Ángel del Señor
alrededor de los que le temen, y les libraré.
Gustad, y ved cuán suave es el Señor,
bienaventurado el hombre, que espera en Él.
Temed al Señor todos sus santos,
pues nada falta a los que le temen.
Los poderosos empobrecerán y tendrán hambre,
mas los que buscan al Señor,
de ningún bien carecerán.
Venid, hijos, oídme:
yo os enseñaré el temor del Señor.
Refrena tu lengua del mal,
y que tus labios no hablen engaño.
Apártate del mal y haz el bien,
busca la paz de corazón, y síguela.
Los ojos del Señor
están atentos a las miradas de los justos,
y sus oídos, al clamor de ellos.

El Rostro del Señor rechaza a los malvados,
para borrar de la tierra su memoria.
Clamaron los justos, y el Señor los oyó
y les libró de todas sus tribulaciones.
Cerca está el Señor de los contritos de corazón
y salva a los humildes de espíritu.
Muchas son las tribulaciones de los justos,
pero de todas les libraré el Señor.
Guarda el Señor todos sus huesos,
no será quebrantado ni uno solo.
Desventurada es la muerte
de los pecadores obstinados,
y los que aborrecen a los justos, serán castigados.
El Señor libraré de la muerte eterna
las almas de sus siervos,
y no serán castigados eternamente
los que en Él esperan.

(En la expresión «*Se meterá el Ángel del Señor alrededor de los que le temen, y les libraré*», se habla de la preexistencia del Alma Divinísima de Cristo, y de su intervención en favor de los siervos de Dios para librarles de sus enemigos. En la expresión «*Guarda el Señor todos sus huesos, no será quebrantado ni uno solo*», se vaticina que ninguno de los huesos de Cristo sería quebrantado en su Pasión y Muerte).

Salmo XXII

Plegaria contra los perseguidores injustos

Lucha, Señor, contra los que me hacen la guerra.
Toma las armas y el escudo,
y levántate en mi socorro.
Saca la espada, y cerca a los que me persiguen.
Di a mi alma: «*Yo soy tu salvación*».
Queden confusos y avergonzados,
los que atentan contra mi alma.
Retrocedan y sean confundidos,
los que piensan males contra mí.
Sean como una paja ante el viento,
y el Ángel del Señor les estreche.
Sea su camino tenebroso y resbaladizo,
y el Ángel del Señor les persiga.

Por cuanto sin causa me tendieron una red,
sin causa me cavaron una fosa en mi vida.
Tú lo has visto, Señor, no te alejes de mí.
Levántate, y vela en mi defensa.
Dios mío, Dios mío, sal en favor de mi causa;
júzgame, Señor, conforme tu justicia,
Dios mío, no se gocen de mi daño.
No digan en sus corazones: «*Lo hemos devorado*».
Queden todos a una barridos y avergonzados,
los que se alegran de mis males.
Cúbranse de confusión e ignominia
los que se alcen contra mí.
Regocíjense y alégrense los que favorecen mi causa,
y digan siempre: «*Engrandecido sea el Señor,
que quiere la salvación de su siervo*».
Y mi lengua celebrará con alabanzas
tu justicia perpetuamente.
(Las expresiones «*el Ángel del Señor les estreche*» y «*el Ángel del Señor les persiga*», se refieren a la preexistente Alma Divinísima de Cristo y su intervención en favor de los siervos de Dios para librarles de sus enemigos).

Salmo XXIII

Bondad de Dios y malicia del hombre

La maldad habita en el corazón del impío,
que ha desterrado de su alma
el santo temor de Dios,
y se lisonjea de que nadie aborrece
ni castigará sus culpas.
Las palabras de su boca son maldad y engaño.
Dejó de ser cuerdo y de obrar el bien.
La necedad y la iniquidad son la norma de su vida;
estancado se halla en el mal camino,
sin preocuparse de aborrecer el mal.
Mas, la Bondad de Dios excede a toda malicia,
pues su misericordia es infinita
y la fidelidad a sus promesas no tiene límite.
Tu justicia, Señor, es como un monte inaccesible,
tus juicios son como un insondable abismo.
¡Cuán maravillosa es, Señor, tu Providencia!,
pues con ella conservas hombres y bestias.

¡Cuán sobreabundante es tu Gracia, oh Señor!
Los que en Ti esperan
se acogen a la sombra de tus alas,
y serán embriagados de la abundancia de tu Casa,
y les darás a beber en el torrente de tu deleite.
Porque en Ti está la fuente de la vida,
y en tu Luz veremos la Eterna Luz.
Extiende, Señor, tu misericordia
a los que te reconocen,
y tu justicia a los rectos de corazón.
No permitas que la soberbia se apodere de mí,
ni me aleje de Ti la impiedad.
Porque así cayeron los que ahora obran la iniquidad,
y en su tropiezo no pudieron tenerse en pie.

(En la expresión «Los que en Ti esperan se acogen a la sombra de tus alas, y serán embriagados de la abundancia de tu Casa, y les darás a beber en el torrente de tu deleite. Porque en Ti está la fuente de la vida, y en tu Luz veremos la Eterna Luz», se habla de la felicidad que en el Reino Mesianico tendrán en la Tierra sus moradores, y de cómo ya aquí sus almas gozarán de la visión beatífica, mediante el Lumen Glóriæ o Luz del Alma de Cristo. Mas, sobre todo, se refiere a la felicidad de la Bienaventuranza Eterna).

Salmo XXIV

Especial Providencia de Dios sobre los justos

No tengas envidia de los malvados
ni imites sus malos ejemplos,
porque presto serán secados como el heno,
y como la hierba verde se marchitarán.
Espera en el Señor y obra el bien,
para que habites la tierra con paz,
y seas apacentado en la verdad.
Pon tus delicias en el Señor,
Él accederá a las peticiones de tu corazón.
Encomienda al Señor tu camino y espera en Él,
que Él hará por ti lo que te conviene.
Y hará resplandecer como la luz tu justicia,
y tus derechos como la luz del mediodía.
Sométete al Señor, y ora a Él.
No envidies al que prospera en su mal camino,
ni al que hace injusticias.

Depón de ti la ira y el furor,
no imites los pecados de otros,
porque los que proceden malignamente
serán exterminados,
mas los que esperan en el Señor poseerán la tierra.
Llegará el día en que el impío
será desterrado para siempre de la tierra,
pero los mansos heredarán la tierra para siempre
y se deleitarán en ella con abundancia de paz.
Hasta entonces, acechará el pecador al justo,
y crujió sus dientes contra Él.
Mas, el Señor se burla de los impíos,
porque tiene previsto el fin de sus días.
Mientras tanto, los impíos desenvainarán sus espadas
y entesarán sus arcos
para derribar al pobre y al desvalido,
para despedazar a los rectos de corazón.
Mas, las espadas de ellos
penetrarán en sus propios corazones
y los arcos de ellos serán quebrados.
Mejor es lo poco que tiene el justo
que la gran opulencia de los impíos,
porque los brazos de los impíos serán quebrados,
mientras que a los justos los sostiene el Señor.
Conoce Dios los días del justo,
la herencia de él será eterna,
y no será confundido en el día del juicio,
sino que su hambre será plenamente saciada.
Mas los impíos perecerán,
tras ser honrados y ensalzados por el mundo
serán deshechos enteramente como el humo.
Toma prestado el impío, y no devuelve,
mas el justo se compadece y da.
Los que Dios bendijere, poseerán la tierra
y los que Él maldijere, serán destruidos.
El Señor dirige los pasos del que obra con rectitud
y aprueba su camino.
Cuando cayere, no permanecerá caído,
porque el Señor le levantará con su mano.

Apártate, pues, de lo malo, y haz lo bueno,
para que permanezcas eternamente,
porque el Señor ama lo justo,
y no desamparará a sus santos.
La boca del justo derramará Sabiduría,
y su lengua pronunciará lo recto;
pues, la Ley de su Dios está en su corazón,
y no vacilan sus pasos.
Acecha el impío al justo,
y busca cómo darle muerte.
Mas el Señor no le dejará en su mano,
y le salvará cuando fuere juzgado por el impío.
Espera en el Señor y guarda su camino,
y Él te levantará.
Observa la virtud,
guarda la inocencia y atiende a lo que es justo,
pues te espera feliz prosperidad.
La salvación de los justos viene del Señor,
Él es su refugio en tiempo de tribulación,
y el Señor los ayuda y los libra,
y los guarda porque se acogen a Él.

Salmo XXV

**Plegaria de Cristo al Padre como Víctima Propiciatoria que es
de su Santa Ira a causa de haber cargado sobre Sí
los pecados de la humanidad**

Señor, no me reprendas en tu furor,
ni me castigues en tu Santa Ira.
Porque se han clavado en Mí tus saetas,
y has asentado sobre Mí tu mano.
No hay nada sano en mi carne
a causa de tu indignación,
ni nada ileso en mis huesos
por los pecados que he cargado sobre Mí.
Porque la gravedad de los pecados
ha coronado de espinas mi Cabeza,
y ha cargado sobre mi hombro la pesada Cruz.
Estoy cubierto de llagas
a causa de la mucha impiedad de mis enemigos.

Inclinado voy, y muy agobiado,
bajo el madero de la Cruz,
y no hay parte sana en mi cuerpo.
Señor, delante de Ti está todo mi deseo,
y mi gemido no se te oculta.
Mi corazón está conturbado,
me ha desamparado mi fuerza,
y aun la luz de mis ojos me falta.
Los hijos de mi mismo Pueblo están contra mí,
y los míos que junto a mí estaban,
me han abandonado.
Mas, yo híceme como hombre que no oye;
y soy mudo que no abre su boca.
Porque en Ti, Señor, esperé:
Tú me oirás, Señor Dios mío.
Pues dije: *«No sea que alguna vez
se gocen sobre mí mis enemigos,
y mientras mis pies están vacilantes,
hablen con orgullo contra mí»*.
Porque aparejado estoy para los azotes,
y mi dolor está siempre delante de mí.
Mis enemigos se han hecho más fuertes que yo
y se han multiplicado
los que me aborrecen injustamente.
Los que vuelven males por bienes,
murmuraban de mí
porque yo sigo lo bueno.
No me desampares, Señor Dios mío,
no te apartes de mí.
Acude prontamente a socorrerme, Señor Dios mío.

Salmo XXVI
Plegaria de Cristo Doliente

Confiadamente esperé en el Señor,
y oyó mis ruegos, y escuchó mi clamor.
Y me sacó de un lago de miseria,
y de un lodo cenagoso.
Y asentó mis pies sobre piedra,
y enderezó mis pasos.

Y puso en mi boca un nuevo cántico,
un himno a nuestro Dios, con palabras del Mesías:
*«Bienaventurado el que puso en el Señor
su esperanza,
y no volvió los ojos a vanidades,
y necedades engañosas.
Muchas son, Señor, las maravillas que hiciste,
y no hay quien se te asemeje en tus pensamientos.
Los anuncié, y hablé;
son más de los que pueden contarse.
Sacrificio y ofrenda no quisiste más,
y me apropiaste un Cuerpo.
Holocausto y víctima por el pecado ya no pediste.
Entonces dije: He aquí que vengo.
Al principio de la Ley está escrito de Mí:
Hacer tu voluntad, Dios mío, me deleita,
y tu Ley está en mi corazón .
Anuncié tu justicia en toda la Iglesia.
No contuve mis labios, Señor, Tú lo sabes.
No escondí tu justicia en mi corazón,
sino que publiqué tu fidelidad y tu socorro.
No oculté tu Gracia y fidelidad ante toda la Iglesia.
Mas Tú, Señor, no alejes de Mí tus misericordias;
tu misericordia y tu verdad
siempre me ampararon.
Porque me han cercado males sin cuento,
ciñéronme los pecados que cargué sobre Mí,
y son más numerosos
que los cabellos de mi cabeza,
y me faltan las fuerzas.
Ten a bien, Señor, librarme,
Señor, apresúrate a socorrerme.
Queden confusos y avergonzados
aquellos que buscan mi vida para quitármela.
Vuélvanse atrás, y avergüéncense
los que me desean males.
Sufran luego al punto su confusión,
los burladores que me dicen: ¡Bien!, ¡bien!*

*Regocíjense y alégrense en Ti
todos los que te buscan,
y digan siempre los que desean tu auxilio:
Engrandecido sea el Señor.
Mas Yo soy desvalido, y pobre,
y el Señor tiene cuidado de mí.
Tú eres mi ayudador y mi protector.
Dios mío, no te tardes».*

*(En la expresión: «Sacrificio y ofrenda no quisiste más, y me apropiaste un Cuerpo»,
el Alma Divinísima de Cristo habla anticipadamente de su Encarnación, por la que
tomaría Cuerpo para ser Víctima Propiciatoria y abolir los sacrificios levíticos).*

Salmo XXVII
Alma deseosa de Dios

Como desea el ciervo la fuente de las aguas,
así te desea el alma mía, oh Dios.
Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo.
¿Cuándo iré y contemplaré el Rostro de Dios?
Mis lágrimas son mi pan día y noche,
mientras mis enemigos me afligen diciéndome:
«¿Dónde está tu Dios en quien tanto confías?»
Mas, en medio de mi tribulación,
mi alma vive en la esperanza
de que gozará un día
de la vista del Rostro de Dios,
y que le alabará con júbilo
habitando en su misma Casa.
Por tanto, ¿de qué estás triste, alma mía?
¿Por qué te conturbas?
Espera en Él, porque vendrá un día
en que alabarás eternamente
a tu Dios y Salvador,
y Él será tu salvación.

(En la expresión «así te desea el alma mía, oh Dios. Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo», se vaticina el anhelo de Cristo en la Cruz de que su Naturaleza humana, se viera liberada del estado pasible que la convertía en el blanco de la Santa Ira del Padre; y así ser consolado por Él).

Salmo XXVIII

Cántico nupcial de las Bodas del Mesías con la Iglesia

Rebosa en mi corazón un bello canto de alabanza,
que al Rey eterno de la gloria voy a cantar.

Sea mi lengua pluma veloz al expresarlo:

*«Hermosísimo eres, oh Cristo,
sobre los hijos de los hombres,
derramada en suma plenitud
está la Gracia sobre tus labios,
pues Dios Padre Todopoderoso
te santificó para siempre.*

*Ciñe tu espada, valerosísimo Rey,
y lanza en ristre,
cabalga con tu gallarda hermosura;
avanza prósperamente sobre tus dominios,
reina por medio de la verdad,
la mansedumbre y la justicia,
y con tu diestra gobierna todo admirablemente.*

*Agudas son tus flechas
en los corazones de tus enemigos.*

A tus pies se rinden todos los pueblos.

*Tu trono, oh Rey Celestial, es por los siglos eterno,
el cetro de tu reino es modelo de rectitud.*

*Amas la justicia y aborreces la iniquidad,
por eso te ungió Dios Padre Todopoderoso,
Sumo y Eterno Sacerdote y Rey de reyes.*

*Mirra, áloe y casia exhalan tus regias vestiduras,
cuyo gratísimo olor trasciende al universo
desde el palacio celestial en que moras.*

*A tu derecha, oh Cristo, está la Reina del Cielo,
tu Esposa predilecta,
engalanada con atuendos dorados,
coronada de oro purísimo,
y adornada de riquísima variedad de joyas.*

Derramada está la Gracia en sus labios.

*Toda la gloria de la excelsa Reina,
Hija de Dios Padre,
está en el interior de su Alma,
al ser Templo y Sagrario
de la Santísima Trinidad».*

En el palacio celestial,
el Rey de reyes es honrado
por las criaturas bienaventuradas,
a quienes ha adoptado por hijas suyas.
Dios Padre invita a cada alma
a que participe de las nupcias reales, diciendo:
«Oye, hija, mira, inclina tu oído,
olvida tu pueblo y la casa de tu padre
y vístete con tus mejores galas,
y se preñará el Rey de tu hermosura,
y Él será el Esposo a quien tú servirás».
Muchas almas, vendrán al palacio del Rey de reyes
para desposarse con Él,
y serán introducidas ante el trono real,
por la Reina Celestial y Esposa predilecta,
con gran alegría y alborozo.
Muchos de los nacidos de la carne y de la sangre,
nacerán en el orden de la Gracia,
y serán considerados hijos del Rey.
¡Oh, Señor!, tu Nombre será recordado,
por los que son tuyos de generación en generación,
y te alabarán para siempre.

Salmo XXIX
El Reinado Eterno de Cristo

Pueblos todos, aplaudid con las manos,
festejad a Dios con voces de regocijo.
Porque el Señor es excelso, terrible:
El gran Rey sobre toda la Tierra.
Él somete a nuestros enemigos
debajo de nuestros pies.
Y nos dio como heredad
la hermosura de la Iglesia, a la que ama.
Subió Dios a los Cielos entre voces de alegría,
y el Señor al son de trompetas.
Cantad al Señor, cantad,
salmonead a nuestro Rey, salmonead.
Porque Dios es el Rey de toda la Tierra,
alabadle con salmos.

Reina Dios sobre las naciones:

Dios está sentado sobre su santo trono.

Los príncipes de los pueblos le están sometidos,
porque Dios es el dueño de todo,
y su Nombre es exaltado sin medida.

(En las expresiones «*Subió Dios a los Cielos entre voces de alegría, y el Señor al son de trompetas... Porque Dios es el Rey de toda la Tierra... Reina Dios sobre las naciones: Dios está sentado sobre su santo trono*», se está refiriendo a la admirable Ascensión de Cristo a los Cielos, y a su reinado eterno).

Salmo XXX

La Venida de Cristo como Supremo Juez

El Señor Dios habló, y llamó a la Tierra.

Desde Sión resplandeció la gloria de su hermosura,
desde el oriente hasta el occidente.

Dios viene con gran poder y majestad, y no callará.

Fuego se encenderá en su presencia,
y alrededor de Él tempestad fuerte.

Convocará desde arriba a todos
para juzgar a su pueblo.

Dirá primero: «*Congréguese mis santos,
que concertaron alianza conmigo
mediante el sacrificio*».

Y los Cielos anunciarán la justicia de ellos
por cuanto que Dios es el Supremo Juez.

Después, Dios dirá a los impíos:

«*Vosotros habéis aborrecido mis enseñanzas
y habéis despreciado mis mandamientos.*

*Cuando veáis al ladrón, ibais con él,
y con los adúlteros hacíais avenencia.*

*Vuestras bocas abundaron en malicia
y vuestras lenguas urdían engaños.*

*Os sentabais a hablar contra vuestro hermano,
y lo cubríais de oprobio.*

Esto hicisteis,

¿y voy a callarme Yo?

Yo os arguyo de pecado,

y os lo echo en cara eternamente».

Entended, pues, esto los olvidados de Dios;
no sea que os venga la muerte
y después no haya salvación para vosotros.
El que ofrece sacrificio de alabanza, le honra;
y al que anda derecho en su Ley
le mostrará Dios su salvación.

Salmo XXXI

Plegaria de un pecador arrepentido

Ten piedad de mí, oh Dios,
según tu infinita misericordia.
Según la grandeza de tu piedad, borra mi pecado.
Lávame más y más de mi culpa,
y límpiame de mi iniquidad;
porque yo reconozco la gravedad de mi pecado,
el cual tengo siempre delante de mí.
Contra Ti solo he pecado, Señor,
e hice lo que es malo a tus ojos;
y Tú lo has permitido para que,
humillado por mi soberbia,
reconozca que tu juicio sobre mí es recto
y justa tu sentencia.
Mas, ten en cuenta, Señor,
que en pecado me concibió mi madre,
y que en culpa nací.
Mas, también es cierto que esto no atenúa mi culpa,
pues sé que amas la verdad
y me has enseñado la Sabiduría para obrar el bien.
Rocíame, oh Señor, con tu Gracia, y seré limpio,
lávame, y quedaré más blanco que la nieve.
Lléname de tu gozo y alegría,
y se regocijarán mis huesos abatidos.
Aparta tu rostro de mis pecados,
y olvida todas mis culpas.
Regenérame, oh Dios, con un corazón puro,
y renuévame con un espíritu recto.
No me deseches de tu Rostro,
para que mi alma no se vea privada
de tu Espíritu Santo.

Devuélveme la alegría de tu salvación
y confórtame con el espíritu de tu Gracia.
Yo enseñaré tus caminos a los malos
y se convertirán a Ti los impíos.
Desde ahora, adoctrinaré a los inicuos
en tus rectos caminos,
y los pecadores se convertirán a Ti.
Abre, Señor, mis labios,
y mi boca anunciará tus alabanzas.
Porque de nada me sirven los sacrificios
si no estoy arrepentido de los pecados.
Pues, no es sacrificio grato a Dios
el que no va acompañado
de un corazón contrito y humillado,
porque Tú, oh mi Dios, no desprecias
al que manifiesta sincero arrepentimiento.

Salmo XXXII

Plegaria en demanda de auxilio divino

Apiádate Dios mío,
apiádate de mí porque en Ti confía mi alma,
y a la sombra de tus alas
me refugio mientras pasa la tempestad.
Clamaré al Dios Altísimo,
al Dios que me favorece,
al Dios que me colmó de bienes;
pues Él envió su favor desde el Cielo,
y me libró de mis enemigos, confundidos.
Envió Dios su misericordia y verdad,
y libró mi alma de en medio de los feroces leones
en que vivía conturbado.
Pues, los hijos de las tinieblas, son de tal avidez
que sus dientes son lanzas y saetas,
y sus lenguas espadas afiladas.
Seas, ¡oh Dios!, ensalzado sobre los Cielos,
y tu gloria se publique por toda la Tierra.
¡Oh Dios!, mis enemigos han tendido
una red a mis pies,
y han abatido mi alma para que sucumbiera.

Luego cavaron delante de mí una fosa,
mas fueron en ella precipitados.
Presto está mi corazón, ¡oh mi Dios!,
para glorificarte con cánticos y salmos.
Despierta, alma mía,
y con el salterio y la cítara,
glorifica a tu Dios desde la aurora.
¡Oh Señor!, te alabaré entre los pueblos,
y te salmonearé entre las naciones,
porque tu misericordia ha sido
engrandecida hasta los Cielos
y tu verdad hasta las nubes.
Seas, ¡oh Dios!, ensalzado sobre los Cielos,
y tu gloria se publique por toda la Tierra.

Salmo XXXIII
Alma sedienta de Dios

Dios mío, Dios mío,
desde la aurora te busco solícito.
De Ti está sedienta mi alma,
y mi carne estremecida te desea.
Sobre tierra árida, tortuosa y sediento,
me presentaré en tu Sagrado Templo,
para que hagas sentir en mi alma tu Gracia y virtud.
Porque mejor es tu Gracia que la vida,
mis labios te alabarán
y te bendeciré en mis días,
y a tu Nombre alzaré mis manos.
Envía, Señor, sobre mi alma,
la dulzura de tus consuelos;
y con labios jubilosos te alabará mi boca,
cuando de Ti me acordare en el lecho
y en las madrugadas meditare en Ti.
Porque Tú eres mi ayudador
y a la sombra de tus alas me regocijo,
adherida a Ti está mi alma
y tu diestra me sostiene.
Y cuando mis enemigos
busquen mi alma para perderla,
serán derrotados por tu espada,

y precipitados a los abismos
para que sean pasto de sus propias iniquidades.
Mas, yo me alegraré en mi Dios,
y en Él se gloriarán todos los que le reconocen
y será tapada la boca
de los que hablan cosas inicuas.

Salmo XXXIV

Plegaria en acción de gracias

Aclamad a Dios las gentes de la Tierra,
cantad la gloria de su Nombre,
tributadle digna alabanza.
Decid a Dios: ¡Cuán admirables son tus obras!
A la grandeza de tu poder
tienen que ceder tus enemigos.
Toda la Tierra te adore,
y entone cantos a tu Nombre.
Venid todos, y ved las obras de Dios.
Maravillas hizo entre los hijos de los hombres,
convirtió el mar en tierra seca
a pie enjuto atravesaron el río.
Alegrémonos, pues, en Él.
El Señor Dios domina con su poder para siempre,
y sus ojos observan todas las naciones,
y los rebeldes serán abatidos en su orgullo.
Benedicid, naciones, a nuestro Dios,
haced que se oiga la voz de nuestra alabanza.
Él da vida a nuestra alma
y no deja que resbale nuestro pie.
Tú, oh Dios, nos has probado,
nos has acrisolado con fuego
como se acrisola la plata.
Has permitido que seamos tentados
y que sobre nuestras espaldas
pesasen tribulaciones.
Has permitido que otros nos subyugasen;
mas, después de pasarnos a fuego y agua,
nos diste refrigerio y descanso.
Oíd todos los que teméis a Dios,
y cantaré cuán grandes cosas ha hecho a mi alma.

A Él clamé con mi boca
y le ensalcé con mi lengua.
Mas, si yo hubiese procedido con maldad,
no me hubiera escuchado el Señor,
pero me escuchó Dios,
atendió a la voz de mi plegaria.
Bendito sea Dios, que no rechazó mi oración
ni retiró de mí su misericordia.

Salmo XXXV

Plegaria de Cristo en la Cruz en su noche oscura

Sálvame, oh mi Dios,
porque las aguas amargas inundan mi alma.
Sumergido estoy en el cenagal profundo y hediondo
de los pecados ajenos que he cargado sobre Mí,
y mi Cuerpo está suspendido
sin que encuentre apoyo en lugar firme.
He llegado a la cúspide de mi dolor,
en medio de un agitado mar de amenazas,
injurias y blasfemias.
Fatigado, a Ti clamo, oh Padre mío,
mis fauces están enronquecidas
y mis ojos debilitados,
en espera del consuelo de mi Dios.
Se han multiplicado más
que los cabellos de mi cabeza
los que me aborrecen sin razón,
y se han robustecido los enemigos
que injustamente me persiguen.
Soy inocente en esta causa;
y, sin embargo, tengo que pagar,
como reo vil y detestable,
por los delitos que nunca cometí.
Tú, Dios mío,
bien sabes que los pecados los cargo sobre Mí
como Víctima a Ti acepta.
¡Oh Dios de Israel y Señor de los Ejércitos!,
que no se avergüencen
de mi abatimiento y humillación
los míos que en Ti esperan,

ni vuelvan sus ojos vacilantes
los míos que a Ti buscan;
mira que por la causa de tu honor y gloria,
sufro esta ignominiosa afrenta
cubierto de confusión mi Rostro.
Como extraño y forastero,
soy tenido por los mismos de mi pueblo.
Porque me consumió el celo de tu Casa,
las afrentas de los que te ofendían
recayeron sobre Mí.
Porque quedó sujeta mi Alma a la aflicción,
me veo afrentado con blasfemos vituperios.
Y porque quedó sujeto mi Cuerpo
a cruentas vejaciones,
he venido a ser objeto de sacrílegos sarcasmos.
Los Pontífices que me condenaron,
me increpan y desafían con improperios.
Y me escarnece con cánticos vilipendiosos
la plebe ávida de sangre y muerte.
¡Oye, Señor, mi oración!,
y no escondas el Rostro a tu Siervo,
porque estoy atribulado.
Libera mi alma de la noche oscura que la aflige
por causa de mis enemigos.
Tú sabes, oh Dios, mi oprobio,
mi confusión y mi vergüenza.
A tu vista están todos los que me atribulan.
Mi corazón esperaba de ellos improperio y miseria.
Esperé que alguno se entristeciese conmigo,
y no lo hubo;
y que alguno me consolase, y no lo hallé.
Y me dieron hiel por comida,
y en mi sed me dieron a beber vinagre.
Esta comida de oprobio que me han ofrecido,
un día será para ellos su propio lazo de esclavitud.
Pues, este pueblo impío
caerá bajo el poder de sus enemigos
cuando estén un día celebrando
sus grandes fiestas.

Y sus ojos se oscurecerán de tal manera
para que, viendo la verdad, no la reconozcan.
Y siempre estarán bajo el yugo de otros pueblos.
Pues, Tú, oh Señor,
derramarás tu Ira sobre ellos
ante su obstinación en el mal.
Vacía quedará su morada,
y en las casas de ellos nadie habitará,
porque persiguieron al que Tú heriste,
y acrecentaron el dolor al que Tú llagaste.
Ellos pondrán maldad sobre maldad,
y rehusarán entrar en el redil de los tuyos.
Su memoria será borrada del Libro de la Vida
hasta que reconozcan su pecado,
y arrepentidos vuelvan sus ojos a Ti.

Salmo XXXVI

Exaltación de Cristo como Supremo Juez

Alabarémoste, oh Dios,
alabaremos e invocaremos tu Nombre
y cantaremos tus maravillas.
Y dice el Señor:
*«Cuando llegue el tiempo señalado por Mí,
Yo juzgaré conforme a mi rigurosa justicia.
La Tierra y los impíos que en ella habiten,
serán pasto del fuego devorador.
Mas, al mismo tiempo, Yo renovaré la faz de la Tierra
y afianzaré el globo terráqueo».*
Ante estas palabras del Señor,
yo dije a los malvados:
«No queráis proceder inicualemente»;
y a los altaneros:
*«No queráis ensalzar vuestro poder.
No queráis levantar en alto vuestro orgullo,
ni habléis inicualemente contra Dios».*
Porque, ni los de oriente ni los de occidente,
ni los de los montes desiertos,
escaparán del juicio de Dios;
porque Él es el Dios justísimo,

que humilla a los soberbios
y ensalza a los humildes.
Porque, en la mano del Señor está
el cáliz de Misericordia para los que le sirven
y el cáliz de su Ira para los que le resisten.
Y de esta manera
Dios quebrantará la soberbia de los impíos
y serán exaltados los cuernos del Justo.
Y serán, oh Señor, publicadas tus alabanzas
por los siglos de los siglos.

(En la expresión «*serán exaltados los cuernos del Justo*», se vaticina el momento del Calvario en que los soldados, por inducción del Sanedrín, colocaron tres cuernos sobre la corona de espinas de la Cabeza de Cristo, para mayor burla y escarnio del Divinísimo Reo).

Salmo XXXVII
Esperanza en el Divino Redentor

Bendijiste, Señor, a tu pueblo,
le sacaste de la cautividad,
perdonaste sus culpas
y encubriste todos sus pecados.
Mitigaste tu Ira
y apartaste de él tu indignación.
Restáuranos, pues, oh Dios mío,
y depón tu indignación contra nosotros,
¿por ventura estarás para siempre
enojado con nosotros?,
¿o extenderás tu Ira de generación en generación?
Oh Dios, Tú volverás a darnos la vida,
y tu pueblo se alegrará en Ti.
Muéstranos, Señor, tu misericordia,
y seremos salvos.
Oiré lo que el Señor Dios me hable;
porque sin duda habla de paz para su pueblo
y para sus santos,
y para los que se convierten de corazón.
La salvación del Señor está cerca
de los que le temen,
porque Él habitará en nuestra tierra
manifestando su gloria.

Entonces la misericordia y la verdad irán juntas,
y la justicia y la paz estarán unidas.
La verdad nació de la Tierra,
y la justicia miró desde el Cielo
porque el Señor dará su benignidad,
y nuestra tierra producirá su fruto.
La justicia irá delante de Él,
y señalará el camino que todos deben seguir.

(La expresión «*La verdad nació de la Tierra*», tiene el siguiente contenido: Cristo se llama a Sí mismo la Verdad, y nació de la Tierra, que es María, pues se encarnó en sus purísimas entrañas. Además, cuando en la Obra de la Creación se dice que Dios creó los Cielos y la Tierra, en la palabra Tierra se está indicando, principalmente, que la Tierra es la Divina Alma de María, y que fue creada inmediatamente después del Cielo que es la Divinísima Alma de Cristo).

Salmo XXXVIII

Plegaria del justo atribulado

Inclina, Señor, tu oído, y óyeme
porque soy desvalido y pobre.
Guarda mi alma, porque soy santo.
Salva, Dios mío, a tu siervo, que espera en Ti.
Señor, ten misericordia de mí,
porque a Ti he clamado todo el día.
Alegra el alma de tu siervo,
porque a Ti, Señor, levanté mi alma.
Porque Tú, Señor, eres suave, y apacible,
y de mucha misericordia
para con todos los que te invocan,
escucha, Señor, mi oración,
y atiende a la voz de mi plegaria.
En el día de mi tribulación clamé a Ti,
porque siempre me escuchaste.
Nada hay comparable a Ti, Señor.
Ni hay obra comparable a tus obras.
Todos los que se acogen a tu Gracia vendrán,
y te adorarán, Señor,
y glorificarán tu Nombre,
porque Tú eres grande, y obras maravillas.
Tú solo eres Dios.

Guíame, Señor, en tu camino, y andaré en tu verdad;
dirige mi corazón para que tema tu nombre.
Te alabaré, Señor Dios mío, con todo mi corazón,
y glorificaré tu nombre eternamente,
porque tu misericordia es grande para conmigo,
y libras mi alma de la muerte eterna.
¡Oh Dios!, los soberbios se levantaron contra mí,
y una turba de poderosos
buscó mi alma para perderla,
y no consideran que sus iniquidades
son tan grandes delante de tus ojos.
Mas Tú, Señor Dios,
eres compasivo y misericordioso,
sufrido, y de mucha misericordia, y veraz.
Vuelve a mí tus ojos, y ten misericordia de mí;
da tu fortaleza a tu siervo,
y haz salvo al hijo de la Esclava.
Dame una señal de tu favor
a fin de que lo vean los que me aborrecen,
y queden avergonzados;
pues Tú, Señor, me has ayudado,
y me has consolado.

(La expresión «*Guarda mi alma porque soy santo*», es una prueba de que en ese momento David gozaba en su alma de la Habitabilidad del Espíritu Santo. Con la expresión «*haz salvo al hijo de la Esclava*», se está refiriendo a la Maternidad de María sobre la Iglesia; pues, la Virgen, en su profundísima humildad, dijo al Arcángel San Gabriel: «*He aquí la Esclava del Señor*»).

Salmo XXXIX

María, Madre de la Iglesia

Los cimientos de Ella en los Montes Santos.
Ama el Señor, a la que es Puerta del Cielo,
sobre todos los demás justos.
Cosas gloriosas se han dicho de Ti,
oh María, Mística Ciudad de Dios.
¿Por ventura no se dirá también de Ti:
«*El Hijo del Hombre nació de Ella
por la virtud del Altísimo*»?
El Señor escribirá en el Libro de la Vida,
a los que renacieron en Cristo a través de María,

y todos los que se acogen a Ella,
vivirán en santa alegría.

(La expresión «*Los cimientos de Ella en los Montes Santos*», se refiere al altísimo Desposorio de María con Cristo y su entronización en la Santísima Trinidad).

Salmo XL

Alabanza al Dios Altísimo

Justo es alabar al Señor,
y cantar salmos al Nombre de Dios Altísimo.
Proclamar por la mañana su Misericordia
y por la noche su Verdad,
con cánticos del salterio,
al son del decacordo, la lira y la cítara.
Porque me deleitas, Señor,
con las obras de tus manos,
en ellas me regocijo.
¡Cuán magníficas son, pues, Señor, tus obras,
cuán profundos tus pensamientos!,
el hombre insensato no lo comprende,
y el necio no lo entiende.
Todos los impíos,
aunque reverdezcan como la hierba,
si se obstinan en obrar la iniquidad,
perecerán para siempre en tus Manos;
porque, Tú, Señor, eres eternamente Altísimo.
Tus enemigos, pues, Señor, perecerán,
y serán disipados todos los que obran el mal.
¡Oh, Dios mío!,
acrecentaste sobremanera mis fuerzas
y en mi vejez me has ungido
con el vigor de la juventud.
Pues, mis ojos miraron con desprecio
las iniquidades de tus enemigos,
y mis oídos oyen con gozo
la ruina de los que se alzan contra Ti.
Mas, empero, florecerá el justo como la palma,
y crecerá como el cedro de Líbano.
Pues, los que son plantados en la viña del Señor,
florecerán en el Reino de Dios,
fructificarán aun en la vejez,

y estarán llenos de vigor para proclamar
cuán recto es el Señor Dios nuestro,
y que no hay injusticia en Él.

Salmo XLI

Visión del Reino Mesianico en la Tierra

El Señor reinó,
vistiose de hermosura;
vistiose el Señor y se ciñó de fortaleza,
porque hizo firme la redondez de la Tierra,
que no será ya conmovida.
En ella afianzó su trono
el que es eternamente.
Por la sobreabundancia de aguas vivas,
se desbordan los ríos de la Gracia,
y sus ondas todo lo inundan.
Maravilloso es contemplar
la magnificencia de tu Reino,
maravilloso en las alturas eres Tú,
Señor Dios Creador.
Tus promesas, Señor,
son siempre dignas de todo crédito.
Por eso, la santidad vuelve a ser
ornato de tu creación
por largos días y para siempre.

Salmo XLII

Exhortación a adorar a Dios

Venid, regocijémonos en el Señor,
cantemos alegres al Dios Salvador nuestro.
Lleguémonos a su presencia con alabanza,
y con salmos cantémosle alegres.
Porque el Señor Dios es grande,
y rey sobre todas las cosas.
Porque en sus manos están
todos los términos de la Tierra,
son suyos los montes y los mares,
pues Él creó de la nada toda la Tierra.
Venid, venid, pues, adoremos
y postrémonos de rodillas
ante el Señor que nos ha creado,

porque Él es el Señor nuestro,
y nosotros el pueblo de su linaje,
y las ovejas de su redil.
Ojalá oigáis siempre su voz,
pues dice el Señor:
*«No queráis endurecer vuestros corazones,
como sucedió en el desierto,
cuando me provocaron a Ira vuestros padres,
aunque habían visto mis obras.
Cuarenta años estuve disgustado
con aquella generación,
y dije: Siempre está descarriado
el corazón de este pueblo .
Por tanto, juré en mi indignación:
No entrarán en la tierra del descanso'».*

Salmo XLIII

Cántico universal de alabanza a Dios por el triunfo del Mesías en la Cruz

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor toda la Tierra.
Cantad al Señor y bendecid su Nombre,
anunciad su salvación día tras día.
Pregonad entre las gentes su gloria,
y en todos sus pueblos sus maravillas.
Porque grande es el Señor y muy digno de alabanza,
Poderoso, Fuerte y Terrible.
Todos los ídolos de las naciones son demonios,
ya que sólo el Señor Dios de los Ejércitos
es el que hizo los Cielos;
pleno está de gloria, majestad y hermosura,
la santidad y magnificencia
habitan en su Celestial Morada.
Todas las gentes, tributad al Señor gloria y honor,
tributad al Señor la alabanza debida a su Nombre.
Ofreced sacrificios al Señor
y adoradle con gran pompa.
Conmuévase toda la Tierra en su presencia.
Decid entre las gentes:
«El Señor reinó en el Árbol de la Cruz

*con el triunfo de su Pasión y Muerte,
y sigue reinando en su Iglesia.
Él cuida amorosamente del orbe
para que no sucumba
y gobierna a los pueblos con equidad».*

Alégrense los Cielos, gócese la Tierra,
manifiéstese jubiloso el mar
y cuanto en él se contiene;
salte de gozo el campo
y todo cuanto en él hay.

Y cuando llegue
la Gloriosa Segunda Venida de Cristo,
toda la muchedumbre de los salvados,
se regocijarán a la vista del Señor que viene;
entonces Él juzgará públicamente a los réprobos,
e implantará su Reino Mesianico en la Tierra
para felicidad y santidad de sus moradores.

Salmo XLIV

El Juicio Final y el Reino Mesianico

El Señor reina, regocíjese la Tierra,
alégrense las numerosas islas.
Nube y oscuridad le rodean,
justicia y juicio son el apoyo de su trono.
Fuego irá delante de Él,
y abrásaré alrededor a sus enemigos.
Alumbraron sus relámpagos la redondez de la Tierra;
violos la Tierra, y fue conmovida.
Los montes como cera
se derritieron a la vista del Señor,
a la vista del Señor toda la Tierra.
Anunciaron los Cielos su justicia,
y vieron todos los pueblos su gloria.
Avergüéncense todos los que adoran simulacros,
y los que se glorían en la falsedad.
Adoradle todos sus ángeles.
Oyolo, y alborozose su Iglesia Santa.
Y regocijéronse los justos por tus juicios, Señor:
Porque Tú eres el Señor Altísimo
sobre toda la Tierra.

Tú eres en gran manera
ensalzado sobre todas las cosas.
Los que amáis al Señor,
aborreced el mal como Él lo aborrece.
El Señor guarda las almas de sus santos,
y las libra de la mano de los impíos.
Luz es nacida al justo,
y a los rectos de corazón alegría.
Alegraos, justos, en el Señor,
y alabad la memoria de su santidad.

(Estos versículos son hermosas expresiones de la felicidad del Reino Mesiánico, en el cual se restablecerán todos los dones y Gracias que el hombre perdió por el primer pecado, volviendo de nuevo a la Tierra la felicidad del Paraíso, con mayor intensidad, y la confirmación eterna de su salvación, como bien expresa el Salmo «Luz es nacida al justo, y a los rectos de corazón alegría»).

Salmo XLV

El Mesías, vencedor del demonio, del pecado y de la muerte

Cantad al Señor cántico nuevo,
porque hizo maravillas con su doctrina y milagros.
Con el poder de su diestra triunfó sobre la muerte
y con el de su santo brazo derrocó a sus enemigos.
El Señor manifestó al Salvador,
a la vista de las naciones descubrió su justicia.
Se acordó de su misericordia y de su promesa
para con la casa de Israel.
Vieron todos los términos de la Tierra
al Salvador Señor Dios nuestro.
Cantad alegres a Dios toda la Tierra;
cantad, y saltad de gozo, y tañed salmos.
Tañed salmos al Señor con cítara,
con cítara y al son del salterio,
con trompetas y al son de la corneta.
Cantad alegres en la presencia
del que es Rey y Señor.
Muévase de júbilo el mar,
y todo lo que hay en sus abismos.
Alborócese la redondez de la Tierra,
y los que moran en ella.

Los ríos aplaudirán con palmadas,
juntamente los montes se alegrarán
a la vista del Señor,
porque vino a juzgar la Tierra.
Juzgará la redondez de la Tierra en justicia
y los pueblos en equidad.

(Las expresiones «*Los ríos aplaudirán con palmadas, juntamente los montes se alegrarán*», se refieren al Reino Mesíasico; pues, la naturaleza que, hasta entonces gemirá con dolores de parto, exultará de felicidad. Y la expresión «*Juzgará la redondez de la Tierra en justicia y los pueblos en equidad*», se refiere al Juicio Final).

Salmo XLVI

Alabanza de las Divinas Misericordias

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser bendiga su Santo Nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides ninguno de sus beneficios.
Él perdona todos los pecados,
Él sana todas las enfermedades,
Él rescata las almas de la muerte,
y las colma de Gracia y misericordia.
Él colma de bienes tus deseos,
y te renueva con su Gracia.
El Señor es misericordioso,
y hace justicia a todos los que sufren agravios.
Él dio a conocer a Moisés el camino de su Santa Ley,
y a los hijos de Israel dio pruebas patentes
de que su voluntad era que la cumplieran.
Compasivo y misericordioso es el Señor,
pacientísimo y clementísimo.
No mira con enojo al de corazón contrito,
y olvida el castigo merecido.
No nos trata según lo merecen nuestros pecados
ni nos castiga según la gravedad de los mismos;
pues, es infinitamente más grande su misericordia
sobre los que le temen,
que la distancia que hay del cielo a la tierra;
y el olvido de nuestros pecados perdonados,

es infinitamente más grande
que cuanto dista el oriente del occidente.
Si benigno es un padre con sus hijos,
infinitamente lo es más
el Señor con los que le temen,
porque Él conoce la fragilidad
de nuestra naturaleza caída,
y que somos polvo.
A semejanza del heno
que, apenas florece, es cortado y se seca,
la vida mortal del hombre es efímera,
pues el alma está en él de paso,
y no subsistirá cuando ella salga.
Mas, aunque es tan corta la vida del hombre
y tan llena de desdichas,
no por eso dejará de brillar eternamente
la misericordia del Señor para los que le temen,
ni la justicia para aquellos que guardan su alianza
y tienen presentes sus mandamientos
para cumplirlos.
El Señor ha asentado en el Cielo su trono,
y su Reino domina sobre el universo.
Benedicid al Señor todos sus ángeles,
que sois poderosos en fuerzas,
que obedecéis la voz de sus órdenes
y ejecutáis con prontitud sus palabras.
Benedicid al Señor todos los ejércitos angélicos,
que ministráis a su servicio para hacer su voluntad.
Benedicid al Señor todas sus obras
en todos los ámbitos de su imperio.
Bendice, alma mía, al Señor.

Salmo XLVII

Canto a Dios en acción de gracias por la Obra de la Creación

Bendice, alma mía, al Señor.
Señor Dios mío, ¡cuán excelso y poderoso eres!
Vestido estás de majestad y gloria,
y cubierto de refulgente luz.
Creaste las Divinas Almas de Cristo y María
antes que cosa alguna.

Creaste el universo
como pabellón de todas tus obras,
y lo envolviste de una suave y fina capa
de fuego, aire y agua sublimes.

Creaste a los espíritus angélicos
como ministros portadores del fuego de tu Amor
y del fuego de tu Santa Ira.

Creaste la Tierra sobre base estable
para que no se conmoviera de sus cimientos.

La adornaste de mares caudalosos,
de montes erguidos,
de valles frondosos,
todo con un orden y armonía admirables.

Creaste en la Tierra
toda especie de animales y plantas;
la poblaste de minerales en sus distintos
y numerosos matices;
y formaste al hombre a tu imagen y semejanza.

Claros manantiales hiciste manar en los valles,
y brotar en los montes,
para saciar la sed de las bestias del campo
y las aves del espacio que entre las ramas cantan.

Tú, oh Señor, fertilizaste la tierra,
la cual produce lo necesario
para el sustento de las bestias;
y toda clase de frutos para alimento del hombre:
Pues, del trigo saca el pan cotidiano que le vitaliza,
de la viña, el vino que alegra su corazón
y de la oliva, el aceite
para los saludables unguentos.

Los árboles del campo, dan cobijo a las aves,
los montes altos, a los ciervos,
las peñas, a los conejos.

Obra tuya, Señor, es también la luna
con cuyos crecientes y menguantes
se distinguen los tiempos.

Creaste también el astro sol
como principal lumbrera del Universo.

Cuando llega al ocaso,
Tú tiendes las tinieblas, y se hace la noche;

durante la cual corretean las bestias de la selva;
y los cachorros de león rugen por la presa,
pidiendo así a Dios su comida.
A la salida del sol, el hombre comienza sus labores,
y con el sudor de su frente
se gana el pan hasta la tarde.
¡Cuán magníficas son tus obras, oh Señor!
Todo lo hiciste con Infinita Sabiduría,
llena está la Tierra de tus criaturas.
Admirable es el espacioso mar creado por Ti,
poblado de toda clase
de peces pequeños y grandes;
por él transitan las naves.
Todas las criaturas del universo
dependen de tu Providencia;
mientras las cuidas magnánimamente,
ellas reciben de tus manos
la vitalidad para subsistir.
Y cuando de ellas apartas tu Rostro,
y las privas de tu aliento,
desfallecen y vuelven a ser polvo.
¡Oh, Señor, envía tu Espíritu Creador y Vivificador,
para que nuestras almas
sean regeneradas por la Gracia
y se renueve la faz de la Tierra!
Seas, pues, glorificado, Señor Dios Omnipotente,
por los siglos de los siglos.
Complácete, Señor, de tus mismas obras.
Miras Tú la Tierra, y tiembla;
tocas Tú los montes, y humean.
Cantaré al Señor mientras yo viva,
salmonearé a mi Dios mientras yo exista.
Séate agradable mi canto,
pues yo me deleito en Ti, mi Señor.
Sean confundidos, si se obstinan en su pecado,
los que obran la iniquidad.
Y tú, alma mía, bendice al Señor
por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo XLVIII

Profecía sobre Judas Iscariote, el Apóstol traidor

¡Oh mi Dios!, sal en defensa de Mí, tu Unigénito,
porque la boca del impío,
y la boca del traidor se ha abierto contra Mí.
Ha hablado contra Mí con lengua engañosa,
y sin causa me ha combatido.
En vez de amarme, decía mal de Mí;
mas yo oraba a Ti por él.
Me devolvió mal por bien y odio por amor.
Él está bajo el dominio del inicuo,
y tiene a Satanás a su derecha.
Cuando fuere juzgado,
quedará irremediamente condenado,
pues su obstinación en la impiedad es irreversible.
Sus horas están contadas.
Después de su muerte tome otro su obispado.

Salmo XLIX

Cristo Rey, Sumo y Eterno Sacerdote

Dijo el Señor Dios al Mesías mi Señor:
*«Siéntate a mi diestra,
hasta que ponga a tus enemigos
por escabel de tus pies».*
¡Oh Cristo! De Sión hará salir el Señor
el cetro de tu poder:
Impera Tú en medio de tus enemigos.
Tú ostentas el principado sobre toda obra,
ya que tu Divinísima Alma
ha sido creada con plenitud de santidad
antes de que existiera cosa alguna.
Juró el Señor irrevocablemente,
al ungir a su Hijo el Mesías, diciendo:
*«Tú eres Sacerdote Eterno
según el Orden de Melquisedec».*
Tu Ungido, oh mi Dios y Señor, está a tu diestra:
Él quebrantará en el día de su Ira
el orgullo de los poderosos,
juzgará a las naciones,
desterrará para siempre la impiedad

y castigará las cabezas erguidas
con sentencia de condenación.

Del torrente beberá en el camino,
por lo cual Dios ensalzará su Cabeza.

(En la expresión «*Del torrente beberá en el camino*», se vaticina el pasaje de la Pasión de Cristo cuando las turbas le arrojaron desde el puente al torrente Cedrón para que saciara su sed como si fuera un animal, y así burlarse de Él).

Salmo L

Virtudes y recompensas del justo

Bienaventurado el que teme al Señor,
y se complace en la observancia
de sus mandamientos.

Poderosa será en la Tierra su descendencia,
pues el linaje de los justos será bendito.

Gloria y riquezas habrá en su casa,
y la virtud siempre le acompañará.

La Luz de Dios misericordioso, compasivo y justo,
resplandece en medio de las tinieblas
para los de corazón recto.

Bienaventurado el que es
compasivo y benevolente con su prójimo,
y es discreto en sus palabras,
pues el edificio de su virtud no será conmovido.

Tendrá siempre puesta su memoria
en las cosas eternas
y no temerá al oír cosas adversas.

Su corazón estará siempre dispuesto
a esperar en el Señor,
y en Él tendrá asegurado
el triunfo sobre sus enemigos.

Bienaventurado el que distribuye a manos llenas
sus bienes entre los pobres,
pues su magnificencia permanecerá eternamente,
y su fortaleza será encumbrada
con gloria imperecedera.

Cuando vea el impío la exaltación del justo,
sus dientes rechinarán con rabia,
se pudrirá por dentro de envidia;

pues, sus planes inicuos
quedarán frustrados para siempre.

Salmo LI
Loor al Altísimo

Alabad, siervos, al Señor,
alabad el Nombre del Señor.
Sea bendito el Nombre del Señor
ahora y para siempre.
Desde el nacimiento del sol hasta el ocaso,
alabado sea el Nombre del Señor.
Excelso es sobre todas las naciones el Señor,
pues su gloria está sobre los Cielos.
¿Quién como el Señor Dios nuestro
que habita en las alturas
y atiende a las cosas humildes
del Cielo y de la Tierra?
Él levanta de la tierra al desvalido
y alza del estiércol al pobre,
para colocarlo con los príncipes de su pueblo.
Él hace fecunda a la mujer estéril,
para que goce al ver que ya es madre de hijos.

Salmo LII
Acción de gracias al Señor

Alabaré al Señor, mi Dios,
porque ha oído la voz de mi plegaria,
porque ha inclinado su oído hacia mí
siempre que le invoqué.
Cercaron a mi alma dolores de muerte,
y acecháronme los peligros del infierno.
La tribulación y el dolor me embargaron.
Entonces invoqué el Nombre del Señor, diciendo:
«¡Oh Señor!, salva mi alma».
Misericordioso, justo y compasivo es el Señor.
El Señor guarda a los sencillos de corazón,
pues abatido me vi, y Él me libró.
Vuelva a ti la paz, alma mía,
porque el Señor lo ha hecho bien contigo.

Él ha librado mi alma de la muerte eterna,
mis ojos de las lágrimas
y mis pies de la caída.
Agradeceré siempre al Señor
sus bondades mientras viva.

Salmo LIII
Alabanza a Dios

Alabad al Señor todas las gentes,
alabadle todos los pueblos;
porque Él ha confirmado sobre nosotros
su misericordia
y la verdad del Señor permanece eternamente.

Salmo LIV
Cántico de acción de gracias al Señor

Alabad al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Digan los que temen al Señor que Él es bueno,
porque es eterna su misericordia.
En medio de la tribulación invoqué al Señor
y Él me oyó con gran benignidad.
El Señor es mi ayudador,
no temeré los asechos del hombre impío.
El Señor es mi ayudador,
y serán confundidos mis enemigos.
Mejor es confiar en el Señor
que confiar en el hombre.
Mejor es esperar en el Señor
que esperar en los poderosos.
Todos los enemigos de mi alma me cercaron,
mas yo los abatí en el Nombre del Señor, mi Dios.
Cercáronme como abejas,
y se enardecieron como fuego en las espinas,
mas yo los abatí en el Nombre del Señor, mi Dios.
Empujáronme con violencia para que cayera,
mas el Señor me amparó.
El Señor es mi fortaleza, mi alabanza y mi salvación.
Voces de júbilo y de victoria
resuenen en las casas de los justos.

La diestra del Señor hizo proezas,
la diestra del Señor me llenó de virtud.
No moriré, pues, sino que viviré
y contaré las obras del Señor.
El Señor, como Padre, me castigó justamente,
mas no permitió en mí la muerte eterna.
¡Abridme, ministros del Señor,
la puerta de la justificación y santidad!,
para que, entrando por ella, alabe al Señor.
Esta puerta es mi Salvador y Redentor,
y los justos entrarán por ella.
A Ti te alabaré, oh Cristo,
porque me has oído y fuiste salvación para mí.
La Piedra que desecharon los edificadores,
esa ha sido puesta por cabeza del ángulo.
Por el Señor ha sido hecho esto,
y es cosa maravillosa en nuestros ojos.
Este es el día en que el Señor nos redimió.
Regocijémonos, y alegrémonos en Él.
Oh Señor, sálvame, y dame prosperidad.
Bendito el que viene en el Nombre del Señor.
Vosotros, los ministros del Señor,
benedicidnos a todos los que somos de su Casa.
Dios es el Señor, y nos ha manifestado su Luz,
mediante la Encarnación del Verbo Divino.
Celebradlo todos con solemnidad.
Tú eres mi Dios, y te alabaré.
Tú eres mi Dios y te ensalzaré.
A Ti alabaré, porque me has oído
y fuiste salvación para mí.
Alabad al Señor, porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

(La expresión «*La Piedra que desecharon los edificadores, esa ha sido puesta por cabeza del ángulo*», tiene el siguiente contenido: Esta Piedra es Cristo, Cabeza Invisible de su Cuerpo Místico, y por tanto el que mantiene incólume el edificio de su Iglesia).

Salmo LV
Excelencias de la Ley de Dios

Bienaventurados los que viven sin mancha,
los que caminan en la Ley del Señor.
Bienaventurados los que examinan sus preceptos
para cumplirlos con todo su corazón.
Pues, los que obran con maldad,
no andan por el camino de la Ley de Dios.
Tú ordenaste, Señor, que tus mandamientos
fuesen guardados con fidelidad.
Procuraré enderezar cada vez más mis pasos
en la observancia de tus órdenes.
Y así no me avergonzaré de mi conducta
cuando examinare los preceptos de tu Santa Ley.
Te alabaré, oh Señor, con rectitud de corazón,
porque me has enseñado lo que es justo a tus Ojos.
¡Oh, mi Dios y Señor!,
observaré con fidelidad tu Ley,
no me desampares.
¿Cómo conservaré pura mi vida?
Guardando tus palabras.
Señor, con todo mi corazón te busco.
No permitas que me desvíe de tus mandamientos.
En mi corazón tengo siempre presente tu palabra,
para no pecar contra Ti.
Bendito eres, Señor Dios mío,
instrúyeme en tu Santa Ley.
Con mis labios voy recitando
todos los preceptos de tu Boca.
En el camino de tus mandamientos me deleito
pues en ellos se contienen todas las riquezas.
En tus mandamientos me ejercitaré
y consideraré tus caminos.
En tus leyes meditaré;
no olvidaré tus palabras.
Muéstrame, Señor, el camino de tu Santa Ley,
para que siempre la escudriñe
y la examine cuidadosamente.

Dame entendimiento
para escudriñar rectamente tu Ley,
y la guardaré con todo mi corazón.
Guíame por la senda de tus mandatos,
porque esa es la que deseo seguir.
Inclina mi corazón a tus prescripciones,
para que no caiga en la avaricia.
Aparta mis ojos
de todo aquello que me induzca a vanidad,
y dame vida en la observancia de tu Ley.
Haz, Señor, que tu palabra se afiance cada vez más
en tu siervo mediante el santo temor.
Aparta de mí el oprobio que implica el pecado,
pues tus preceptos son deleitosos.
Mira que yo deseo tus mandamientos,
haz que, observándolos, yo viva en tu justicia.
Maravillosos, Señor, son tus preceptos,
por eso los guarda mi alma.
La explicación de tus palabras
ilumina y da entendimiento a los sencillos.
Abro mi boca, y aspiro en tu Ley,
porque deseo cumplir sus preceptos.
Mírame, y apiádate de mí,
como haces con los que aman tu Nombre.
Dirige mis pasos según tu palabra,
y no me domine maldad alguna.
Líbrame de los que me oprimen
para que no guarde tus mandamientos.
Muestra a tu siervo tu Rostro sereno
y enséñale tus mandatos.
Arroyos de lágrimas derraman mis ojos,
porque tu Ley no es observada por los impíos.
Justo eres, Señor,
y rectos tus juicios.
Con justicia impusiste tus preceptos,
y tu verdad con precisión.
Mi celo me consume,
porque tus enemigos olvidan tus palabras.
Muy luminosa es tu palabra,
y tu siervo la ama.

Pequeño y despreciable soy,
pero no me olvido de tus preceptos.
Tu Justicia es justicia eterna,
y tu Ley es firmísima verdad.
Cuando la tribulación y angustia vienen sobre mí,
tus Mandamientos son mis delicias.
Tus Mandamientos son eternamente
la misma Equidad.
Dame entendimiento para que los conozca bien,
y vivirá mi alma.
A causa de la verdad y de la justicia,
los poderosos me han perseguido injustamente,
pero mi corazón se ha mantenido firme
en tu santo temor.
Mi gozo sólo lo hallo en tu Ley.
Gózome yo en tus palabras,
como quien encontró ricos despojos.
Aborrezco la iniquidad y la detesto,
pues amo tu Santa Ley.
Muchas veces al día
te tributa alabanza mi alma por tus justos juicios.
Gozan de mucha paz los que aman tu Ley
y Tú les libras de los tropiezos.
Espero tu salvación, Señor, y amo tus mandamientos.
Mi alma guarda tus preceptos,
y ardientemente los ama.
Guardo tus preceptos y tus testimonios,
pues mis caminos
son rectos delante de Ti.
Llegue, Señor, a Ti mi clamor,
e instrúyeme según tu palabra.
Llegue a Ti mi plegaria,
líbrame según tu promesa.
Rebosan mis labios en himnos de alabanza hacia Ti,
porque me enseñas tus leyes.
Proclame mi lengua tu palabra,
porque todos tus mandamientos son equidad.
Esté presta tu Mano para salvarme,
pues he elegido tus preceptos.

¡Señor!, anhelo vehementemente mi salvación,
y tu Ley es mi deleite.
Viva mi alma, y te alabe
y tus decretos me ayuden.
Si anduviere nuevamente errante
como oveja descarriada,
busca otra vez a tu siervo,
para que se acuerde de tus mandamientos
y los cumpla con fidelidad.

Salmo LVI
El Señor es mi auxilio

Levantaré mis ojos a los Cielos,
de donde me vendrá el socorro.
Mi auxilio vendrá del Señor,
que hizo el Cielo y la Tierra.
Él no permitirá que vacile mi pie,
ni que dormite el que me guarda.
Mira que no dormitará ni dormirá
el que guarda la Iglesia.
El Señor me guarda,
el Señor es mi protección,
pues está a mi lado custodiándome.
De día no me quemará el sol,
ni la luna me helará de noche.
El Señor me guarda de todo mal.
¡Guarde mi alma el Señor!
El Señor guarde mis salidas y mis entradas,
ahora y para siempre.

Salmo LVII
Plegaria del que es despreciado a causa de la virtud

Alzo mis ojos a Ti, Señor,
que habitas en los Cielos.
Como los ojos de los siervos
que están atentos a las manos de sus señores,
y como los ojos de las siervas
a las manos de sus señoras,
así mis ojos están atentos al Señor mi Dios,
hasta que se apiade de mí.

Ten misericordia de mí, Señor,
porque estoy lleno de desprecio;
porque muy harta está mi alma
del escarnio de los que aman el mundo
y del desprecio de los soberbios.

Salmo LVIII

Especial Providencia de Dios sobre las familias virtuosas

Si el Señor no edificare la casa,
en vano se afanarán los que la edifican.
Si el Señor no guardare la ciudad,
en vano vigilará el centinela.
Si el Señor no cuidara de nosotros,
vano nos será el acostarnos tarde
y el levantarnos antes del amanecer,
por el desasosiego de lo que hemos de comer.
Levantémonos, pues, tras el merecido reposo
los que comemos el pan del duro trabajo,
pues Dios, nuestro Padre,
es quien vela durante nuestro sueño
y se preocupa de que no nos falte
lo necesario para vivir.
Sabed, oh padres,
que herencia del Señor son vuestros hijos,
y merced suya el fruto del vientre.
Como saetas lanzadas por valiente guerrero
con mano potente y adiestrada,
así actuarán los buenos hijos
en defensa de los padres ancianos.
Bienaventurados los casados
que cumplieron con su deber de dar hijos a Dios,
pues no se avergonzarán de ello
cuando Dios venga a pedir cuenta a todos
en el día del juicio.

Salmo LIX

Felicidad del padre virtuoso

Bienaventurado el varón que teme al Señor,
que anda en sus caminos,
porque comerá cumplidamente

del trabajo de sus manos,
será feliz y le irá bien.
Su esposa será como vid fertilísima,
al cuidado de su casa.
Sus hijos, como pimpollos de olivo
alrededor de su mesa.
He aquí que así será bendito
el varón que teme al Señor.
Bendígate el Señor desde el Cielo
para que te colme de bienes
todos los días de tu vida,
para que vivas en paz
y veas a los hijos de los hijos de tus hijos.

Salmo LX

Clamor a Dios desde lo más profundo del alma

Desde lo más profundo clamo a Ti, Señor.
Señor, oye mi voz.
Estén atentos tus oídos a la voz de mi plegaria.
Señor, si te acordases de la gravedad de mis delitos,
¿quién resistirá a tu justicia?
Pero Tú eres propicio al perdón
y por tu misericordia he esperado en Ti.
Mi alma confía en tu palabra,
mi alma espera en el Señor
desde la mañana hasta la noche,
porque en el Señor mi Dios hay misericordia,
y en Él hay sobreabundante Redención.

Salmo LXI

Majestad del Rey Divino

Te ensalzaré, ¡oh Rey, Señor y Dios mío!,
y cada día bendeciré tu Nombre
por los siglos de los siglos.
Grande es el Señor, y muy digno de alabanza,
y su magnificencia es infinita.
De generación en generación alabarán tus obras
y publicarán tu poder.
Ensalzarán la majestad de tu santa gloria
y divulgarán tus maravillas.

Ponderarán el poder de tus admirables hechos,
y contarán tus grandezas.
Proclamarán tu Bondad y Suavidad infinitas,
y saltarán de contento por tu Justicia.
Compasivo y clemente es el Señor, mi Dios,
tardo a la ira y muy misericordioso.
Suave es el Señor para con todos,
y misericordioso para con todas sus obras.
Alábente, Señor, todas tus criaturas,
y bendígante tus santos.
La gloria de tu Reino será siempre proclamada,
y ensalzado tu poder,
para que a todos los hombres
llegue el conocimiento de tu poder
y la gloriosa magnificencia de tu Reino.
Tu Reino es reino eterno
y tu señorío perdura por todas las generaciones.
Fiel es el Señor en todas sus palabras
y Santo en todas sus obras.
Levanta el Señor a todos los que caen
y endereza a todos los que se tuercen.
Los ojos de todos en Ti esperan, Señor y Dios mío,
y Tú les das alimento a su tiempo.
Tú abres tu mano,
y llenas de bendiciones a toda criatura.
Justo es el Señor en todos sus caminos
y Santo en todas sus obras.
Cerca está el Señor de todos los que le invocan,
de todos los que le invocan sinceramente.
Él atiende solícito a los deseos de los que le temen,
y oirá su clamor, y les salvará.
Guarda el Señor a todos los que le aman,
y aniquila a todos
los que se obstinan en la impiedad.
Mi boca pronuncia las alabanzas del Señor, mi Dios,
y bendigan todos su Santo Nombre
por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo LXII

Invitación a todas las criaturas a que alaben al Señor

Alabad al Señor los que estáis en los Cielos;
alabadle en las alturas.
Alabadle todos sus ángeles;
alabadle todas las milicias celestiales.
Alabadle, sol y luna.
Alabadle, lucientes estrellas.
Alábalo, Cielo de los cielos;
y todas las aguas que están sobre los cielos
alaben el Nombre del Señor.
Porque Él lo mandó, y fueron creadas las cosas.
Y las estableció de manera
que pudieran subsistir para siempre,
y puso en ellas un orden
mediante leyes que no dejarán de cumplirse.
Alabad al Señor, todos los que estáis en la Tierra:
Los cetáceos y todos los demás peces
que plagáis los mares;
el fuego, el granizo, la nieve, la helada,
vientos, lluvias y tempestades;
los montes y todos los collados;
los árboles frutales y todos los demás vegetales;
las bestias y todos los ganados,
los reptiles, y las aves aladas;
los reyes, príncipes y jueces de la Tierra;
y todos los pueblos,
los ancianos, jóvenes y niños.
Todos alaben el Nombre del Señor,
porque sólo su Nombre es excelso.
Su gloria resplandece sobre Cielos y Tierra;
y Él ensalza el poder de su pueblo.
Canten, todos sus santos, himnos de alabanza;
canten los hijos de la Iglesia, su amado redil.
Aleluya, aleluya, aleluya.

Libro II

El Libro de los Proverbios

Prólogo

1. El rey Salomón, inspirado por el Espíritu Santo, escribió el Libro de los Proverbios durante los diez primeros años de su reinado, cuando aún era modelo de virtud, sabiduría y prudencia. Este Libro moral contiene santas y sabias sentencias que la Divina Sabiduría puso en la pluma de Salomón.

2. La Divina Sabiduría es por Esencia el mismo Dios Uno y Trino, al ser la Verdad Eterna y la Ley Eterna. La Sabiduría de Dios es Infinita.

Cristo, en cuanto Dios, es la Sabiduría Increada; y en cuanto Hombre es la Sabiduría Creada. El Alma de Cristo, en el mismo instante de ser creada unida al Verbo Divino, fue inundada de Sabiduría divina en el sumo grado de plenitud que cabe en una criatura. Cristo, en cuanto Dios, es la Sabiduría Infinita; y en cuanto Hombre es la Sabiduría finita.

María es la Sede de la Divina Sabiduría. El Alma de María, en el mismo instante de ser creada desposada con el Alma de Cristo, quedó llena de Sabiduría divina en el sumo grado que cabe después del Alma de Cristo. María es por Gracia la misma Sabiduría.

Dios Uno y Trino es por esencia la misma Verdad que hay que creer y la misma Ley que hay que cumplir.

Cristo, en cuanto Hombre, es la Imagen visible del Dios Invisible, y por tanto la Imagen visible de la Divina Sabiduría.

María es la Portadora de la Divina Sabiduría.

Cristo en cuanto Hombre, y María, son los Padres de las demás criaturas invisibles y visibles.

3. La Divina Sabiduría habla en la conciencia de cada ser humano.

La Divina Sabiduría habla también públicamente: Mediante las Sagradas Escrituras, mediante la Doctrina de la Iglesia, mediante el buen testimonio de los justos, mediante el castigo de los pecadores, y de otras maneras.

La Divina Sabiduría, pues, predica al hombre de múltiples maneras para que no le falte el conocimiento de lo que es agradable y desagradable a Dios, y pueda conducir su vida por el camino de la rectitud.

Capítulo I

Introducción

Sentencias de Salomón, para aprender la Divina Sabiduría: La doctrina y disciplina que nos conducen a la salvación eterna.

El que escuchare estas sentencias y las pusiere en práctica, tendrá más luz para caminar rectamente y alcanzar cada vez más grados de Sabiduría Divina.

El temor de Dios es el principio de la Sabiduría Divina; son necios los que la desprecian.

Capítulo II

El Alma de Cristo, desde el instante en que fue creada, es por justicia la Divina Sabiduría

El Señor me crió y me poseyó en el principio de la Creación, antes que criase cosa alguna.

Yo soy la Sabiduría que inspiro los buenos consejos y me hallo presente en los sabios y discretos pensamientos.

Míos son el don de consejo y la equidad; mías son la prudencia y la fortaleza.

De Mí reciben los reyes la autoridad, ciencia y virtud necesarias para que puedan gobernar con rectitud. De Mí reciben los legisladores la asistencia para que puedan decretar leyes justas.

Yo amo especialmente a los que me aman, y los que me buscaren me hallarán.

Yo camino por las sendas de la justicia y de la rectitud.

Conmigo están la santidad, la justicia, la gloria, y la opulencia, para enriquecer con la Sabiduría a los que me aman, y henchir sus tesoros de bienes espirituales.

Justas son todas mis sentencias; no hay en ellas cosa torcida ni perversa: Los que las aceptan con sencillez, obrarán rectamente; los que se acogen bajo sus auspicios, obrarán con justicia.

Recibid mis consejos y aceptad mi doctrina con mayor gusto e interés que si recibiréis el más valioso tesoro de oro y plata; pues, vale inmensamente más la Sabiduría que todas las joyas preciosísimas, y nada de cuanto haya apetecible es comparable a ella.

Ahora, pues, hijos míos, escuchadme todos, porque os voy a hablar de cosas sublimes, y van a abrirse mis labios para anunciaros el camino de la rectitud. Mi boca ensalzará la verdad y mis labios abominarán la impiedad.

Desde las más altas y celestiales cimas, mi potente voz clama sin cesar: ¡Oh hijos de los hombres!, a vosotros es a quienes estoy continuamente clamando y dirijo mis palabras: Aprended los consejos de la Divina Sabiduría; estad muy atentos a mis sentencias.

Capítulo III

El Alma de María, desde el instante en que fue creada, es por Gracia la Divina Sabiduría

Desde la eternidad fui predestinada: Aún no había Dios hecho la Tierra, ni los ríos, ni todo cuanto existe en el Universo, y Yo ya estaba concebida en la Mente Divina.

Mi Alma fue creada en el principio de la Creación antes que lo fuera otra cosa después de Mí.

Aún no existían los abismos, ni habían brotado las fuentes de las aguas, ni se había asentado la pesada mole de los montes, ni existían los collados, y mi Alma ya había sido creada.

Cuando Dios creaba los Cielos Yo ya estaba presente en la Creación. Cuando Dios cercaba con sus leyes la redondez del Universo, establecía en lo alto las regiones etéreas, ponía en equilibrio los manantiales de las aguas, circunscribía al mar dentro de su término mediante ley para que las aguas no pasasen sus límites, y asentaba los cimientos de la tierra: Con Él estaba yo disponiendo todas las cosas y me deleitaba en su presencia. Yo me regocijaba sobremanera en la creación del Universo, siendo todas mis delicias el estar como Madre con todos los hijos de los hombres.

Ahora, pues, oh hijos, oídme: Bienaventurados los que siguen mis caminos. Escuchad la doctrina, alcanzad la Divina Sabiduría, y no queráis desecharla. Bienaventurado el hombre que me oye, y que vela a mis puertas cada día, y está al acecho en los postigos de mi puerta. Quien me hallare hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvación. Mas el que pecare contra Mí, dañará a su propia alma. Todos los que me aborrecen a mí, aman la muerte sobrenatural, ya que quedarán privados de la verdadera vida.

Capítulo IV

Exhortación de la Divina Sabiduría para que todos la posean

¡Hijo mío!, recibe mis palabras y guarda dentro de ti mis mandamientos; de manera que esté atento tu oído a la Sabiduría e inclines tu corazón a la prudencia.

Porque si deseas la Sabiduría e inclinas tu corazón a la prudencia, si buscas la Sabiduría con el mismo afán que las riquezas, y la desentierras como el más precioso de los tesoros, entonces sentirás el santo temor de Dios, y te ilustrarás de su Divina Ciencia; porque el Señor es el que da la Sabiduría, y de su boca derrama la prudencia y el conocimiento de la verdad.

Él es el custodio de los justos, y el protector de los sencillos de corazón. Él es el que conserva a los justos en el camino de la rectitud, y el que dirige los pasos de ellos.

Sáciate del manjar de la Sabiduría, porque es dulce y deleitosa para tu alma.

Si entrare la Sabiduría en tu corazón y se complaciere tu alma en la ilustración de la Ciencia Divina, entenderás lo que es justo y agradable a los ojos de Dios; y el buen consejo será tu salvaguardia, y la prudencia te conservará en rectitud; pues, te librárá del mal camino y de los hombres perversos que andan por sendas tenebrosas, los cuales se gozan de hacer el mal y se alegran en la perversidad de los vicios.

Anda, pues, hijo mío, y no salgas del carril de los justos; y así dominarás tus pasiones y permanecerás en la Gracia de Dios. Mas, los que obran la iniquidad, si no se arrepienten, serán precipitados en el abismo eterno.

El que escuchare y pusiere en práctica la Divina Sabiduría, vivirá sin temor, gozará de abundancia de Gracias y será protegido del mal.

El principio de la Sabiduría es también el trabajar por adquirirla, a costa de cuantos bienes se puedan poseer en este mundo.

La Sabiduría amonesta a los hombres impíos, diciéndoles:

¿Hasta cuándo habéis de comportaros como ineptos? ¿Hasta cuándo, necios, codiciaréis las cosas que os son nocivas?, ¿o, como imprudentes, aborreceréis la Sabiduría? Insensatos, ¡cuántas veces os llamo, y no respondéis, os alargo mi mano, y la desecháis! Menospreciáis todos mis consejos, y ningún caso hacéis de mis reprensiones. Convertíos, pues, ante mis requerimientos, y Yo derramaré mi Espíritu sobre vosotros, y os llenaré de mi doctrina.

Mas, si seguís obstinados en la impiedad, desdeñando la Divina Sabiduría, desatendiendo mis consejos, burlándoos de mis correcciones y menospreciando el santo temor de Dios, comeréis los frutos de vuestra mala conducta, y os saciaréis de las consecuencias de vuestra propia iniquidad.

La indocilidad a la Divina Sabiduría causará a los insensatos su perdición eterna, pues las cosas en que ellos creen neciamente encontrar su felicidad, serán su ruina.

Capítulo V

Excelencias de la Divina Sabiduría

Bienaventurado el que ha adquirido la Sabiduría y es rico en prudencia; pues, su posesión le es incomparablemente más provechosa que la plata y el oro, y más preciosa que todas las riquezas, y cuantas cosas son de desear.

Para el que alcanzare la Sabiduría, sus caminos serán limpios y llenos de paz. Árbol de vida es la Sabiduría para aquellos que la alcanzan, y bienaventurado el que la tuviere asida a su alma.

Hijo mío, nunca pierdas de vista estas cosas: Observa la Ley y mis consejos, y tu alma tendrá vida sobrenatural y te adornará con el más precioso de los collares. Vivirás lleno de confianza, y en el camino no tropezará tu pie. Te acostarás sin zozobra y tu sueño será tranquilo. El Señor estará a tu lado, y guiará tus pasos, a fin de que no seas presa de tus enemigos.

Hijo mío, no te olvides de mi Santa Ley, y guarda en tu corazón mis mandamientos, porque ellos te colmarán de paz en la Tierra y de gloria en la vida eterna.

Quien guarda mi Santa Ley, guarda su alma; mas, el que menosprecia sus caminos, morirá eternamente.

La gloria eterna será la herencia de los que proceden según la Sabiduría; la ignominia será la herencia de los necios.

Honra también al Señor con tus bienes materiales, y da limosnas para su culto: Y estarán llenos de trigo tus silos, y de vinos tus lagares.

No deseches, hijo mío, la corrección del Señor, ni te enojas cuando Él te corrija; porque el Señor corrige al que ama, y se complace en él como un padre en su hijo.

Capítulo VI

La Divina Sabiduría dispone una casa, una mesa y un banquete

Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, que es la Divina Sabiduría, fundó la Iglesia y la dotó de ocho Fuentes:

Un Sacramento invisible y siete Sacramentos visibles.

En el templo de la Iglesia dispuso un altar.

En el altar instituyó el Santo Sacrificio de la Misa y confirió el Sacramento del Orden Sacerdotal a sus Apóstoles.

Mandó a sus Apóstoles que anunciaran el Reino de Dios a toda criatura, para que los sencillos y humildes de corazón pasaran a formar parte del redil de la Iglesia, y se beneficiaran de las Gracias de la Santa Misa, a través de los Sacramentos.

Pues, fuera de la verdadera Iglesia no hay salvación.

Capítulo VII

La Divina Sabiduría contrasta la virtud con el vicio

El hijo sabio es la alegría de sus padres; así como el necio es la aflicción de ellos.

El Señor saciará plenamente a las almas que tienen hambre y sed de justicia; mas, dejará vacíos e insaciables a los que traman la impiedad para su provecho.

El sabio de corazón recibe los preceptos; el necio los desecha por intolerables.

Quien vive con sencillez de corazón, anda seguro y confiado; el de proceder taimado, vendrá a ser descubierto.

El que va por el camino recto y teme a Dios será despreciado por el que anda por malos pasos.

Mejor es el sufrido que el valiente; y quien domina sus pasiones, es mejor que un conquistador de ciudades.

Capítulo VIII

Consejos de la Divina Sabiduría sobre los padres e hijos

Escucha, hijo mío, las buenas correcciones de tu padre, y no deseches las buenas advertencias de tu madre; porque ellas serán como bella corona a tu cabeza, y como collar precioso a tu cuello.

Quien bien ama a su hijo, lo castiga a tiempo; quien no le ama, no se preocupa de castigarle.

Castiga a tu hijo, que siempre hay esperanza que se corrija, pero no te excites hasta destruirle.

Quien maltrata a su padre o a su madre es hijo infame y deshonesto.

Al que escarnece a su padre o a su madre, cuervos del valle le saquen sus ojos y devórenle aguiluchos.

Quien a su padre o a su madre desampara cuando están necesitados, es un malvado y homicida.

Capítulo IX

Consejos de la Divina Sabiduría sobre las malas compañías

Hijo mío, por más que te halaguen los pecadores, no condesciendas a sus malos ejemplos.

Si te dijeren: «*Ven con nosotros, y pongamos asechanzas a alguno para darle muerte, o tendamos lazos al justo para derribarle, y así, con la ruina del prójimo, consigamos todo tipo de riquezas*»; o tratasen de seducirte diciendo: «*Únete a nuestra suerte, para que sea una la bolsa de todos*»:

No sigas, hijo mío, sus pasos; guárdate de andar por sus malas sendas, porque sus pies corren por el camino de la impiedad, y van apresurados para hacer daño al prójimo, quitarle su vida si fuese preciso, e incluso arrebatarse a su alma la vida sobrenatural. Huye de ellos, pues en vano se tiende la red ante los ojos de los pájaros voladores.

Las asechanzas que arman los impíos se vuelven contra su propia vida, y sus engaños sirven para perderse a sí mismos. En eso termina siempre la avaricia de bienes, de vanagloria y de placeres, ya que es un vicio que acaba por matar al que lo tiene.

Capítulo X

Consejos de la Divina Sabiduría sobre el Matrimonio

¡Oh, hijo mío!, vive alegre y contento con la legítima esposa que tomaste en la juventud, sea ella tu delicia. Su cariño te inunde de alegría en todo tiempo; y el amor de tu esposa en el lecho sea tu único placer, y siempre en conformidad a lo que Dios tiene ordenado para el Matrimonio. Bebe, pues, el agua de tu propio aljibe y del raudal de tu propio pozo. Sé tú solo el dueño de tu esposa, y cuida que sea casta. Que rebose por fuera el rico manantial de tu matrimonio con abundancia de hijos.

Hijo mío, sé fidelísimo a tu esposa. No vayas tras otras mujeres, ni te dejes seducir por ellas; pues, el Señor mira atentamente los caminos del hombre y considera todos sus pasos; el impío queda preso en su propia iniquidad, y cogido en el lazo de sus pecados.

¿Por ventura puede el hombre esconder el fuego en su seno sin que sus vestidos no ardan?, ¿o andar sobre las ascuas sin que se le abrasen las plantas de los pies? Pues, el que quisiere tener trato pecaminoso con la mujer de su prójimo, no será ya limpio desde el momento en que la deseó.

La mujer diligente y virtuosa, es motivo de gloria para el marido; la mujer desidiosa y frívola, es motivo de deshonra.

La mujer sabia y prudente fortifica más su casa; mas la necia la destruirá con sus manos.

Mejor es vivir en un desierto que con mujer rencillosa e iracunda.

Capítulo XI

Consejos de la Divina Sabiduría sobre el justo y el impío

Fuente de vida es la boca del justo; fuente de iniquidad, la boca del impío.

La boca del justo producirá Sabiduría; la del impío, confusión.

Abomina el Señor los labios mentirosos; y le son gratos los veraces.

El justo emplea sus labios para hablar cosas buenas; el impío, para hablar cosas perversas.

El impío es pernicioso, no habla más que iniquidades. Maquina el mal en su depravado corazón y en todo tiempo siembra discordias. Mas, si no se corrige, de repente le vendrá su perdición, y quedará hecho añicos, sin que tenga ya remedio.

Entre otras muchas cosas, abomina el Señor: Al de ojos altaneros, al de lengua mentirosa, al de manos que derraman sangre inocente, al que maquina en su corazón perversos designios, al de pies ligeros para correr al mal, al que levanta falso testimonio y al que siembra discordias entre hermanos.

A causa de su mala conciencia, huye el impío de sí mismo sin que nadie le persiga; mas, el justo, se mantiene a pie firme como león sin asustarse de nada.

La balanza falsa es abominable a los ojos del Señor; el peso cabal es lo que le agrada.

Abominado es del Señor el corazón perverso; y se complace en aquellos que obran con sinceridad.

Los impíos sacian su hambre con el pan de la impiedad y sacian su sed con el vino de la injusticia.

La senda de los justos es una luz resplandeciente que va cada día en aumento y crece hasta la perfección. Por el contrario, el camino de los impíos es una luz tenebrosa, que va en aumento cada día y crece hasta la oscuridad total.

La memoria del justo será bendecida con alabanzas; el nombre del impío será maldecido.

La obra del justo es para vida; la obra del impío es para pecado.

La esperanza de los justos es la alegría del gozo eterno; mas, la vana esperanza de los impíos, les precipitará en el fuego eterno del infierno.

Si el justo es castigado en esta vida hasta por ligeras culpas, ¡cuánto más será castigado el impío en esta vida y en la otra!

El justo será un día liberado de la tribulación; mas el impío será cada vez más atribulado.

La bendición del Señor se derrama sobre la cabeza del justo; la maldición sobre la cabeza del impío.

El falso engaña con su palabra al amigo; mas el justo le libera del engaño con su sabiduría.

Los labios mentirosos son abominación para el Señor.

El que se apoya en la mentira, en el vacío se apoya, y es tan necio como el que quiere coger con su mano un ave al vuelo.

La lengua del justo es como plata acrisolada.

Quien actúa con doblez, explora con astucia los secretos de su amigo para luego descubrirlos; mas, el que es de corazón leal, calla lo que el amigo le confió.

Capítulo XII

Consejos de la Divina Sabiduría sobre el sabio y el necio

El principio de la Sabiduría es el temor de Dios; y la ciencia de los santos es la verdadera prudencia.

Da consejos al sabio, y se hará más sabio todavía con tus enseñanzas. Da consejos al justo, y se hará más justo con tus instrucciones.

Si fueres sabio, lo serás para tu provecho; mas, si eres un necio y petulante, tú pagarás la pena.

El sabio no presume de su sabiduría; mas, el necio pregona su necesidad.

El que anda con sabios, acabará siendo sabio; mas, el que anda con necios, acabará siendo necio.

La Sabiduría reside en el corazón del prudente, y ella ilumina a todo ignorante.

El necio enseguida demuestra su enojo; en cambio el sensato disimula la injuria.

Se retira el prudente al ver venir el mal; pero el necio pasa adelante y sufre el daño.

Responde al necio según su necesidad, para que él no se crea que es un sabio.

De la boca del sabio, sale la ciencia sin presunción; de la boca del necio sale la confusión con petulancia.

Capítulo XIII

Consejos de la Divina Sabiduría sobre la corrección fraterna

El que ama la corrección, ama la Sabiduría; mas, el que la desprecia es un necio.

El necio no quiere que le corrijan; por eso, rehusa estar con los sabios.

Difícilmente conseguirás que el necio y presuntuoso reconozca tu corrección, pues lo más cierto es que la desprecie y te aborrezca; mas, si corriges al sabio, aceptará tu corrección y te lo agradecerá.

El que corrige al necio y presuntuoso, recibe de él mofa; y el que corrige al impío, recibe de él ultraje.

Camino de vida tiene el que acepta la corrección; mas, el que la desprecia, va descarriado.

Quien desecha la corrección, menosprecia su propia alma; pero, el que se somete a la corrección, se enseñoorea de su corazón.

Mejor es la corrección manifiesta, que el amor escondido.

Mejores son las heridas del que ama, que los ósculos fraudulentos del que aborrece.

Capítulo XIV

Consejos de la Divina Sabiduría sobre la virtud de la humildad y su vicio opuesto que es la soberbia

Donde hay humildad, hay Sabiduría; donde hay soberbia, hay necesidad.

Entre los soberbios siempre hay contiendas, pues se rigen por la necesidad; mas, el que es humilde se rige por los consejos de la Sabiduría.

En casa del impío está la maldición de Dios, y en la de los justos su bendición; pues Él confunde a los soberbios y da su Gracia a los mansos y humildes de corazón.

Los que tienen temor de Dios aborrecerán el mal. Dios detesta la arrogancia, la soberbia, toda mala conducta y toda lengua dolosa.

Capítulo XV

Consejos de la Divina Sabiduría sobre la virtud de la generosidad y su vicio opuesto que es la avaricia

¿Qué le aprovechan al necio las riquezas si con ellas no puede comprar la Sabiduría?

Más vale poco con temor de Dios, que grandes tesoros sin su Ley.

Mejor es lo poco con justicia, que muchas ganancias con injusticia.

No quieras trabajar para enriquecerte y no pongas tus ojos en las riquezas que no puedes adquirir.

Mejor es comer legumbres donde hay amor, que comer buey cebado donde hay odio.

La riqueza atrae muchos amigos, pero al pobre sus amigos le abandonan.

El que cierra sus oídos al clamor del pobre, tampoco cuando él clame hallará respuesta.

Muchos se jactan de sus riquezas, pero son pobres en Sabiduría.

Hay quienes en su misma pobreza son ricos en espíritu, porque viven contentos con lo poco que tienen; y hay otros que, teniendo muchas riquezas, son miserables en espíritu, porque no se sacian con lo que tienen.

El que maltrata al pobre, injuria al Creador; el que se compadece del pobre, honra al Creador.

Los días del pobre son todos trabajosos; pero la paz del corazón es un perenne banquete.

Nada aprovechan los tesoros si conducen a la impiedad; el ejercicio de las virtudes es manantial de Gracias y de vida para el alma.

Capítulo XVI

Consejos de la Divina Sabiduría sobre la virtud de la castidad y su vicio opuesto que es la lujuria

Hijo mío, atiende a lo que te enseña mi Sabiduría e inclina tus oídos a lo que te dicte mi prudencia, para que así tengas siempre presentes mis consejos y conserves mis instrucciones:

No te dejes arrastrar de las seducciones de la mujer perversa; porque los labios de la lujuriosa son como panal que destila miel, y suaves como el aceite sus palabras; mas, las consecuencias de su placer son más amargas que el ajeno y más agudas que una espada de dos filos. Los pies de la lujuriosa caminan por las sendas que van al infierno y arrastran a ese abismo a los que con ella tratan. Aléjate, pues, de ella, y no te acerques siquiera a las puertas de su casa. Así no tendrás que lamentarte después de haber perdido la hermosura de tu alma y la lozanía de tu cuerpo, diciendo: ¡Por qué deseché los consejos de la Sabiduría, ni oí la voz de los que me enseñaban bien, y no se ajustó mi corazón a sus exhortaciones!

No codicie, pues, tu corazón, la hermosura de la mujer viciosa, ni te cautiven sus miradas; porque el placer de ella es cosa vil y fugaz, y arrebatada en el varón la belleza de su alma.

No dejes, pues, arrastrar tu corazón de los atractivos de la mujer mala, ni sigas seducido sus caminos. Porque son muchos los varones que ella ha envilecido; y los más fuertes han caído en sus redes.

Capítulo XVII

Consejos de la Divina Sabiduría sobre la virtud de la paciencia y su vicio opuesto que es la ira

La ira y el furor exaltado no dejan lugar a la misericordia; pues, el ímpetu del airado, ¿quién podrá soportarlo?

El iracundo suscita riñas; el sufrido apacigua las que se han suscitado.

Una respuesta suave, calma la ira del prójimo; una palabra áspera, aviva su cólera.

El que es paciente, con mucha prudencia se gobierna; mas, el que no lo es, pone de manifiesto su locura.

Capítulo XVIII

Consejos de la Divina Sabiduría sobre la virtud de la templanza y su vicio opuesto que es la gula

Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de desórdenes la embriaguez.

Cuando te sentares a comer, come con limpieza y aseo lo que te pusieren delante, y usa de moderación y templanza.

Pon un freno en tu gula, para que tu alma sea siempre dueña de tu cuerpo.

No codicies los manjares, pues serán para ti pan de ruina.

No vayas con los que, con exceso, comen y beben vino, porque acabarás siendo uno más de ellos.

Los dados al exceso de vino y los que hallan sus delicias en apurar copas, causan en los padres la desdicha, andan en pendencias, caen en los precipicios, dañan al inocente sin motivo alguno, lanzan ayes desesperados por sus infortunios y tienen los ojos enturbiados.

No te dejes seducir por el buen color del vino ni por su buen olor; pues, él entra suavemente en el cuerpo, mas te morderá como serpiente y se encrespará en ti como basilisco; se irán después tus ojos tras la mujer de otro, y hablarás sin cordura cosas

perversas; te hallarás sin timón, como perdido en medio del fuerte oleaje. Y llegarás a tal estado de esclavitud que, cuando vuelva en ti el juicio, dirás: ¿Dónde hallaré otra vez vino?

El que está bien comido, aun de la miel hace ascos; pero al hambriento le parece dulce aun lo amargo.

Capítulo XIX

Consejos de la Divina Sabiduría sobre la virtud de la caridad y su vicio opuesto que es la envidia

El corazón sano da vida al cuerpo; mas la envidia es carcoma de los huesos.

No se aparten jamás de ti la misericordia y la verdad, rodéalas a tu garganta y escríbelas en tu corazón, y hallarás gracia y buena reputación ante Dios y ante los hombres.

Haz tú siempre el bien, y no impidas a tu prójimo que también lo haga.

No digas a tu amigo: Anda y vuelve, mañana te daré lo que pides, pudiendo dárselo hoy. No maquines mal contra tu amigo, puesto que él se fía de ti, ni litigues contra nadie sin causa justa. No imites el mal proceder del injusto, porque los perversos son abominables a los ojos de Dios, el cual sólo guarda sus intimidades para el de corazón sencillo.

Quien desprecia a su prójimo por algún defecto, es de corazón miserable; mas, quien lo sufre con paciencia, es prudente y caritativo.

El Señor aborrece a aquel que siembra discordias entre los hermanos.

Las palabras del chismoso parecen suaves e inofensivas, pero penetran con su veneno hasta lo más íntimo de las entrañas.

La envidia mueve rencillas; la caridad cubre todas las faltas.

La misericordia y la justicia, son más agradables a Dios que los sacrificios.

Caerá en el hoyo el que lo cava para que caiga el prójimo.

Capítulo XX

Consejos de la Divina Sabiduría sobre la virtud de la diligencia y su vicio opuesto que es la pereza

El que ama la ociosidad, estará lleno de miseria.

Mejor es el buen nombre que muchas riquezas.

Mira, oh perezoso, la hormiga, y considera su obra, y aprende también de ella la Sabiduría; pues, la hormiga sin tener guía, ni maestro, se provee de alimento durante el verano, recogiendo su comida al tiempo de la siega. O mira a la abeja, y aprende cómo trabaja y produce rica miel, que reyes y vasallos apetecen y buscan para sí. Y la abeja, siendo como es pequeña y flaca, es por su laboriosidad tenida en mucha estima.

¿Hasta cuándo perezoso dormirás? ¿Cuándo despertarás de tu sueño desmedido?; pues, tú dormirás un poquito, otro poquito dormirarás, otro cruzarás tus manos para dormir, y he aquí que vendrá sobre ti la indigencia como un salteador de camino y

te vencerá la pobreza como un hombre armado. Mas, al contrario, si fueres diligente, tus cosechas serán como copioso manantial y huirá lejos de ti la miseria.

Como la puerta se vuelve a su quicio, así se revuelve el perezoso en su cama.

La mano perezosa conduce a la miseria de bienes temporales y espirituales; la mano activa los acumula para sí.

El que labra su tierra, se saciará de pan; mas, el que ama el ocio, será carga para otros.

El que siega la mies en el estío, obra con cordura; el que duerme al tiempo de la siega, es un insensato.

Capítulo XXI

Consejos de la Divina Sabiduría sobre el buen gobierno y el bien común

El rey sabio disipa a los impíos y levanta encima de ellos un arco triunfal.

La misericordia y la justicia guardan al rey, y la clemencia hace estable su trono.

El corazón del rey sabio y prudente, es manantial de agua en manos de Dios, que Él dirige a donde le place.

Las sentencias de los labios del rey sabio y prudente, son como oráculos divinos; y no errará su boca al pronunciar el juicio.

Son abominables al rey sabio los que obran injustamente, porque la justicia es el apoyo del trono.

Son gratos al rey sabio los labios que hablan siempre lo justo; amado de él será quien hable lo recto.

El ministro entendido se gana la voluntad del rey; mas, el inepto incurrirá en su enojo.

León rugiente y oso hambriento, es un rey impío sobre un pueblo pobre.

Por la bendición de los justos será ensalzada la ciudad; mas, por la lengua de los impíos, quedará arruinada.

Sin autoridad sabia y prudente, perecerá el pueblo; actuará con más acierto el gobernante que se rodea de buenos consejeros.

La justicia es la que engrandece las naciones; mas, la injusticia, hace desdichados a los pueblos.

Hace mal quien en un juicio tiene acepción de personas, pues por un bocado de pan venderá la justicia.

Capítulo XXII

Consejos varios de la Divina Sabiduría

Dirige al Señor tus obras y tendrán buen éxito tus designios.

A la vista humana, los actos de una persona podrán ser reputados buenos o malos; pero lo que vale es la opinión de Dios, que penetra el interior del corazón con juicio inequívoco.

Con la misericordia y la verdad se expía el pecado, y con el temor de Dios se evita el mal.

El corazón humano propone sus caminos; pero es Dios quien dispone sus pasos.

Así como en el fuego son probados el oro y la plata, así el Señor prueba los corazones de los suyos.

Como la miel daña a los que la comen con demasía, así el que osa escudriñar la majestad de Dios, se verá confundido ante lo inescrutable de su gloria.

El sabio es fuerte y el docto es robusto y valiente.

No imites a los malos ni desees estar con ellos, porque sus mentes meditan la rapiña y sus labios hablan engaños.

Insensato es quien se propone hacer el mal.

No andes acechando ni buscando delitos en casa del justo, no perturbes su reposo; porque siete veces cae el justo, y siempre vuelve a levantarse con la Gracia de Dios. Mas, los impíos, se despeñan más y más en el mal por su desprecio a la Gracia.

Teme al Señor, hijo mío, y no te mezcles con los detractores, porque de repente se desplomará sobre ellos la perdición.

Los que dicen al impío *«justo eres»*, son reos de la maldición divina, y los que le reprenden serán colmados de la bendición de Dios.

El que responde conforme a lo recto y justo, es como quien da al amigo un ósculo de paz y bendición.

No digas: *«Con el mismo mal que me trató a mí, así le trataré yo a él»*, pues cada uno será juzgado según sus obras.

No te jactes de persona importante delante de los poderosos, ni te sientes en el lugar de los magnates, porque más vale que te digan: *«Sube más arriba»*, que te veas humillado en presencia de ellos.

Tus cosas trátalas con tu amigo fiel, y no descubras tus secretos al extraño; no sea que éste, luego de haberlos oído, te insulte y no cese de echártelos en cara.

No frecuentes demasiado la casa de tu vecino, si no quieres que hartado de ti te aborrezca.

Como la polilla al vestido y la carcoma al madero, la melancolía daña al corazón humano.

Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; pues tu caridad le abrasará de tal manera el corazón, que pudiera ser que se convirtiera su odio en amor.

Confía en Dios de todo tu corazón, y no te apoyes en tus fuerzas. En todos tus caminos piensa en Él, y Él mismo enderezará tus pasos.

No te tengas por sabio: Teme a Dios, y apártate del mal; pues, tu recta conducta, será santidad para tu alma y refrigerio para tu cuerpo.

Al que mucho habla sin necesidad, no le faltará pecado; quien modera sus labios, es prudente.

Capítulo XXIII

La Divina Sabiduría elogia a la mujer fuerte

¿Quién hallará la mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo.

En ella confía el corazón de su esposo, de quien será una fiel y solícita compañera todo el tiempo de su vida.

La mujer fuerte se procura lana y lino y hace las labores con sus manos.

Viene a ser como la nave de un comerciante que con su labor trae de lejos el sustento.

Se levanta antes de que amanezca, y prepara a su familia la comida, y la tarea de sus criados.

Vio un campo, y lo compró; y con el fruto de sus manos plantó una viña.

Se ciñe de varonil fortaleza, y esfuerza sus brazos.

Coge la rueca en sus manos y hace girar el huso.

Ve alegre que su trabajo le fructifica.

No apaga su lámpara por la noche para vigilar la casa.

Aplica su mano para socorrer al mendigo, y extiende sus brazos para amparar al necesitado.

Los de su familia no temen el frío ni la nieve, porque todos llevan vestidos fuertes.

Se labró ella misma para sí un vestido de lino finísimo y púrpura.

Su esposo es muy considerado cuando se sienta entre los senadores y en las asambleas públicas de su país.

Ella hace finísimas telas y ricos ceñidores y los vende a los mercaderes.

La fortaleza y el decoro son sus mejores atavíos; y sonrío ante la prosperidad de su futuro.

Su boca pronuncia sabios discursos, y en su lengua está la ley de la bondad.

Vigila la conducta de su familia; y no come el pan de balde.

Se levantaron sus hijos, y la aclamaron bienaventurada, y su marido también la alabó, diciendo:

Muchas mujeres han proveído su casa de toda clase de bienes, mas tú a todas las has aventajado.

Engañosa y fugaz es la hermosura en la mujer vana y disoluta; mas, la mujer que teme al Señor, es la que merece ser alabada por la hermosura de sus virtudes.

Libro III

El Libro de la Sabiduría

Prólogo

El rey Salomón, inspirado por el Espíritu Santo, escribió el Libro de la Sabiduría durante los diez primeros años de su reinado, cuando aún era modelo de virtud,

sabiduría y prudencia. En este Libro moral expone otros aspectos de la necedad de las cosas mundanas y del beneficio que entraña la posesión de la Sabiduría.

Capítulo I

Introducción al Libro de la Sabiduría

Amad la justicia, los que gobernáis la Tierra.

Tened sentimientos dignos del Señor y buscadle con sencillez de corazón.

Porque se deja hallar de los que obran con rectitud y se manifiesta a los que en Él confían; ya que los pensamientos perversos apartan de Dios; y su poder puesto a prueba corrige a los necios.

Porque en alma maligna no entrará la Sabiduría, ni morará en cuerpo esclavo del pecado; ya que el Espíritu Santo que la enseña, huye de las ficciones y se aparta de los pensamientos desatinados, y reprueba la iniquidad que sobrevenga.

Porque, aunque el Espíritu de Sabiduría es benigno, no dejará impune al de blasfemos labios, ya que Dios es testigo de sus pensamientos, observador de su corazón y oidor de sus palabras.

Porque el Espíritu del Señor abarca la redondez de la Tierra y conoce hasta lo más recóndito. Por eso, el que habla cosas malas, no puede escondersele, ni escapará del juicio vengador.

Porque los pensamientos del impío serán juzgados con minuciosidad; al oído celoso de Dios, llegan las palabras del impío para castigo de sus iniquidades.

Guardaos, pues, de la murmuración, la cual daña mucho, y refrenad la lengua de toda detracción; porque ni una mala palabra dicha a escondidas quedará impune; y la boca mentirosa da muerte al alma.

Capítulo II

El destino del hombre según el plan de Dios, fue trastocado por el mismo hombre con sus pecados

No os afanáis en acelerar la muerte con el descarrío de vuestra vida, ni os atraigáis la perdición del alma con la obra de vuestras manos.

Porque Dios no hizo la muerte, ni se alegra de la perdición de los hombres.

Él crió todas las cosas del Universo para que subsistiesen en su presencia, y las hizo saludables; nada había en ellas de ponzoñoso ni nocivo. El infierno no existía antes de la caída de los ángeles rebeldes.

Dios creó al hombre con justicia original, la cual conlleva en sí la inmortalidad; por tanto, en el plan de Dios estaba que la justicia del hombre fuera perpetua y él inmortal. Mas, fue el mismo hombre quien, con su desobediencia a Dios, se granjeó la muerte espiritual y corporal; y de tal manera se han corrompido los hombres, que con sus inicuos desvíos han venido a hacer alianza con ella, siendo así cada vez más acreedores de tal desgracia.

Capítulo III

Ideas y obras inicuas de los impíos

1. Los impíos, para tratar de justificar sus desviaciones, neciamente dicen entre sí: *«Corto y enojoso es el tiempo de nuestra vida; no hay otra después de la muerte; jamás nadie, después de muerto, ha vuelto a contarnos lo que pasa en el otro mundo. He aquí que de la casualidad hemos nacido; y después de esta vida seremos como si nunca hubiésemos sido; porque nuestra vida es como el humo que se desvanece pronto; y nuestra alma es como una chispa transitoria que mueve nuestro corazón y después se apaga para siempre; y una vez apagada, quedará nuestro cuerpo reducido a ceniza, y nuestra alma se disipará cual sutil aire. Por tanto, la vida se desvanecerá como niebla que es herida por los rayos del sol y disuelta con su calor. Además, después de muerto, caerá en olvido nuestro nombre, sin que quede memoria de nuestras obras. Sombra que pasa es, pues, nuestra vida, ni hay retorno después de la muerte».*

2. *«Venid, pues, y gocemos sin freno de los bienes presentes; y démonos prisa a disfrutar de las criaturas, según nuestras apetencias, mientras vivamos. Hartémonos de copiosos manjares y de ricos vinos, y rodeémonos de toda clase de lujos y comodidades, antes que se pase la flor de nuestra vida. Coronémonos de las rosas del placer antes que se marchiten, y dejemos por todas partes señales de nuestra lascivia. Ninguno de nosotros deje de tomar parte en la vida disoluta; en cada lugar dejemos señales de nuestras jubilosas orgías, ya que todo esto es la porción de nuestra herencia».*

3. *«Oprimamos al que es justo y desvalido, no perdonemos a la viuda ni respetemos las venerables canas de los ancianos. Sea nuestra fuerza la única ley de justicia, pues la debilidad no trae ningún provecho. Armemos, pues, lazos al justo, por cuanto que no es favorable, sino contrario a nuestras obras, y nos echa en cara los pecados contra la Ley y nos difama divulgando nuestra depravada conducta; pues asegura tener la ciencia de Dios y se llama a sí mismo hijo de Dios, y se ha hecho el censor de nuestros pensamientos. He aquí que no podemos sufrir ni aun su vista; porque no se asemeja su vida a la nuestra, ya que observa una conducta muy diferente».*

4. *«Somos tenidos por él como gente necia y perversa, y se abstiene de nuestras costumbres como de inmundicias; pues, cree y proclama las postrimerías del hombre, afirma que los justos después de muertos gozarán de una vida eterna, y se gloria de tener a Dios por Padre. Mas, veamos, pues, si son verdaderas sus palabras. Vamos a probarle para ver si es cierto lo que dice; y así veremos cuál será su paradero. Pues, si verdaderamente es hijo de Dios, Él lo tomará a su cargo y le librá de las manos de sus adversarios. Probémosle con ultrajes y tormentos, para conocer su resignación y probar su paciencia. Condenémosle a la muerte más infame; pues, según sus palabras, su Dios le salvará».*

5. Tales perversidades piensan y ponen en obra los impíos, cegados de su propia malicia. Y no entendieron los misterios de Dios, ni creyeron que hubiese premio para el justo, ni echaron cuenta de la gloria que está reservada a las almas santas. Porque Dios crió al hombre con un alma inmortal, y le formó a su imagen y semejanza. Mas, por la envidia del diablo, entró la muerte en el mundo al conseguir seducir al hombre, e imitan al diablo los que son de su bando.

Capítulo IV

Felicidad de los justos e infelicidad de los impíos

1. Las almas, empero, de los justos están en la mano de Dios; y no les llegará el tormento de la muerte eterna.

2. Sin embargo, la muerte del justo es mirada por el impío como la mayor de las desgracias, al considerar que el cuerpo y el alma quedan total y definitivamente aniquilados y, por tanto, privados del consuelo de una vida eterna y feliz; lo cual es un terrible error, ya que, tras la muerte del justo, su alma reposará para siempre en la Eterna Felicidad. Y si delante de los hombres los justos padecen tormentos, su esperanza está llena de inmortalidad. Su tribulación es ligera en comparación con el premio que recibirá, que será muy grande; porque Dios les acrisoló como el oro en el fuego, les halló dignos de Sí por sus virtudes y les recibió como víctimas de holocausto; y a su tiempo les dará la recompensa. Entonces resplandecerán más que el sol, irán de una parte a otra del Universo con la agilidad de los Bienaventurados, juzgarán a las naciones junto al Supremo Juez, dominarán los pueblos y el Señor reinará con ellos eternamente. Los que confían en Dios entienden todas estas verdades y los que son fieles a su amor, estarán unidos con Él; pues, la Gracia y la paz son para sus escogidos.

3. Los impíos, empero, serán castigados según la medida de sus maldades; pues, se apartaron de Dios y despreciaron lo que es justo y recto a sus ojos. Porque desventurado es el que desecha la Sabiduría y la instrucción; vana es la esperanza de estos, infructuosos sus trabajos e inútiles sus obras. Sus mujeres son insensatas y perversísimos sus hijos. Maldita la raza de ellos, pues la raza de los malvados, si no se convierte, tiene un fin muy desastroso.

4. Más dichosa es la mujer justa, aunque sea estéril, y la que se conserva sin mancilla, al no haber manchado su lecho con el adulterio; pues, ella recibirá la recompensa cuando Dios llame para Él a las almas santas. Y, también, más dichoso es el célibe, cuyas manos no han obrado la iniquidad ni ha pensado cosas perversas contra Dios; pues, le será dado un don precioso por su fidelidad y una gloria muy elevada en el Cielo, porque glorioso es el fruto de las buenas obras, mediante las cuales nunca se seca la raíz de la Sabiduría.

Capítulo V

La muerte del casto y la muerte del lujurioso

1. ¡Oh qué hermosa y resplandeciente es la generación de los que aman la castidad! Sus frutos son beneficiosos y dulces para comer, ya que brotan de árboles floridos por el ejercicio de la virtud de la pureza. La memoria de los castos es inmortal, ya que es reconocida su virtud delante de Dios y de los hombres. Pues, mientras están en la Tierra, son modelo de imitación; y cuando han muerto son recordados con admiración. En el Cielo serán galardonados eternamente con la corona del triunfo, que conlleva el premio a su continua lucha en la Tierra por conservar la castidad. La Gracia de ver a Dios está reservada para aquellos que son limpios de corazón.

2. ¡Oh qué vil y repugnante es la generación de los que aman la lujuria! Sus frutos son nocivos y amargos para comer, ya que brotan de árboles corrompidos por el desenfreno de la lascivia. El Señor abominará a los lujuriosos obstinados; ya que, si no se convierten, morirán sin honor y estarán con eterna infamia entre los demás réprobos; porque Dios quebrantará las pasiones desordenadas de ellos, les reducirá al silencio y a la extrema desolación, y perecerá para siempre su memoria. Sus liviandades se levantarán contra ellos para acusarles y atormentarles sin fin.

Capítulo VI

Cristo Rey exterminará a los impíos en los tres días de tinieblas que precederán a su Gloriosa Segunda Venida a la Tierra

Cristo, el Ungido del Señor Dios de los Ejércitos, antes de juzgar a las naciones, se armará de todo su celo, y armará también a los suyos, para vengarse de sus enemigos y acabar con el Anticristo. Tomará la justicia por coraza, y por yelmo el juicio infalible. Embrazará por escudo impenetrable la rectitud. De su inflexible Ira se hará Dios una aguda lanza; y todo el Universo peleará con Él contra los insensatos. Irán derechamente a ellos los tiros de los rayos, los cuales serán lanzados de las nubes como de un arco bien asestado, y herirán a un punto fijo; y de la cólera de Dios, lloverán densos y encendidos granizos. Se embravecerán contra ellos las olas del mar; y los ríos todos inundarán impetuosamente la tierra, y en torbellinos de viento abrasador serán destrozados. Cristo, el Ungido de Dios, con su soplo y el resplandor de su Divino Rostro, destruirá al Anticristo, quedando Satanás y sus huestes infernales vencidos y encadenados para siempre, sin poder alguno sobre los hombres. He aquí que, por la iniquidad de los impíos, el Universo será purificado con fuego tenebrosísimo producido por el Ungido del Señor.

Capítulo VII

El Juicio Universal: Los justos y los impíos

1. En el día del Juicio, los justos, junto a Cristo, Supremo Juez, juzgarán con gran rigor a los impíos. En aquel día, los justos se manifestarán, ante los que los persiguieron y menospreciaron sus obras, con gran honra, extremada hermosura y

cumplida felicidad. Los justos vivirán eternamente, y su galardón estará en la contemplación de Dios y el pensamiento de ellos en el Altísimo. Los justos recibirán en el Cielo, de la mano del Señor, el reino de la gloria y la corona de la hermosura.

2. En el Juicio, cuando vean a los justos los impíos, con furiosa turbación, entre gemidos desgarradores, y sin arrepentimiento alguno, dirán dentro de sí: *«Estos son los que en otro tiempo tuvimos como blanco de nuestros escarnios y el objeto de nuestro oprobio. Pues, nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura y su fin por deshonra. Y ahora vemos cómo han sido contados entre los hijos de Dios y tienen su heredad entre los santos. Luego vivíamos descarriados del camino de la verdad y hemos despreciado la luz de la justicia y el sol del conocimiento de la Sabiduría. Nos hemos obstinado en seguir la carrera de la iniquidad y de la perdición, desechando el camino del Señor. ¿De qué nos ha servido la soberbia? O ¿qué provecho nos ha traído la vana ostentación de nuestras riquezas?»* Tales cosas dirán los condenados, no porque se sientan arrepentidos de sus delitos, sino porque, hasta los del infierno, tienen que reconocer la Divina Justicia de Cristo y doblar sus rodillas ante Él, como Dios que es y Supremo Juez.

Capítulo VIII

Exhortación a los reyes, jueces y toda clase de autoridad para que busquen la Divina Sabiduría

1. Mejor es la Sabiduría que la fuerza; y el sabio y prudente que el valeroso. Escuchad, pues, oh reyes, y estad atentos; aprended vosotros, oh jueces todos de la Tierra. Dad oídos a mis palabras vosotros que tenéis el gobierno de los pueblos, y os gloriáis del vasallaje de muchas naciones. Porque la potestad y la fuerza os la ha dado el Señor Dios de los Ejércitos, el cual examinará vuestras obras, y escudriñará hasta los más recónditos pensamientos. Porque, siendo vosotros instrumentos de su Reino universal, si no juzgáis con rectitud ni guardáis la Santa Ley de Dios, ni andáis según su divina voluntad, Él dejará caer su Santa Ira sobre vosotros; pues, aquellos que ejercen potestad sobre otros, serán juzgados con extremo rigor. Porque de los pequeños Dios tendrá más compasión; mas, los grandes serán tratados con más severidad; pues, a los más poderosos con más fuerte castigo les amenaza. Porque Dios no exceptúa de su justicia a persona alguna, ni respeta la grandeza de nadie; pues Él hizo al pequeño y al grande, e igualmente cuida de todos.

2. A vosotros, pues, reyes y demás potestades de la Tierra, van dirigidas estas mis palabras, a fin de que aprendáis la Sabiduría, y no vengáis a resbalar. Porque serán colmados de santidad los que hicieren con rectitud lo que es justo. Quien toma muy bien en consideración estas palabras y las ama, será instruido. Luminosa e inmarcesible es la Sabiduría. Y fácilmente la ven aquellos que la aman; y la hallan los que la buscan. Se anticipa a aquellos que la codician poniéndose delante ella misma. El tener, pues, el pensamiento ocupado en la Sabiduría es prudencia consumada; y el que por amor de ella velare, luego hallará el merecido descanso.

Porque ella misma va por todas partes buscando a los que son dignos de poseerla y en los caminos se les muestra con agrado, y en todas las ocasiones y asuntos la tienen al lado. Porque el principio de la Sabiduría es también el deseo sincerísimo de ser instruido en ella; y el procurar instruirse, es ya amar la Sabiduría; y amarla es guardar sus leyes; y la guarda de sus leyes, es la perfecta pureza del alma; la cual une con Dios. Luego la Sabiduría es la que conduce al Reino Eterno.

3. ¡Oh, reyes de los pueblos!, amad la Sabiduría para reinar perpetuamente. Amad la luz de la Sabiduría los que regís a los pueblos, y os declararé qué cosa es la Sabiduría y cómo fue engendrada, y no se os quedarán ocultos los misterios de Dios; pues, os quedará clara su ciencia y su verdad. Un rey sabio es la firmeza de su pueblo. Por tanto, recibid con interés las instrucciones por medio de estas palabras, porque os será provechoso. El rey necio jamás participará de la Sabiduría.

Capítulo IX

Salomón habla de la Sabiduría que él recibió de Dios

1. Yo soy un hombre mortal, semejante a los demás hombres. Mas, dada mi condición de rey, con el fin de gobernar bien a mi pueblo, yo deseé el Espíritu de Sabiduría, lo pedí a Dios, y Él me lo otorgó. Yo la preferí a los reinos y tronos, y consideré que las riquezas nada son en comparación a ella. La amé más que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por luz en mis actos, porque su resplandor es inextinguible. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella. Y yo me gozaba santamente en todas estas cosas porque me guiaba la Sabiduría; mas, antes de recibir la Sabiduría, yo no sabía que Ella era madre de todos estos bienes.

2. Porque la Sabiduría es un tesoro infinito para los hombres; y cuantos hacen uso de ella participan de la amistad de Dios, al haber observado su Doctrina y Ley Santas. A mí me ha concedido Dios el expresar lo que siento, y el tener pensamientos dignos de los dones recibidos de Él; porque Dios es el Guía de la sabiduría humana, y el que corrige a los sabios; puesto que nosotros, nuestros discursos y nuestras obras están en sus manos. Él me dio a mí la verdadera ciencia de muchas de las cosas que existen; pues, la Sabiduría, que es el Artífice de todo, me instruyó.

3. Porque, ¿quién de los hombres, sin la luz de la Sabiduría, podrá saber los consejos de Dios, o quién podrá averiguar qué es lo que Dios quiere? Porque los pensamientos de los hombres son inseguros, e inciertas sus previsiones; ya que el cuerpo corruptible agrava al alma y deprime la mente con pensamientos vanos. Y si difícilmente llegamos a formar concepto de las cosas de la tierra y a duras penas entendemos lo que tenemos delante de los ojos, ¿quién podrá investigar lo que está en el Cielo; y sobre todo, quién podrá conocer, oh Señor, tus consejos, si Tú no le dieras Sabiduría, y desde lo más alto enviares tu Santo Espíritu? Sean así enderezados los senderos de los moradores de la Tierra y aprendan las cosas que a

Ti placen; porque por la Sabiduría fueron salvados, oh Señor, cuantos desde el principio del mundo te fueron aceptos.

Capítulo X

La Sabiduría Increada es por esencia el mismo Dios Uno y Trino. La Sabiduría Creada es el Alma Divinísima de Cristo

1. En la Sabiduría Increada está el verdadero espíritu de inteligencia, que es: Santo, Único, multiforme, sutil, elocuente, ágil, inmaculado, infalible, suave, amante del bien, perspicaz, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigno, estable, constante, seguro, omnipotente, que todo lo ve y que abarca todos los espíritus. Pues, la Divina Sabiduría es más ágil que todas las cosas que se mueven, y alcanza a todas partes, por ser Espíritu Purísimo.

2. La Sabiduría Creada, es la exhalación de la misma virtud de Dios y la emanación de la misma gloria de Dios. La Sabiduría Creada es el resplandor de la Luz Eterna, el espejo sin mancha de la Majestad de Dios y la Imagen de su Bondad.

Capítulo XI

La Divina Sabiduría está al alcance de todos los seres humanos y es más valiosa que todas las riquezas y saberes del mundo

1. La Divina Sabiduría, como es por esencia el mismo Dios, todo lo puede; y como es inmutable, todo lo renueva, y se derrama por todas las naciones entre las almas santas, formando amigos de Dios. Dios, que es la misma Sabiduría, ama al que mora con la Sabiduría: La cual es más hermosa que el sol, sobrepuja a todo el orden de las estrellas y no tiene comparación con ninguna otra luz, ya que la luz de la Divina Sabiduría no es eclipsada por malicia alguna. La Divina Sabiduría abarca, pues, de un cabo a otro, todas las cosas, y las ordena con suavidad.

2. La Divina Sabiduría es la que enseña a los hombres la ciencia divina y la que dirige sus obras. Y si en esta vida se codician las riquezas, ¿qué cosa más rica que la Sabiduría, creadora de todas las cosas? Y si la industria humana produce múltiples cosas buenas, es porque la Sabiduría ha enseñado al hombre el arte de producirlas. Y si alguno ama la virtud, fruto es de la Sabiduría, por ser Ella la que enseña la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza, y todas las demás virtudes, que son las cosas más útiles para los hombres en esta vida. Y si alguno desea el mucho saber, Ella lo sabe todo: Lo pasado, lo presente y lo futuro. Por tanto, el que posee la Divina Sabiduría, lo posee todo.

Capítulo XII

La Divina Sabiduría guió a los Patriarcas y a otros justos del Pueblo de Israel

La Divina Sabiduría: Sacó al Patriarca Adán y a su esposa la Matriarca Eva, de su pecado, y le dio potestad a él para gobernar todas las cosas; preservó al Patriarca Noé, y a su familia, de perecer en el Diluvio universal introduciéndoles en el Arca;

exaltó las virtudes heroicas del Patriarca Job y le restituyó sus bienes multiplicados; escogió al Patriarca Abrahán y le conservó firme en la Fe, e hizo fértil a su esposa, la Matriarca Sara; libró al justo Lot de perecer en el castigo de Sodoma; fortaleció al Patriarca Isaac, víctima figura de Cristo; condujo por seguros caminos al Patriarca Jacob, le mostró el Reino de Dios, le enriqueció en medio de las fatigas y le guardó de los enemigos; no desamparó al Patriarca José al ser vendido por sus hermanos, ni tampoco en la prisión de Egipto, sino que le dio el gobierno sobre esta nación.

Capítulo XIII

La Divina Sabiduría, guió a Moisés, Caudillo del Pueblo de Israel

1. La Divina Sabiduría eligió a Moisés como Caudillo del Pueblo de Israel; le ayudó a liberar a los israelitas de la opresión de los egipcios, castigándoles con plagas mediante portentosos prodigios. ¡Grandes son, oh Señor, tus juicios, e inefables tus obras!; pues, cuando los inicuos egipcios se obstinaban en seguir oprimiendo a tu pueblo, se vieron envueltos durante siete días en las más densas tinieblas; mientras que los israelitas estaban iluminados de clarísima luz.

2. La Divina Sabiduría guió y protegió a Moisés y a su pueblo, en el cruce milagroso del Mar Rojo; sumergió al ejército egipcio en las profundidades de las aguas del mar; promulgó a través de Moisés la Santa Ley; dirigió los pasos del Pueblo de Israel, durante los años que anduvieron dando vueltas por el desierto, y les alimentó con el maná cuando lo fue necesario; y castigó a los que osaron desobedecer la Santa Ley; e introdujo a su Pueblo en la Tierra Prometida.

Capítulo XIV

La Divina Sabiduría convirtió a muchos de los moradores del territorio de Canaán, y a otros exterminó, durante la conquista llevada a cabo por los israelitas al mando del Caudillo Josué

1. ¡Oh cuán bueno y suave es, oh Señor, tu Espíritu en todas las cosas! Por eso, a los que andan descarriados, Tú les amonestas y corriges de las faltas que cometen, para que, dejada la malicia, crean en Ti, oh Señor. Porque Tú miraste con enojo a los antiguos moradores de tu Tierra Santa, por sus idolatrías y otras abominaciones; mas, antes que les abatieras con tu poder a través de tus ejércitos al mando de Josué, les exhortaste con sabios y santos consejos, por medio del Santísimo Melquisedec, a fin de alcanzar la conversión de ellos y evitar también su exterminio. En tu infinita misericordia mandaste también numerosísimas plagas de tábanos contra los que se habían obstinado en rechazar tu Palabra, a fin de que, con las dolorosísimas picaduras de estos insectos, tratar de doblegar la dura cerviz de muchos de ellos a través del sufrimiento. Y merced a este castigo, muchos de los habitantes de Canaán que antes no habían aceptado los consejos de tu predicación, cuando llegaron los ejércitos israelitas, al mando de Josué, tenían sus corazones más dispuestos a la aceptación del verdadero Dios; por lo que se convirtieron, y se unieron al Pueblo

Escogido. Mas los que no se corrigieron con estas reprensiones y escarnios, vinieron a experimentar un castigo digno del poder de Dios, siendo exterminados por los ejércitos de tu pueblo.

2. Y quién te dirá a Ti, ¿por qué has hecho eso?, ¿o quién se opondrá a tus juicios?, ¿o quién se atreverá a defender ante Ti a los hombres malvados?, ¿o quién te culpará de haber exterminado las naciones que Tú creaste? Porque no hay otro Dios sino Tú, que de todas las cosas tienes cuidado, para demostrar que no hay injusticia alguna en tus juicios. No hay rey ni príncipe que pueda pedirte cuenta de aquellos que Tú has hecho perecer, siendo como eres justo, y dispones todas las cosas justamente, y no castigas al que no lo merece; pues, tu poder es el principio de la justicia; y por lo mismo que eres el Señor de todas las cosas, eres con todos indulgente.

3. Haces valer, pues, tu justicia cuando no te creen soberanamente poderoso y confundes la osadía de aquellos que no te reconocen. Pero, como Tú eres el soberano Señor de todos, juzgas con serenidad y nos gobiernas con moderación suma. Por eso, has enseñado a tu pueblo que el juez debe ser también humano; y has dado a tus hijos buenas esperanzas, viendo ellos que, cuando los juzgas por sus pecados, les das tiempo a la penitencia. Pues, si a los enemigos de tu pueblo los castigaste con tanto miramiento, dándoles tiempo para que se arrepintiesen de sus iniquidades, ¿con cuánto más cuidado no juzgarás a los hijos de tu pueblo, a cuyos padres hiciste con juramentos y pactos grandes promesas?

Capítulo XV

La Divina Sabiduría todo lo dispone y es paciente y misericordiosa

Tú, oh Señor, dispones todas las cosas en justa medida, número y peso; porque sólo Tú tienes el Sumo Poder: ¿Y quién podrá resistir a la fuerza de tu brazo? El mundo todo es delante de Ti como un pequeño grano de arena y como una gota del rocío de la mañana que desciende a la tierra. Pero Tú tienes misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puedes; y velas tu vista ante los pecados de los hombres a fin de darles tiempo de arrepentirse y de que hagan penitencia. Porque Tú amas todo cuanto has creado y nada aborreces de cuanto has hecho, salvo a los que te han sido infieles por haber elegido la condenación eterna. Y ¿cómo podría durar cosa alguna, si Tú no quisieres?, ¿ni cómo conservarse cosa alguna sin orden tuya? Porque Tú eres indulgente para con todos, porque tuyas son todas las cosas, oh Señor, amador nuestro.

Capítulo XVI

Necedad y aberración de la idolatría. Bendito el Madero de la Cruz del Salvador

1. Vanos son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la Sabiduría de Dios; y que, por las cosas buenas que se ven y la consideración de las cosas creadas, no reconocen al Artífice de ellas; sino que, por el contrario, tienen por dioses gobernadores del Universo, o al fuego, o al viento, o a las constelaciones de astros,

o a los mares, o al sol o a la luna. Pues, si encantados de la belleza de tales cosas, las imaginan dioses, deben conocer a través de ellas cuánto más hermoso es su dueño, pues el que creó todas estas cosas es el Señor, Creador de toda hermosura y Único Dios verdadero. O si se maravillan de la virtud e influencia naturales de estas criaturas, deben entender por ellas que, Aquel que las creó las sobrepuja en poder; pues, de la grandeza y hermosura de la criatura, se puede llegar a conocer la existencia del Criador de ella. Y si pueden, con su mucha ciencia humana, profundizar en misterios de las criaturas, ¿cómo no echan de ver a través de ellas más fácilmente al Señor que las crió? Pero todavía son más vanos los que llaman dioses a las obras hechas por la mano del hombre: Como son todo tipo de figuras idolátricas, de oro, plata, piedra, madera, etc. Y para más insensatez, ofrecen votos a estos ídolos fabricados por sus manos y les consultan sobre su hacienda, sobre sus hijos, sobre sus matrimonios, por la salud de los enfermos, y otra serie de súplicas. Y no tienen vergüenza de hacer oración a cosas que carecen de poder para ayudarles, y de poner en ellas su vana esperanza.

2. Mas Tú, oh Dios, en tu Divina Sabiduría, mandaste a Noé que construyese de madera un Arca de salvación: Para que, refugiándose la esperanza de toda la Tierra en un navío gobernado por tu Mano, se conservasen las Semillas inmaculadas de las que había de renacer sobrenaturalmente el mundo. Porque bendito el Madero de la Cruz del Divino Salvador, que fue fabricado y usado para la Redención del mundo; pero maldito el madero de un ídolo hecho de mano, y maldito el artífice que lo fabricó, y maldito el que lo consideró como dios. Pues, la invención de los ídolos fue el origen de la idolatría, y su hallazgo la corrupción de la vida, porque ni los había al principio ni los habrá siempre.

Capítulo XVII

La idolatría, causa de todo mal. La Sabiduría de Dios, causa de todo bien

1. Los hombres, por el amor desordenado a su propia estimación, o por satisfacer sus concupiscencias, o por vana esperanza, o por congraciarse con los reyes y poderosos, y por otros distintos motivos y fines, dieron a múltiples criaturas y obras hechas de sus manos, el nombre intransferible de Dios. La idolatría, en cualquiera de sus variadas manifestaciones, es la causa de los homicidios, hurtos, engaños, corrupciones, infidelidades, alborotos, perjurios, vejación de los buenos, olvido de Dios, contaminación de las almas, incertidumbre de los partos, inconstancia de los matrimonios, desórdenes de adulterio y de lascivia. El abominable culto de los ídolos es, pues, la causa, y el principio y fin de todos los males. Los idólatras, si no se convierten, tendrán su justo castigo, porque, entregados a sus ídolos, hacen oprobio al Dios verdadero, menospreciando la veracidad, la justicia y la santidad, que son atributos del Supremo Hacedor.

2. ¡Oh Dios y Señor nuestro! Tú eres benigno, veraz y paciente, y todo lo gobiernas con tu misericordia; porque, si pecamos, contamos con el auxilio de tu Gracia para arrepentirnos, y que Tú estás pronto a perdonarnos; y si no pecamos, sabemos que tu Gracia es la que nos sostiene. Porque el conocerte a Ti con Fe viva, esperar en Ti con plena confianza y amarte con perfecta Caridad, es la justicia consumada de nuestra alma y la posesión de la Divina Sabiduría, raíz de nuestra eterna inmortalidad.

Libro IV

El Cantar de los Cantares

Prólogo

1. El rey Salomón, inspirado por el Espíritu Santo, escribió el Libro del Cantar de los Cantares, durante los años en que vivió desviado del recto camino y entregado a la idolatría, a la lujuria, al lujo, a la vanagloria y otros muchos vicios. El Cantar de los Cantares, es un libro moral, en el que se ensalza poéticamente el sublime y místico desposorio entre el Divino Esposo y la Divina Esposa. El Divino Esposo es Nuestro Señor Jesucristo; y la Divina Esposa es por excelencia la Santísima Virgen María, y por extensión lo es también la Santa Iglesia.

2. Salomón escribió el Cantar de los Cantares, valiéndose con frecuencia de expresiones figurativas de gran belleza poética, y de sublime profundidad mística. Sin embargo, empleó a veces frases de acentuado sentimiento pasional mundano, al describir la belleza del Esposo y de la Esposa, así como el amor entre ambos. Sin duda alguna, las costumbres corrompidas que esclavizaban su alma cuando escribió el Cantar de los Cantares, influyeron poderosamente en una buena parte de su literalidad. Si bien el Espíritu Santo fue el que inspiró el sublime contenido doctrinal del Libro, no obstante, reprobó de tal manera las expresiones de su autor que van contra la Moral Divina, que mandó al Profeta Gad reiteradas veces para que ordenase a Salomón que las rectificara; mas, Salomón siempre respondió: «*No me importunes*».

3. La presente es la versión del Cantar de los Cantares expresada literalmente conforme a la Moral Divina y en su verdadero contenido doctrinal.

Capítulo I

1. **Canto Primero:** El Alma Divinísima de Cristo, prendada de la belleza y santidad del Alma Divina de María, elegida por el Padre Eterno para Esposa suya, la reclama con sublime vehemencia para que se despose con Él. Por eso, en este canto, se expresa: **(a)** El deseo de María de desposarse con Cristo y **(b)** el Desposorio entre ambos. Y por extensión, se expresa el Desposorio de la Iglesia con el Alma Divinísima de Cristo mediante el Desposorio de ella con el Alma Divina de María.

La Esposa:

(a)

¡Oh Cristo, mi Dios y Señor!, unge mi alma
con el hálito santísimo de tu Desposorio Divino.
Porque tu Amor sobrepuja en suavidad y dulzura
a cualquier otra santa consolación,
pues es más fragante
que el mejor de los ungüentos.
Óleo celestial derramado
es tu Santo Nombre, Dios mío:
Por eso las almas puras anhelan tu presencia.
Atráeme, y, al olor de tus aromas,
correré en pos de Ti
con mi cortejo de almas fieles.

(b)

Introdújome el Rey Divino
en el Tabernáculo de su Alma,
y desposose Conmigo
y me hizo partícipe de sus divinos secretos.
Me regocijaré y alegraré saboreando
las delicias inefables de su Amor,
que sobrepujan a cualquier otro manjar.

2. **Canto Segundo:** La Divina María, al estar desposada con el Alma Divinísima de Cristo, lo está también con el Espíritu Santo. Por obra y Gracia del Divino Paráclito, María, concibe en su vientre virginal al Verbo Divino Humanado, al que luego da a luz. En este Canto, se expresa, pues, la Encarnación del Verbo Divino y el nacimiento de Cristo. Y por extensión, se expresa también la concepción de la Iglesia.

La Esposa:

Mientras habitaba el Rey en mi Seno virginal,
mi Nardo Divino exhaló su aroma.
Hacecito de mirra es mi Amado para Mí.
Con sublime ternura le cuidaré en mi regazo.
Racimo de uvas es mi Amado para Mí
en la viña de mi Alma.

3. **Canto Tercero:** La Divina María, en unión a San José, se ve sumida en una noche oscura al perder al Divino Niño Jesús, y vuelve a Jerusalén buscándole con ardor y aflicción inconsolable, y le halla en el Templo como Buen Pastor enseñando a las ovejas. En este canto se expresa, pues, esta ocultación de Jesús a sus Virginales

Padres y el encuentro gozoso del Esposo y la Esposa, y la sumisa sujeción del Divino Niño a sus Padres durante su vida oculta en la casa de Nazaret.

La Esposa:

En el camino perdí al Amado de mi Alma.

Le busqué, y no le hallé.

Volví a la ciudad,

y di vueltas por las calles y por las plazas
buscando al que ama mi Alma.

Pregunté a los centinelas que guardaban la ciudad:

¿Visteis por ventura al que ama mi Alma?

Decidme en qué frondosos prados

apacienta sus ovejas
o bajo qué árbol copioso
sestea al llegar el mediodía.

No sea que,

deambulando en medio de mi noche oscura,
tarde más en encontrarle.

Los centinelas:

Si no lo sabes,

¡oh la más hermosa entre las mujeres!,
vé tras las huellas de su rebaño
y apacienta tus anhelos
con la esperanza de encontrarle,
que pronto sentirás en tu Alma su consuelo
pues en Ella habita el que tanto amas.

La Esposa:

Mas, cuando hube pasado de ellos un poco,

hallé al que ama mi Alma, y le así;
y no le soltaré hasta haberlo hecho
entrar en mi casa de Nazaret.

El Esposo:

¡Oh, Esposa mía!

Eres fuerte como un carro de combate
tirado por aguerridos caballos.

Tu sencillez se asemeja al candor de la tórtola.

Tu pureza es como un collar de blancas perlas.

Con gargantilla de oro y plata acrisolados
resaltaré la humildad y paciencia de tu Alma.

Os conjuro, hijas de Jerusalén,
por lo mucho que amo a mi Esposa,

que no turbéis su celestial júbilo
ni le recordéis sus aflicciones.

4. **Canto cuarto:** Cristo y María, sublimemente enamorados, se manifiestan el uno al otro: **(a)** El Divino Amor que se profesan y **(b)** su calidad de víctimas del Calvario. Por extensión, Cristo y María, expresan el amor que sienten por la Iglesia y Ésta expresa su amor por Ambos.

(a)

El Esposo:

¡Qué hermosa eres, Esposa mía, qué hermosa eres!
Tu Alma es Vaso de Santidad.
Tu Corazón, latido de amor divino.
Tu Rostro, espejo de virginidad.
Tu Cabeza, erguida como el Carmelo.
Tu talle, torre airosa de David.
Tus ojos son dulces, puros y cristalinos.
Tus dientes, albos e inmaculados.
Tus labios, reflejo de la pureza y de la caridad.
Tus cabellos exhalan celestial destello.
Sabrosa y edificante es tu palabra.
Toda hermosa e inmaculada eres, Esposa mía.
No hay mancilla en Ti.

La Esposa:

¡Qué hermoso eres, Esposo mío, y qué gallardo!
Tu Alma es Fuente de Santidad.
Tu Corazón, Fuego del Amor Divino.
Tu Rostro, Espejo de la Divinidad.
Tu Cabeza, Sede de la Sabiduría.
Tu talle, columna incommovible.
Tus ojos son profundos y radiantes como el sol.
Tus cabellos, largos y oscuros como el azabache.
Tus manos, instrumentos del obrar de Dios.
Tus labios, destilan exquisita mirra
de verdad y ciencia.
Muy esbelto y gallardo eres, Amado mío.
¡Qué hermoso eres, Esposo mío, qué hermoso eres!
Nuestro Desposorio es florido.
Las vigas de nuestro Templo son de cedro
y los artesonados de ciprés.

El Esposo:

¡Qué hermosa eres, Amada mía, qué hermosa eres!

Muchas vírgenes se han desposado conmigo.
Pero una sola es mi Esposa Predilecta,
una sola es la Paloma mía, la Perfecta mía,
la Escogida por Mí entre las otras:
Esa eres Tú, la más amada de mi Alma.

La Esposa:

Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles.

(b)

El Esposo:

Como azucena entre espinas
es mi Esposa Virgen entre las vírgenes.

La Esposa:

Como olivo frondoso,
es mi Esposo esbelto entre los hombres.

5. **Canto quinto:** (a) María, al pie de la Cruz, comparte los sufrimientos de Cristo.
Muerte mística de María, Parto de la Iglesia y frutos de la Pasión del Señor. (b)
Soledad, dolor y júbilo de María por su parto de la Iglesia.

(a)

La Esposa:

Permanecí a la sombra de mi Amado,
y su fruto fue dulce a mi garganta.
Él me introdujo en los secretos de su Corazón,
y me colmó de ardiente caridad.
Oh, almas que me amáis,
corresponded con olorosas flores
y con sabrosos frutos.
¡Valedme!, que estoy herida del Amor divino.
La lanza que atravesó el Corazón de mi Esposo,
ha traspasado el mío,
y en dolorosísimo Parto,
ha dejado en tinieblas mi Alma.
Mas el poder de sus brazos me sostiene.

(b)

Y aunque me veis anonadada y sola,
¡oh hijos de la Iglesia!
estoy plena de hermosura y júbilo,
pues en el Tabernáculo de mi Alma
habita el que Yo amo.

Mi abatimiento lo causan
los hijos de mi mismo Pueblo,
que se airaron también contra Mí.
Púsome mi Amado a guardar sus propias viñas
y a pastorear su grey;
pero sus enemigos rehusaron entrar en su redil.

El Esposo:

Os conjuro, hijas de Jerusalén,
por lo mucho que amo a mi Esposa,
que no turbéis su celestial gozo,
ni la dañéis con aflicciones.

Capítulo II

1. **Canto sexto:** (a) Cristo resucitado se aparece a la Virgen María, quien, jubilosa, lo comunica a la Iglesia. (b) Antes de su Ascensión a los Cielos, Cristo deja el cuidado de sus viñas o rebaños a Pedro y a los demás Apóstoles. (c) La Virgen María manifiesta con júbilo la Ascensión de Cristo; (ch) y exhorta a los Apóstoles y demás seguidores que tengan Fe en la protección de Cristo a su Iglesia; pues, Él está en continua vigilancia para cuidarla, aunque sus miembros ya no le vean.

(a)

La Esposa:

¡La voz de mi Amado!
Vedlo que viene glorioso saltando por los montes
y atravesando los collados.

(b)

El Esposo:

Vosotros, mis varones predilectos,
cazad las pequeñas raposas que dañan las viñas
porque nuestras viñas están ya en flor.

(c)

La Esposa:

Mi amado escala las alturas.
Semejante es su agilidad a la de la corza y el cervato.

(ch)

Vedle, que Él mismo está
junto a la pared de nuestra Casa,
mirando por las ventanas,
vigilando por las celosías.

2. **Canto séptimo:** (a) Sublime Dormición de María. (b) Cristo viene en su busca. (c) Cristo ensalza el obrar del Espíritu Santo en los Apóstoles, cuyas predicaciones han dado copiosos frutos. (ch) María despierta de su Dormición.

La Esposa:

(a)

Yo duermo, pero mi Alma vela.

(b)

Oigo la voz de mi Amado que me llama.

He aquí mi Esposo, que me dice:

El Esposo:

Despierta, Esposa mía, Paloma mía, Inmaculada mía.

Levántate del hueco de la peña en que duermes.

Sal de la concavidad que te oculta.

Muéstrame tu rostro y suene tu voz en mis oídos:

Porque tu rostro es bello y tu voz es dulce.

Apresúrate, Esposa mía, Paloma mía,

Hermosa mía, y ven.

Porque ya pasó el invierno,

se disipó la niebla y cesaron las lluvias.

Ya han brotado las flores,

y llegó el tiempo de la poda

para que los frutos nazcan con más vigor.

(c)

La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra:

La higuera brotó sus brevas.

Ya las viñas en flor esparcen su aroma.

(ch)

La Esposa:

Ven, Esposo mío, y vuelve ahora conmigo

al Glorioso Reino en que moras.

Sé veloz, Amado mío,

como la corza y el ciervo sobre los montes.

Mi Amado es para Mí, y yo soy para mi Amado.

Él apacienta su rebaño entre los lirios

desde que sale el día hasta que llega la noche.

3. **Canto octavo:** (a) La Divina María es asunta al Cielo a la vista de los Apóstoles, discípulos y santas mujeres; los cuales manifiestan su admiración por la gloria que la envuelve. (b) María ensalza la grandeza del trono real de Cristo en el Cielo, a cuya derecha está sentada Ella como Reina.

(a)

Coro de la Iglesia Triunfante:

¿Quién es Ésta que se levanta como la aurora,
hermosa como la luna,
resplandeciente como el sol,
terrible como un ejército en orden de batalla?

Coro de la Iglesia Militante:

¿Quién es Ésta que sube del desierto,
como columna de humo
inundada de perfumes de mirra, y de incienso,
y de toda especie de aromas?

(b)

La Esposa:

He aquí el trono de mi Divino Esposo,
el Rey de reyes,
rodeado de las miríadas angélicas
y demás bienaventurados.

Todos son muy diestros en la guerra
y están armados con espadas,
para defender a su grey
de los enemigos que la acechan.

Sobre estrado de aromática e incorruptible madera
ha puesto el Rey Celestial su solio:

Las columnas son de acendrada plata,
el respaldo, de finísimo oro,
la base, de marfil bellamente repujado,
y el techo y las gradas, tapizados de púrpura.

He aquí el Rey de reyes
ostentando en su cabeza la imperial corona
con que fue aureolado el día de su unción
y en el que se desposó conmigo
con gran júbilo de su Alma.

4. **Canto noveno:** (a) La Divina María, en su entrada en el Cielo, recibe los elogios de su Divino Esposo, Quien resalta su virginidad. Coronación de María como Reina del Universo por la Santísima Trinidad. (b) Cristo manifiesta que, con su Pasión y Muerte, ha vencido a Satanás para dar paso a una nueva economía de la Gracia.

(a)

El Esposo:

¡Qué hermosa eres, Esposa mía, qué hermosa eres!

Ven, y serás coronada Reina sobre celestial trono
entre aromas de incienso y mirra.
Heriste mi corazón con tu sola mirada.
¡Cuán dulce y casto es tu amor, Esposa mía!
Más grato que néctar angélico.
La fragancia de tus perfumes
excede a todos los aromas.
Huerto cerrado eres, Esposa mía,
Huerto cerrado y Fuente sellada.
Tu virginidad inmaculada
es Paraíso de dulces y copiosos frutos:
Granadas refrescantes,
olorosas manzanas,
deleitosas uvas...
El nardo y el azafrán, la mirra y el áloe
son frutos de tu vergel.
¡Oh Amada mía!
Tú eres Fuente de huertos, Pozo de aguas vivas.
Como impetuoso manantial que desciende del monte
para fertilizar la tierra,
así es tu Gracia derramada sobre los hombres.

(b)

¡Retírate, Aquilón huracanado!
Y ven tú, suave viento del Austro,
orea apacible mi Huerto,
y espárganse sus aromas por todo el mundo.

La Esposa:

¡Qué hermoso eres, Esposo mío, qué hermoso eres!
Tu cabeza está cubierta de gloria,
tus cabellos resplandecen como el sol.

Capítulo III

1. **Canto décimo:** Sublime diálogo entre Cristo y su Esposa la Iglesia.

El Esposo:

Voy, voy a mi Huerto, Esposa mía,
a coger de mi mirra y de mi bálsamo,
a comer miel virgen de mi panal,
a comer de mi pan y beber de mi vino.

La Esposa:

Venga mi Esposo a su Huerto
y coma de sus sabrosos frutos.
Mi Amado descendió a su Huerto:
Se deleita en sus aromas,
se recrea en sus frutos,
y se exorna con sus flores.
Mi Amado es para Mí
y Yo soy para mi Amado.

El Esposo:

¡Oh, Esposa mía,
cuán recto el caminar de tus pies,
cuán puros los modales de tu cuerpo!
¡Cuán apretada de trigo está tu troje!
De Ti salen manantiales de agua viva.
De Ti la luz se expande.
Como torre de marfil estás erguida.
¡Cuán bella y agraciada eres,
oh amabilísima y deliciosísima Esposa!
Vengan todos mis hijos a mi Huerto,
y coman y beban hasta saciarse.
2. **Canto undécimo:** Apostolado de la Iglesia y frutos de su labor.

La Esposa:

Yo soy dichosa, pues soy toda de mi Amado,
y su Corazón es Uno con el mío.
Ea, pues, amadísimo Esposo,
salgamos juntos al campo,
madruguemos para ir a las viñas
y veremos si brota ya la vid,
si se entreabren las flores
y retoñan los granados.
¡Oh Esposo mío!
Tu Huerto es un vergel,
en el que abundan
las más variadas plantas olorosas,
y toda suerte de frutos exquisitos.
¡Todo lo he guardado para Ti!

El Esposo:

¡Qué bella y agraciada eres, Esposa mía!
Amabilísimo y bellísimo jardín de delicias.

Tu cuerpo se asemeja a la palmera,
en él crecen dátiles de sabroso y vigorizante jugo.

3. **Canto duodécimo:** Místico Desposorio de Cristo con las almas llamadas al estado de perfección.

El Esposo:

Ábreme, amada mía,
la puerta de tu alma, y te ungiré
con el místico desposorio de las vírgenes.
Como amante celoso, acecho día y noche tu casa.
Mi cabeza está cubierta de rocío
y mis cabellos de la escarcha de la noche.

El alma:

Y dije al Esposo: ¡Amado mío!
Ya me despojé del vestido viejo,
y lavé mis pies del polvo del camino.
Y Él puso en mi alma
el sello del Desposorio entre ambos.

4. **Canto decimotercero:** (a) Cristo, como Esposo celosísimo, somete a las almas a la prueba de su amor y fidelidad. Noche oscura del alma. (b) Acometidas de Satanás. (c) Búsqueda del Esposo; (ch) y gozoso reencuentro de la Esposa con el Esposo.

La Esposa:

(a)

Oí la Voz de mi Esposo,
y sentí que golpeaba mi puerta.
Salí presurosa a su encuentro,
alcé la aldaba para que entrase,
pero Él había desaparecido.
Conmovidas mis entrañas,
le busqué, mas no le hallé;
le llamé, mas no respondió.

(b)

Perdida en la oscuridad de la noche,
quedé a merced de los salteadores,
que, burlándose de mí,
me golpearon sin piedad,
cubriéndome de llagas.

(c)

Os conjuro, oh hijas de Jerusalén,
que si hallareis a mi Amado,
decidle que desfallezco de amor.

Coro de vírgenes:

¿Qué hay en tu Amado sobre los demás,
alma bellísima,
para que así nos conjures?

La Esposa:

Mi Amado es gallardo y complaciente,
nobilísima es su cuna,
escogido entre los demás hombres.

Suavísimo es el eco de su voz,
todo él es envidiable.

Ese es mi Amado, ese es mi Esposo,
hijas de Jerusalén.

Coro de vírgenes:

Y ¿adónde fue tu Amado
alma bellísima,
para que le busquemos contigo?

(ch)

La Esposa:

Mas, al llegar la aurora,
hallé por fin a mi Amado Esposo.

Se me aproximó
y tomó mis manos.

Todo Él destilaba deliciosa mirra,
que embriagó mi alma con suavísima consolación.

5. **Canto decimocuarto:** Vehementes deseos de la Iglesia, de que todos los que
están fuera de su redil, formen parte del mismo.

La Esposa:

¡Oh, vosotros, que aún no sois míos!
¡Quién me diera que fueseis sencillos como niños
para que yo os amamantara
como madre a mis pechos,
os acogiera en mi regazo
y os colmara de Gracias!

Mi Esposo os saciaría con pan y vino celestiales,
os estrecharía en sus brazos,
y os haría partícipes de los secretos de su Corazón.

6. **Canto decimoquinto:** Triunfo de la Iglesia en los Últimos Tiempos.

Coro de la humanidad:

¿Quién es Ésta que sube del desierto
rebosando de delicias, apoyada en su Amado?

El Esposo:

Esa es mi Esposa muy amada,
a quien Yo lavé y renové en el Calvario
y la conduje por senderos de vida eterna.
A ella saqué después de la postración
en que la habían sumido
los adúlteros de la verdad.

La Esposa:

Ponme, Esposo mío, como sello en tu corazón
porque es mi anhelo implacable,
y mi amor más fuerte que la propia vida.
El fuego de tu divino dardo me ha llagado,
en él se abrasa mi ser y herida estoy de muerte.
Mi corazón es un volcán divino,
que ni mares ni ríos podrán extinguir.
Ni es adquirible con riqueza alguna.
Mi Amado es para Mí
y Yo soy para mi Amado.

Libro V

El Eclesiastés

Prólogo

1. El rey Salomón, inspirado por el Espíritu Santo, escribió el Libro del Eclesiastés, de carácter moral, en el que se exponen otros aspectos de la necedad de las cosas mundanas y del beneficio que entraña la posesión de la Divina Sabiduría.

2. En el Libro del Eclesiastés, escrito por Salomón a los setenta años de edad y, por tanto, un año antes de su muerte, se refleja un cierto arrepentimiento de gran parte de los desvíos de su vida, así como su desengaño por las vanidades de las cosas de la Tierra, que él poseyó con opulencia y desordenados apetitos. A través de las páginas del Eclesiastés, la Divina Sabiduría predica contra la vanidad de las cosas humanas, para que los hombres aprendan a gobernarse sabiamente mientras viven en este mundo y sepan enderezar sus pasos hacia la eterna Bienaventuranza.

Capítulo I

Vanidad de las cosas humanas que no conducen al hombre a su fin sobrenatural

Vanidad de vanidades, todo es vanidad: Si el hombre no emplea su vida al servicio de Dios, ¿qué beneficio duradero saca de todo el trabajo con que se afana sobre la Tierra?

Una generación pasa, y otra generación viene: Mueren unos y nacen otros, y lo que aquellos dejaron lo toman estos; mas, la Tierra siempre permanece estable.

Sale el sol, y se pone; vuelve a salir, y se oculta; y así sucesivamente.

Corre el viento por toda la redondez de la Tierra en un ciclo continuo.

Los ríos entran en el mar, y éste no rebosa; y del mar, mediante la evaporación de sus aguas por los efectos del sol, vuelven los manantiales a recibir caudal y los ríos corren de nuevo hacia el mar.

Todas las cosas del mundo encierran sus misterios, los cuales el hombre apenas puede comprenderlos, y menos explicarlos.

No se harta el ojo de mirar, ni el oído de oír.

Lo que hasta aquí ha sido, lo mismo seguirá siendo.

Lo que hasta aquí se ha hecho, lo mismo se hará.

En lo que respecta a las cosas comunes y básicas para el hombre, no hay nada nuevo bajo el sol, ni nadie puede decir: «*He aquí una cosa nueva*», porque ésta ya precedió en los siglos anteriores, con idénticos o parecidos matices.

Capítulo II

Vanidad de la sabiduría o ciencia humana que no conduce al hombre a su fin sobrenatural

Yo, Salomón, rey de Israel y autor de este libro, puedo hablar, por experiencia propia, de la vanidad que es para el hombre la sabiduría humana que no va encaminada al fin sobrenatural de su alma; pues, si bien es verdad que Dios inspira al hombre la labor de profundizar en las cosas por Él creadas, es para que esto redunde en mayor servicio de sus planes divinos.

Yo, pues, me propuse muchas veces en mi corazón llevar a cabo una minuciosa investigación sobre las cosas del mundo con el fin de ser más sabio ante los hombres. Hasta incluso apliqué mi corazón a aumentar más mis conocimientos sobre la prudencia y la doctrina, la necedad y los errores; mas, no con el fin de enmendar mi vida, sino de parecer más sabio. Yo pensaba entonces: Heme aquí engrandecido y aventajado en sabiduría humana más que cuantos antes de mí existieron. En mis estudios, observé lo mucho que hacen los humanos por su mero provecho material, y no por el beneficio de su alma; pues, los perversos, con dificultad se corrigen y el número de los necios es incalculable. Ahora veo que, cuantas veces puse mis conocimientos al servicio de mi gloria personal, y no al servicio de Dios, todo eso quedó en vano trabajo y turbación de espíritu.

Por mucha sabiduría que pueda tener uno de las cosas que existen en el mundo, el conocimiento de Dios sobre ellas es infinitamente mayor. Bien es verdad que, en el orden puramente humano, la diferencia que hay entre el sabio y el ignorante, es la que puede haber entre la luz y las tinieblas; mas, considerando que ambos vienen a morir igualmente, pensé en mi corazón: Si yo, que me tengo por sabio, he de morir lo mismo que el ignorante, ¿de qué me sirve el aplicarme con desvelo a adquirir conocimientos para mi propia gloria personal? Y discurrendo ahora sobre esto, llegué a la conclusión de que la sabiduría humana, por sí misma, es vanidad.

Capítulo III

Vanidad de las riquezas y de los placeres que alejan al hombre de su fin sobrenatural

También yo dije en mi corazón: Tendré abundancia de deleites y gozaré sin freno de los bienes de este mundo. Mas luego eché de ver que también esto es vanidad.

Mandé hacer magníficas obras, me edifiqué casas, planté viñas; hice huertos y vergeles, y puse en ellos toda especie de árboles. Construí estanques de agua para regar el plantío de los árboles. Poseí cuantiosas mujeres y muchos esclavos y esclavas, y llegué a tener numerosa familia. También tuve muchos ganados mayores, muchísimos rebaños de ovejas, más que los que habían tenido cuantos existieron antes de mí. La mucha riqueza de plata y oro que ya poseía, la aumenté aún más de los tributos que me pagaban los reyes de otras naciones y de los pesados impuestos que cargué sobre mi pueblo. Me rodeé de cantores y cantoras, y cuanto sirve de deleite al hombre; usé vasos y jarros preciosos para servir el vino en mi mesa; y sobrepujé en riquezas a todos los que vivieron antes de mí. En suma: No negué a mis ojos cuantas cosas desearon; ni vedé a mi corazón que gozase de todo género de deleites, y se recrease en las cosas que tenía yo preparadas; antes bien juzgué ser esta mi suerte, el disfrutar de mi trabajo. Mas volviendo la vista hacia todas las obras de mis manos, y considerando los trabajos en que tan inútilmente me había afanado, veo que todo era vanidad y aflicción de espíritu, y que nada hay estable en este mundo.

Pues, si el hombre prescinde de Dios, ¿qué fruto sacará de todos sus afanes y de la aflicción de ánimo con que se atormenta en este mundo? ¿No es esto vanidad? Sin embargo, es un don de Dios el que el hombre viva con sosiego de espíritu, goce santamente de su trabajo y coma y beba con mesura. ¿Quién podrá regalarse y abundar en delicias tanto como yo, y con todo soy infeliz? Al hombre que es bueno en su presencia, Dios le da Sabiduría Divina, ciencia y sana alegría; mas, al pecador, le deja en sus aflicciones e inútiles cuidados de acumular y almacenar bienes, que luego pasarán a otros; lo cual es vanidad e inútil tormento del alma.

Capítulo IV

El desmedido afán del hombre es vanidad, ya que cada cosa tiene su tiempo

Todas las cosas tienen su tiempo, y todo lo que hay debajo del cielo transcurre dentro de un correspondiente periodo: Hay tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de sembrar, y tiempo de recoger; tiempo de enfermar, y tiempo de sanar; tiempo de edificar, y tiempo de derribar; tiempo de reír, y tiempo de llorar; tiempo de danzar, y tiempo de plañir; tiempo de amontonar piedras, y tiempo de esparcir las; tiempo de abrazar, y tiempo de aborrecer; tiempo de ganar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de arrojar; tiempo de coser, y tiempo de rasgar; tiempo de hablar, y tiempo de callar; tiempo de amar, y tiempo de odiar; tiempo de guerra, y tiempo de paz.

¿De qué sirve afanarse tanto en la vida por cosas que luego han de acabar? He visto el sufrimiento que acompaña siempre al hombre en sus afanes, lo cual es la pena merecida por su pecado. Todas las cosas que hizo Dios, son buenas al hombre, con tal que se usen a su tiempo y según el plan de Dios; mas, por el pecado, el hombre se afana muchas veces en usarlas según sus apetencias, y no según el recto fin para que fueron creadas. Mas, he conocido que no hay mejor cosa para el hombre que hacer el bien en su vida, tener sana alegría, comer y beber moderadamente y ver el bien que le reporta su trabajo, ya que éste es un don de Dios. He visto que todas las cosas que ha criado Dios, siempre subsisten de una manera u otra, y que no podemos añadir ni quitar nada de lo que Dios hizo para ser temido y adorado. Lo que fue hecho, eso mismo permanece; lo que ha de ser, ya fue, porque Dios renueva lo que pasó.

Capítulo V

La vanidad de las miserias de la vida

He visto bajo el sol la iniquidad en el lugar de la piedad, y la injusticia en el puesto de la justicia. Y he dicho en mi corazón: Dios ha de juzgar al justo y al impío; porque a cada uno le llega el tiempo de que se le llame a orden. El hombre que no obra con rectitud, y se hace esclavo de sus pasiones bajas, ¿en qué se diferencia de una bestia? La diferencia entre uno y otra está en que el hombre se comporte como hombre obrando con rectitud, y no como bestia. Es más, el hombre de vida depravada es peor que las bestias, ya que éstas, al menos, actúan según las leyes naturales que Dios ha puesto en ellas. Entiendo, pues, que no hay cosa mejor para el hombre que obrar con rectitud y atender con santa alegría a sus ocupaciones, pues esto es lo que Dios quiere de él mientras viva.

Volví mi atención a otras cosas, y vi las violencias que se cometen en la Tierra, las lágrimas de los inocentes, sin que nadie los consuele, y la imposibilidad de librarse de las manos de sus opresores al carecer de todo socorro humano. Y consideré que cualquier acto bueno del hombre viene únicamente de Dios.

También contemplé todos los trabajos de los hombres, y eché de ver que sus éxitos y habilidades desmesurados están expuestos a la envidia y persecución de los otros; por lo que el afán desmedido por las cosas materiales, es vanidad y cuidado superfluo. Aunque también he visto que el perezoso, cruzado de brazos, dice neciamente: *«Más vale con descanso un puñadito de bienes en una sola mano, que las dos llenas a fuerza de trabajo y aflicción de corazón»*; lo cual es vanidad y holgazanería.

Considerando más, hallé otra vanidad bajo del sol: Un hombre que vivía solo, sin esposa, sin hijos, sin hermanos, ni heredero alguno; que no se hartaba de acumular riquezas, y que ni siquiera recapacitaba diciendo: *«Yo, ¿por qué me afano tanto para mi provecho en perjuicio de mi alma?»* Vanidad grandísima es, pues, su conducta. Más le vale al hombre que vive solo, compartir sus bienes con los que están necesitados, y así contará al menos con la compañía de ellos; pues, la buena compañía suele tener sus ventajas; ya que, si uno cayere, le sostendrá el otro. ¡Ay de aquel que cuando cayere, no tiene quien le levante! Y si alguien acometiere contra alguno de los dos, ambos le harán resistencia; pues, una cuerda de muchos hilos difícilmente se rompe.

Más vale un joven pobre, si es sabio, que un rey viejo y necio que no es prevenido para el futuro; porque, algunas veces, de la cárcel y de entre cadenas, sale uno para reinar; mas, otro nacido en el trono, acaba en miseria.

Entra en la Casa de Dios con buena disposición, considerando el lugar sagrado que es, y acércate con ánimo para oír lo que Él hable a tu corazón, y cúmplelo; porque es mucho mejor la obediencia que los sacrificios de los necios, los cuales no saben bien cuánto mal hacen y se hacen.

Capítulo VI

La vanidad de las malas palabras, del incumplimiento de los votos, de la avaricia, de las injusticias y de otros desórdenes

No hables nada inconsideradamente, ni sea ligero tu corazón en proferir palabras; porque Dios todo lo oye, y te juzgará severamente. Sean, pues, moderadas tus palabras: Ya que, en el mucho hablar, no faltarán necesidades.

Si hiciste algún voto a Dios, no tardes en cumplirlo; pues le desagrada la promesa infiel y la imprudente. Por tanto, cumple lo que hubieras prometido; porque mucho mejor es no hacer votos, que hacerlos y no cumplirlos.

No sea tu lengua ocasión de pecado, ni digas: *«no hay providencia»*; no sea que Dios, enojado contra tus palabras, destruya todas las obras de tus manos. Cuando se deja suelta la imaginación en sueños inútiles, se cae en muchísimas vanidades.

Si vieres la opresión de los pobres, la violencia que reina en los juicios, y el trastorno de la justicia en una nación, no te extrañes ni turbes por este desorden;

pues, el que está en alto puesto, tiene otro sobre sí; y sobre éste, hay otro más elevado; y sobre todos ellos, está el rey; y sobre el rey está Dios.

El avaro jamás se saciará de dinero; y quien ama excesivamente las riquezas, ningún fruto sacará de ellas, lo cual es vanidad; pues, no disfrutará felizmente, ya que, donde hay muchas riquezas, hay también muchos que se las comen; y esto es para el avaro un gran sufrimiento. Por el contrario, dulcemente duerme el honrado trabajador, ya coma poco, ya coma mucho; mas, el rico está tan repleto de manjares que estos ni le dejan dormir.

Además, el atesoramiento de riquezas puede traer, como funesta consecuencia para el dueño, el que le sean robadas por los ladrones. Y si esto sucede, se verá reducido a la mayor miseria; y así como salió del vientre de su madre, así saldrá de esta vida sin poseer nada de lo adquirido con su trabajo. Por lo tanto: Yo tengo por una cosa buena, el que el hombre coma y beba moderadamente, viva con rectitud y disfrute con sana alegría del fruto de sus fatigas durante los días que Dios le conceda. Y cuando Dios concede a un hombre riquezas y hacienda, si éste las pone a su servicio y no las usa para cosas malas, es bueno que disfrute sanamente de ellas, ya que esto es un don de Dios.

El hombre a quien Dios ha dado riquezas, hacienda y honra, y nada le falta de lo que desea, si por su avaricia no se atreve a usar de ellas sanamente para que no se le acaben, con su ruindad las dejará a merced de extraños tras su muerte, y estos las devorarán en pocos días sin darles valor alguno.

Capítulo VII

Lo que es mejor para el hombre y el valor de la Divina Sabiduría

¿De qué le sirve al hombre el investigar vanamente cosas superiores a él, si no se preocupa de lo que es fundamental para su alma, ni piensa en la brevedad de la vida?

Más vale buena reputación que los más preciosos perfumes; y mejor es el día de la muerte del justo que el día de su nacimiento.

Mejor es ir a la casa del duelo, que a la casa del festín: Porque en aquella se recuerda el fin de todo hombre, y nos da oportunidad de pensar lo que debemos hacer para que la muerte no nos sorprenda en pecado mortal.

Mejor es la gravedad y seriedad del justo, que la falsa risa del impío lisonjero: Porque el semblante del justo será en muchos motivo para reprimirse de nuevas faltas y corregirse de las cometidas. Por eso, el corazón del que es sabio y prudente, está en donde hay rectitud y disciplina; y el corazón del necio está en donde hay libertinaje.

Más vale ser reprendido del sabio y prudente, que seducido al mal con la lisonja del necio.

No seas fácil en airarte, porque la ira anida en el corazón del insensato.

Algunos dicen que los tiempos pasados fueron mejores que los presentes por el mero hecho de ser pasados; lo cual es una necedad, ya que muchas veces los tiempos presentes superan en virtud y prosperidad a muchos de los pasados.

He visto morir al justo en la justicia y al impío en la impiedad. Por tanto, no multipliques pecado sobre pecado, ni quieras ser insensato, no sea que te coja la muerte antes de tiempo.

En tus deseos de ser justo, no caigas en extremos y rarezas, ni pretendas saber más de lo que te conviene; no sea que vengas a caer en la estupidez.

Bueno es que socorras preferentemente al justo, mas no por eso retires tu mano de otros que no lo son, pues quien teme a Dios a nadie desecha.

La Divina Sabiduría hace al sabio más fuerte, pero no le hace impecable.

No te pares a escuchar todas las palabras que se dicen, no sea que oigas murmurar de ti, y tu conciencia te recuerde que tú muchas veces también has murmurado de otros.

¡Oh, cuán grande es profundizar en la Divina Sabiduría! ¡Quién podrá llegar a sondearla!

Capítulo VIII

La vanidad de la mujer seductora

Examiné todas las cosas en el interior de mi alma, con el fin de saber, considerar y buscar la sabiduría y la razón de las cosas, y para conocer la impiedad del necio y el error de los imprudentes. Y hallé que más amarga que la muerte es la mujer seductora, la cual es un lazo de seducción y una red para el corazón; y sus manos unos grillos. Quien es justo, huye de la mujer seductora; quien es impío queda preso en su seducción. A esta conclusión he llegado, cotejando una cosa con otra, para averiguar la razón de la pérdida de tantos hombres, sin que todavía no lo haya podido descubrir totalmente. De mil hombres hallé algunos con sabiduría; mas, entre las mujeres con quienes cohabité, sólo hallé una con sabiduría. También he llegado a la conclusión de que Dios creó al hombre y a la mujer justos; que la primera mujer pecó por no rechazar la seducción de Satanás; y que el primer hombre pecó por no rechazar la seducción de su esposa. Luego el pecado entró en el mundo por una mujer.

Capítulo IX

El hombre de bien. La virtud, desconocida. Incertidumbre del destino

¿Quién como el verdadero sabio? La Divina Sabiduría se refleja en el rostro del hombre de corazón justo; la necedad se refleja en el rostro del hombre de corazón impío. El hombre sabio guarda los mandamientos dados por Dios y guarda las leyes justas dadas por la autoridad temporal legítima.

Quien guarda los Mandamientos de Dios y las leyes justas de sus legítimos representantes, contará siempre con la protección de Dios durante la vida, y sobre

todo en la hora de la muerte. El corazón del sabio procura obrar bien en la vida, ya que sabe que ha de rendir cuenta de sus actos en la hora de su muerte. No tiene poder el hombre para prolongar su vida, ni tampoco posee armas para derrocar la muerte. De nada le servirá al necio la impiedad en aquel trance.

En mis consideraciones, tuve en cuenta también las siguientes vanidades: He visto cómo muchos de los impíos eran enterrados con pompa en atención de que, mientras vivieron, fueron alabados en la ciudad como justos, cuando eran hipócritas. Hay también muchos hombres que cometen males, sin temor alguno, cuando ven que los impíos viven largos años plácidamente sin que Dios tenga prisa de llamarlos a juicio; mas, hay que tener en cuenta que, si bien es verdad que los impíos hacen cien veces mal, y los buenos lo sufren con paciencia, también Dios, a los que le temen, premiará con la vida eterna, mientras que a los otros, si no se convierten, les castigará con la muerte eterna. Cuántas veces en este mundo a los justos les sobrevienen males temporales como si fueran castigados por haber hecho obras de iniquidad; mientras que los impíos gozan de abundancia, de comodidades y de seguridad como si fueran premiados por haber hecho obras de justicia. Mas ha de tenerse en cuenta que, en este mundo, la inteligencia del hombre nunca llegará a comprender completamente el por qué Dios obra de una manera u otra; y cuanto más se esfuerce en tratar de entenderlo, más oscuro lo verá; pues, el que, aparentando ser sabio, dijere que lo sabe todo, no es cierto.

Capítulo X

Templanza y prudencia

Todas estas cosas traté en mi corazón, para procurar entenderlas lo mejor posible: Los justos y los sabios, y las obras de ellos, están en las manos de Dios; y con todo eso no saben con absoluta certeza si son dignos de amor o de odio. En lo que se refiere a las cosas puramente humanas, acontecen igualmente al justo y al impío, al bueno y al malo, al limpio y al no limpio, al que ofrece sacrificios a Dios, y al que los desprecia. Pues así es tratado tanto el inocente como el pecador, y el que jura en verdad como el perjurador. Es, pues, misterio difícil de dilucidar, el ver que, en este mundo, las mismas cosas meramente humanas suceden a todos. Y si a la vista de esto, el hombre no obra con rectitud y prudencia, teniendo en cuenta el fin de todas las cosas y el destino eterno que espera a cada uno, se entregará de lleno a la iniquidad, al pensar que, en este mundo, es tratado lo mismo el justo que el impío.

Muchos piensan vanamente, diciendo: *«Nadie hay quien viva para siempre, ni que tenga esperanza en la existencia de otra vida perdurable; por tanto, mejor es ser esclavo vivo que rey muerto. Pues, si bien es verdad que los vivos saben que han de morir, mientras viven tienen posibilidad de gozar de esta vida. Mas, los muertos, para nada ya valen, pues ni pueden gozar de este mundo, ni tienen recompensa alguna en otra vida, por lo que su memoria ha quedado sepultada en el olvido»*.

Mas, al que es justo yo le digo: *«Vé, y come tu pan con alegría y bebe con gozo tu vino, mientras tus obras sean agradables a Dios. Goza santamente de la vida, durante los días que te sean dados vivir, ya que ésta es la parte que te toca en este mundo como recompensa al trabajo con que andas afanado. Esté limpia en todo momento tu alma, y no falte en ella el óleo de la Gracia, para que seas premiado con la vida eterna y tu memoria resplandezca para siempre».*

Cualquier obra buena que puedas hacer, hazla sin perder tiempo, porque después de muerto ya no tendrás oportunidad de adquirir méritos mediante las buenas obras.

Capítulo XI

La sabiduría vale más que la fuerza

He aquí una especie de sabiduría que yo reputo por muy grande: Había una ciudad pequeña, con pocos habitantes. Vino contra ella un rey poderoso, la sitió, levantó fortalezas alrededor y la cercó completamente. Durante el asedio, un hombre pobre, pero sabio, que se hallaba dentro de la ciudad, aconsejó a los ciudadanos la mejor manera de liberarla; y estos, siguiendo las instrucciones del sabio, lo consiguieron; mas, después, nadie se acordó más de aquel sabio. Y ante este hecho, pensaba yo: Si la sabiduría vale más que la fuerza, ¿por qué se desprecia la sabiduría del sabio, aunque sea pobre, y no perdura su memoria? Pues, las palabras del sabio dichas en voz baja, son más eficaces que los gritos del necio poderoso. Mejor es la sabiduría que las armas de guerra; pues, aunque un hombre poseyera un gran ejército, si obra con necedad en los ardidés de la guerra, lo perderá todo.

Capítulo XII

Sabiduría, templanza y prudencia en el hombre

Las moscas muertas en el perfume donde han caído, echan a perder la fragancia del perfume; del mismo modo, una pequeña necedad a destiempo mancilla la sabiduría y la gloria más brillante. El corazón del sabio está siempre en su mano diestra para obrar rectamente, y el corazón del necio está en su mano siniestra para obrar impíamente. El necio, en su camino, a todos juzga como tales. Cuando un poderoso se pusiera sobre ti, no por eso desampares tu puesto, porque tu vigilancia evitará pecados gravísimos.

He aquí otra necedad que he observado: Que el príncipe ponga al necio en el lugar más alto, y al sabio y prudente en el lugar más bajo. He visto a siervos en caballos y a príncipes andar sobre la tierra como siervos.

El que de otro dice secretamente su mal, es semejante a la serpiente, que pica sin hacer ruido.

El necio habla mucho. El fruto de las fatigas del necio será la aflicción, porque ni sabe el camino por donde ir a la ciudad.

Desdichado de ti, oh país, cuyo rey es falto de sabiduría y prudencia, y cuyos príncipes se preocupan más de comer que del buen gobierno. Y por el contrario,

bienaventurado de ti, oh país, cuyo rey es noble por sus obras y por su sabiduría en el gobierno y en el manejo de las armas, y cuyos príncipes comen para sustentarse y no para cebarse en los deleites.

Por la negligencia en retejar, se desplomará la techumbre; y por la pereza en hacer bien la obra, será toda la casa una gotera.

No digas mal de nadie en el secreto de tu aposento, porque aun las aves del cielo llevarán tus palabras y los pájaros publicarán cuanto has dicho.

Capítulo XIII

La liberalidad, la juventud y la vejez

Da limosna a los pobres sin esperar recompensa alguna, que al final hallarás tu eterno galardón.

Cuando las nubes están cargadas, derraman abundante lluvia sobre la tierra. Así has de repartir tú las limosnas.

El que anda observando el viento, no sembrará nunca; y el que está pendiente de las nubes, jamás segará.

Así como ignoras por qué camino entra el alma al cuerpo, y el modo con que se compaginan los huesos en el vientre de la que está encinta, así tampoco sabes las obras de Dios, que es el que hace todas las cosas.

Dulce es la luz, y deleitable a los ojos el ver el sol.

Si el hombre viviere muchos años, y en todos ellos gozase de alegría, piense en que los días de la eternidad no tienen fin; y que, cuando vinieren ellos, se dará cuenta de la vanidad de muchas de las cosas pasadas.

¡Oh joven!, piensas con vanidad cuando te dices a ti mismo: *«Gozaré en este mundo en mi mocedad, disfrutaré de los bienes temporales durante los días de mi juventud, siguiendo las inclinaciones de mi carne, y lo que es grato a mis ojos»*. Mas, sábette que de todas estas cosas te pedirá Dios cuenta en el día en que te juzgue. Por tanto, aparta la ira de tu corazón, y aleja la malicia de tu carne. Pues es necio el mancebo que se entrega a los deleites del mundo.

Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud, antes que venga el tiempo de la aflicción, y se acerquen aquellos años de la vejez, llena de incomodidades y achaques. No esperes, pues, a obrar bien cuando tiemblen tus manos y piernas.

Acuérdate de Dios antes que tu cerebro se embote con los muchos años, y la demencia te impida obrar ya meritoriamente por falta de juicio en tus actos, y antes de que tu cuerpo, convertido en polvo, vuelva a la tierra de donde salió, y el alma vaya a su destino eterno.

Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es lo único que vale para el hombre.

Dios nos pedirá cuenta en el juicio, de cualquier obra que no haya sido hecha con rectitud.